

CHANFAINA CARRASQUEÑA

AL SR. D. ANTONIO GARCÍA MACEIRA, *en Salamanca.*

Mi buen amigo: ¿Quiere usted prestarme atención por un instante, si sus ocupaciones se lo consienten y su voluntad se resigna á satisfacer este deseo? ¿Que de que voy á tratar? Se lo diré de corrido para ahorrar proluusiones enfadosas. Quiero decir algo sobre el cómo y cuándo se han formado y usado las voces *encina*, *carrasca*, *chaparra* y *coscoja*, que, aunque otra cosa parece, á mí se me antoja que no andan aún tan bien definidas y alambicadas que no den lugar á dudas, ni dejen de necesitar algún esclarecimiento para absterger las nubes que oscurecen el cielo de su etimología y significación.

No es que yo pretenda con esto sacar las barbas del lodo á los sabios y eruditos que de estas materias se han ocupado, cuanto más que, si lo intentara, me acreditaría más de morlaco que de docto; no, todavía no está el alcacer para zamponas. Me propongo tan sólo husmear de acá y oliscar de allá, barajando y comparando lo que más haga al caso, para ver si hay medio, aunque sea á sobre peine, de saber adónde vamos y lo que queremos decir cuando de aquellas palabras pensamos que hacemos honesto y acertado empleo.

Los vocablos griegos *drus* para el roble y *prinos* para la

encina no suelen barajarlos los etimologistas para el caso de que aquí se trata, ni yo entiendo tampoco que haya necesidad de traerlos á colación, si ya no es para decir, con la autoridad de Sofronio, que del segundo se formó la voz latina *prinus* como equivalente á *ilex*, encina, sin más transformación tal vez que la de latinizar el vocablo griego. Pero, lo que sí hay que recordar para no andar en mareta cuando les toque la vez á las citas que tendré que hacer, es que en el mismo léxico latino no parece que están bien determinadas y distinguidas las voces encina y roble, y aun las de bellota, hojas y madera como fruto, órganos y tejidos de estos árboles, puesto que unas veces emplean los escritores de aquellos tiempos la palabra *ilex* en los tres conceptos, otras la de *prinus* como antes he dicho, algunas la de *æsculus* (de *esca*, comida), como lo hace Plinio refiriéndose á una especie de encina, y varios la de *quercus* (del griego *kerjalcos*?, duro, áspero), ora para significar el árbol propiamente llamado encina, entre otros Cicerón, Paladio y Virgilio, ora para referirse á las partes del mismo ya indicadas, como se observa respectivamente en Juvenal, Ovidio y Marco Silio.

Yo creo, sin embargo, sin que haya necesidad de calentarse mucho la cabeza para ello, que en los casos concretos de referirse especialmente al árbol que hoy llamamos roble, empleaban de preferencia los latinos la palabra *robur*, sobre que advierto que esta voz, significación de fortaleza, constancia, solidez, dureza, en sentido metafórico, fué usada en los dos conceptos por Cicerón, Ovidio, Plinio, Horacio, Varro y otros clásicos no menos reputados (1).

Tocante á nuestro vocablo *encina* (entiéndase propiamente la encina de bellotas dulces sin confundirla con ninguna otra especie botánica del género *Quercus*), clara, distinta y profusamente empleado por nuestros escritores de todos tiempos, sin más variación que el trueque innecesario de la *c* en *z*

(1) Lo dicho hasta aquí descansa en la autoridad de los Sres. D. Raimundo de Miguel y Marqués de Morante. Consúltese al efecto su «*Nuevo diccionario latino-español etimológico*,» impreso en Leipzig por Brockhaus en 1867.

según la ortografía antigua, nótese que fué antes, como lo es ahora, de uso frecuente en Castilla. Cervantes lo repite hasta la saciedad en *El Ingenioso Hidalgo*, á partir de su atildado elogio de la edad de oro, cuando dice: «*Á nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano y alcanzarle de las robustas ENCINAS.....*» (Parte I, cap. XI). El ilustre geopónico de Talavera Gabriel Alonso de Herrera va por el mismo camino, en su *Agricultura general*, al tratar en el cap. XXIV del t. II (edición de 1818) «*De los encinares,*» puesto que comienza de este modo: «*Brevemente quiero tratar de las ENCINAS porque no son árboles regalados.....*»

Pero esta conformidad desaparece desde el momento en que se trata de sacar á luz la inducción esotérica que sirve de base á unos y otros para penetrar en el laberinto de los orígenes de aquella palabra. En esto, los literatos más preclaros han dado ripio á la mano que es una maravilla. El primero con quien tropezamos es con Covarrubias (1). «*ENCINA, dice al f.º 348 vuelto, ilex, árbol conocido; se dixo asi quasi ÆLCINA de la palabra ÆSCULUS que significa lo mesmo..... O se dixo ENCINA del nombre toscano ELCE, ILEX y ELCINA, y el castellano ENCINA. ENCINAR el monte de encina. ÆSCULETUM.*» Esto no está claro ni aparecen claras tampoco las derivaciones tanto esenciales como eufónicas. Hay, además, duplicidad de opinión, de cuyo choque salta la vacilación y la duda.

Pasemos á otro. Y, ó mucho me equivoco, ó es el otro (porque el libro pasa por anónimo) (2), nada menos que el famoso padre Martín Sarmiento, todo un gerifalte en cosas de erudición. Así empieza la repasata: «*Á todos nos enseñaron que QUERCUS es la ENCINA. No hay tal cosa. QUERCUS latino y DRIS (3) griego, significa el roble, carvallo, y todas sus*

(1) «*Thesoro de la lengua castellana española, compuesto por el licenciado Sebastián de Covarrubias Orozco. — Madrid, por Luis Sánchez.—Año del Señor MDCXI.*» —1 vol. en f.º de 681 fojas.

(2) «*Sobre los reynos de la Historia natural y todo género de erudición.*» —2 tomos en f.º de 774 y 810 fojas.—Ms. de la Biblioteca Nacional.—Sig. J. 165 y 166.

(3) *Dris*, forma poética de *Drus*, *druos*.

diferencias, que pierden las hojas. El peculiar nombre latino de la ENCINA es ILEX, ICIS, y en griego PRINOS. La ENCINA es siempre verde y sólo se parece al QUERCUS en que produce bellota. En el cap. 44 de Isaías están las dos voces ILLICEN et QUERCUM. El adjetivo de ILEX es ILIANA ó ILCINA, y de ILCINA se formó el castellano ENZINA.» (T. I, f.º 450 vuelto). Esto es hablar en razón y atacar las dificultades con franca solercia, por lo menos, así de primer intento.

El verdadero neuma botánico está, seguramente, en aplicar la voz *ilex* única y exclusivamente á la *encina*, conforme al sentir de todos los filólogos modernos, y en hacer partir de ahí la derivación filológica, reduciendo la variación al sencillo metaplasmo usado por aquel docto religioso. Y así es por esto, como porque en materia de etimologías, como en muchas cosas de este mundo, suele ser más cierto lo más sencillo, que en el caso presente me voy más bien con este escritor que con otro cualquiera, aceptando de paso la segunda hipótesis de Covarrubias por lo que con ésta se compadece.

Barcia, el fecundo etimologista de nuestros días, navega con distinto rumbo, bien así como los que creen saber de sobra por dónde se andan, por más que la peregrinación no esté exenta de peligros y laceria. Hé aquí lo que dice (1): «ENCINA.—ETIM. Lat. QUERCUS. Veamos de qué modo se ha verificado esta rarísima é increíble transformación.—1. El latín QUERCUS tomó en el latín de la Edad Media la forma de CARNUS (2).—2. El bajo latín produjo el francés CARNUS, siglo IX; CHAIGNE, siglo XII; CHESNE, siglo XIII; HAISNE, siglo XIV; CHÊNE, forma moderna.—3. El italiano, prescindiendo del bajo latín CARNUS, formó QUERCINO, verdadero diminutivo de QUERCUS, como si dijéramos QUERCINUS.—4. Hagamos que la anti-

(1) «Primer diccionario general etimológico de la lengua castellana, por Roque Barcia.»—Madrid, est. tip. de Álvarez hermanos, 1880-1883.—5 tomos en folio.

(2) Observándose que en esta serie de transformaciones hay mucha semejanza con las que para la palabra *chêne* establece Littré en su *Dictionnaire de la langue française*, debe repararse que este autor dice *casnus* donde pone *carnus* nuestro Barcia. Téngase presente, por si pudiera ser esto último una errata de imprenta.

tesis cammbie en R la primera N de la voz española y tendremos ERCINA.—5. Alteremos el género de esta palabra y tendremos ERCINO, tema que hallamos en el italiano QU-ERCINO, derivado evidente del latín QUERCUS.—6. Por otra parte, añadamos el pre-fijo EN á la forma francesa y tendremos EN-CHÊNE, ENCHINE, ENCINE y ENCINA.»

No añado más porque basta para el caso, y también para que se vea con cuánta razón califica el mismo autor de *rarísimas é increíbles* las transformaciones que establece para llegar del latín *quercus* al español *encina*. Ó mucho me equivoco, ó si se otea bien en esa serie de disquisiciones, se encontrará en ellas tanta sobra de regate como abuso de desinencias eufónicas, de modo que, si en éstas hemos de mirar por el virote, bueno será reservar el juicio y aplazar la sentencia del pleito á más señores, antes de pronunciar la sacramental frase de *archívese el rollo*, como se dice en términos curialescos.

En cuanto á la definicion del vocablo, que me tardeen como á negro fugitivo si no estamos también á media ración. El doctor Laguna (1) se expresa así: «.....árbol harto conocido, y produce las hojas semejantes á las del laurel, empero por el envés blanquecinas. Tiene la corteza castaña y la madera maciza, dura, fuerte y algun tanto bermeja» (pág. 92). Esto se decía á mediados del siglo XVI, y por lo visto, la Academia de la lengua nada encontró en ello digno de enmienda cuando en su *Diccionario de autoridades*, es decir, después de transcurrido más de siglo y medio, copió, casi se puede decir *nemine discrepante*, aquella definición que he venido á parar en la edición corriente, ó sea la duodécima del año 1884, en ésta que sigue: «Árbol ramoso que tiene el tronco macizo, las hojas aovadas, perennes, oblongas, dentadas, blanquecinas por debajo y queda por fruto bellotas;» por lo que pasara yo de buena gana, si ya no fuera porque así definida la *encina* se corre el peligro

(1) «Pedacio Dioscorides Anazarbeo acerca de la materia medicinal y de los venenos mortíferos. Traducida de la lengua griega en la vulgar castellana..... por el doctor Andrés Laguna, médico de Julio III P. M.—En Salamanca por Mathias Gast. Año de 1570.»—1 t. en f.º de 616 págs., 25 de principios y 25 de tablas al final, con muchos grabados en negro intercalados en el texto.

de confundirla con el alcornoque y también con la quejigüeta, que son árboles de diferente prosapia, mal que les pese á los definidores de aquel vocablo.

Pasemos ahora á la *carrasca*. En esto sí sé que hay que cargar la mano, á no ser que, pasando por todo, aceptemos por bueno lo que dista mucho de serlo.

Esta voz ha tenido siempre ilustres aficionados, no sé sí porque hay algo en ella que por su pronunciación y estructura acusa reminiscencias de un atavismo muy castizo. Casi me atrevo á decir, comparándola con su equivalente *encina*, que ha gozado la primacía en el uso por mucho tiempo, y aun hoy mismo en ciertas comarcas sobre todo, una de ellas al antiguo reino de Aragón, suele ser la más generalizada. Nada más frecuente allí que oír llamar *carrascas* y *carrascales* á las *encinas* y *encinares*. Muchos son los montes aragoneses que no tienen más nombre que *carrascal*. En la «*Memoria sobre los productos de la Agricultura española reunidos en la Exposición general de 1857*,» que publicó el Gobierno en Madrid por los años 1859-1861, y cuya parte forestal especialmente descubre á la legua la labor de una mano experta, andando á vueltas siempre con la palabra *encina*, se lee esto: «*La carrasca de Navarra y Aragón abunda y se usa mucho*» (pág. 422).

Los apellidos *Carrasco* y *Carrascón* son tan comunes en aquellas provincias como en otras muchas de España donde se distinguen por su añejo abolengo. De igual favor goza este vocablo entre nuestros clásicos de los siglos XVI y XVII principalmente.

«Nudosa *carrasca* en alto risco desmochada»

decía Fray Luis de León en una de sus odas. El doctor Laguna también lo usó como corriente. (*Obra cit.* lib. I. capítulo 121.) Lope de Vega, hablando de los bosques que antiguamente circundaban á la villa de Madrid, exclama:

«Solana donde me arrasco
al sol de vanos favores,
festivos campos de flores
aunque todos de *carrasco*.»

No se quedó atrás tampoco el festivo Tirso de Molina. Dominga, en la escena primera de la jornada segunda de *Mari-Hernández la Gallega*, se dirige á Don Alvaro, de este modo:

«No lo saben sermonear
los de acá tan á la miel;
sin duda lo hace el burriel
ó el *carrasqueño* manjar.»

Lo que me extraña es que Cervantes, que tanto habla de encinas, alcornoques y hayas en *El Ingenioso Hidalgo*, no emplee nunca la palabra *carrasca* ó *carrasco*, como no sea para designar al bachiller cuya potente lanza dió al traste en Barcelona con las proezas del esforzado Don Quijote. En nuestros días no ha sufrido detrimento el empleo de dicho vocablo, que, con el de *encina*, comparte la preferencia entre los doctos y el vulgo.

¿Y de su origen qué hay? Aquí está el toque. Covarrubias nada dice, pero en cambio Rosal se mete de hoz y coz entre la maraña de los radicales griegos más firme que un roble y más galán que Mingo. Así dice (1): «CARRASCA Ó CARRASCO, especie de encina. Díjose del griego CATARRIZOS *el que tiene hondas las raíces* y CATARRIZUME *es echar raíces hondas* y *cattarrizos* fortaleza, de donde el mismo griego llamó CARRONES á los más fuertes, constantes y valerosos, y de aquí CARRASCO, pues toda especie de encina por su fortaleza y hondura de raíces es insignia y hieroglífico de virtud, valor y de constancia y firmeza» (pág. 148).

Dos cosas llaman aquí la atención: primera, que de una significación puramente genérica, como lo es la de fortaleza, puesto que se puede aplicar á muchos seres y cosas, se haya venido á expresar un idea singular ó específica representada por un solo vegetal; y, segunda, que se haga provenir el vocablo español directamente del griego, saltando por encima del latín, del cual se han formado, si no todos, casi todos los

(1) «Origen y etimología de todos los vocablos originales de la lengua castellana.—Obra inédita del doctor Francisco del Rosal, médico natural de Córdoba» (año de 1601).—Ms. de la Biblioteca Nacional; en f.º Sig. T 127.

nombres de las plantas que tienen íntima conexión con la de que se trata, como la *encina*, el *roble* y la *coscoja*.

Ni la Academia de la lengua en su *Diccionario de autoridades*, ni Terreros en el suyo (1) han aceptado aquel parecer. Han creído, sin duda, más sencillo hurtar el cuerpo sin afrontar el estudio etimológico del vocablo. La emprende solo con esta tarea, por lo que he visto, el padre Sarmiento buscando los orígenes en la lengua latina. «*Y el origen latino, dice, es CAREX; y doblando la R y deshaciendo la X en S C según la analogía española, resulta: CARERE, CARRERE, CARRARE y CARRASCA.*» (*Obra cit.*, t. I, f.º 450 vuelto.)

Bueno que se busque el origen de la voz en el latín; pero eso de quitar y poner letras por medio de sufijos y paragoges caprichosas, no creo que deba admitirse como procedimiento de buena ley. Pero lo de más sustancia está en hacer derivar la palabra *carrasca* de la latina *carex*. En el Diccionario etimológico de los Sres. R. de Miguel y Marqués de Morante, por tantos títulos recomendable, no se dice más que esto: «*CAREX, ICIS, f. Virg. El carrizo*» (pág. 148); es decir, una planta de la familia botánica de las *Ciperáceas*, que nada tiene que ver con las encinas, robles ni carrascas. Por si cupiese alguna duda de esto, en el *Nuevo Valbuena ó Diccionario latino-español* de D. Vicente Salvá, se añade, además, que dicho «*carrizo es una yerba grande que lleva las hojas á modo de caña, largas y agudas.*» Luego la inducción carece de base.

Tampoco satisface la escueta etimología que da Barcia, referida á *cusculum*, porque toma la *carrasca* por *coscoja* como hace la Academia de la lengua en la edición corriente de su Diccionario, si bien ésta hace provenir el vocablo del latino *quercus*, tal vez con mejor tino, si se toma en cuenta su enlace con el griego.

El padre Larramendi quiere que sea bascongada la voz, haciéndola provenir de CARRASCÓ, GARRASCÓ, que significa

(1) «*Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes y sus correspondientes en las lenguas francesa, latina é italiana: su autor el P. Esteban de Terreros y Pando.*—Madrid, 1786-1788.—Imp. de la Viuda de Ibarra, Hijos y Compañía.»—3 t. en gra f.º de 710, 734 y 857 págs.

mucha llama, y el CARRASCO, añade, *es oportuno para eso* (1) (t. I, pág. 200). Esto no creo que necesite refutación, cuanto más que, según el mismo filólogo, la *carrasca* no se llama así en bascuence, sino *abarrá*.

Por último, la Academia, que, como se acaba de decir, asienta que *carrasca* equivale á *coscoja*, cuatro líneas más abajo, como segunda acepción de esta voz, establece su significación de «*hoja seca de la carrasca ó encina*,» sin reparar en que, sin más ley que la del encaje, lo que de ahí resulta es que *carrasca* equivale á *encina* y no á *coscoja*, como se pretende. Por supuesto que lo de llamar *coscoja* á la hoja seca de la encina es nueva singular que sin duda habrá estado guardada hasta ahora, como peras en tabaque. Algo he oído de si se usa ó no se usa haciendo extensiva la acepción á toda clase de restos vegetales y serojas, en los montes de Toledo y pueblos de los alrededores; pero si así fuera, debía advertirse claramente la limitación de su empleo.

Que todos se hayan equivocado no me atreveré á decirlo, pero lo que sí aseguro es—y lo digo tan alegre como la pascua de hornazos—que el sabio autor de la *Flora forestal española*, D. Máximo Laguna, naturalista de verdad, no de los de medio mogate que ahora se estilan, de aquellos pocos que «han pasado al sol y al sereno los meses enteros, cual antinomia de los naturalistas urbanos, recorriendo las sierras y serranías,» como de él dijo el erudito dasónomo Pascual (REV. FOR. ECON. Y AGRIC., t. I, año 1888, pág. 314. «*Sobre el vocablo FORESTAL*»), es que, según sus observaciones hechas en numerosas localidades, el vulgo llama también á la *encina*, *carrasca* ó *carrasco* y que, con aplicación exclusivamente á la *coscoja*, sólo menciona la voz como en uso en la Sierra de Aroche (provincia de Huelva). Yo á esto me atengo, que aquel es más discreto y razonable que sigue en estas cosas á los que saben mejor que nadie dónde les aprieta el zapato. Y si no, si alguno sabe más, que lo diga, y saldremos de dudas.

(1) «*Diccionario trilingüe castellano, bascuence y latín..... por el padre M. de Larramendi de la Compañía de Jesús.*—San Sebastián, 1853.—Est. tip. literario de Zuaza.»—2 t. en f.^o

Al amparo de igual autoridad, reforzada con mis febles y míseras observaciones locales, rechazo también el sentir de Barcia que dice llamarse en catalán *carrasca* á la *coscoja*, copiando probablemente á Saura, que así lo pone en su «*Diccionario manual de las lenguas castellana-catalana*,» edición de 1862, añadiendo, sin embargo, como sinónimas las voces *coscoll* y *garrich*. En toda la Segarra y el Urgel, que es donde se habla hoy mejor que en parte alguna el clásico catalán del *Rector de Vallfogona*, se aplica, que yo sepa, el nombre de *carrasca* á la *coscoja*, llamada allí por todo el mundo *coscoll* y nada más, pues los nombres de *garrich* y *garriga*, muy empleados también, más que á la *coscoja*, se refieren al matorral más ó menos espeso de esta planta y de la *encina*, con notorio predominio, sin embargo, de la primera.

También hay sus más y sus menos en lo que se entiende por *chaparra* ó *chaparro*, al igual que en punto á su origen. No estará demás, por tanto, que le demos un pasavolante á esta palabreja. El doctor Laguna y Covarrubias la pasan por alto, si yo no he visto mal, no queriendo cargar sin duda con el gabarro de su estudio etimológico. Rosal, por el contrario, diestro y agudo como el que es capaz de sacar pelotas de una alcuza, arremete con el vocablo, al que da significación de *especie de encina*, bien así como lo expresa de igual modo para la *carrasca*, y añade: «*Corrupto de CIBARIO, ó porque da cebo á los lechones con la bellota, ó porque éste fué el antiguo cebo ó mantenimiento de los hombres; por lo qual fué dicho PHAGUS, otra especie de encina.*» (Obra cit., pág. 218). Y con esto deja resuelta la cuestión como si la cosa fuese más clara que el agua. Su opinión, sin embargo, no ha hecho prosélitos, y trabajo le mando al que haya de llenar racionalmente, con las correspondientes transformaciones, el hueco que hay entre *cibario* y *carrasca*.

Larramendi y Barcia son, entre los modernos lexicógrafos, los que de esta etimología se ocupan, y por cierto que no pueden estar en más profunda disidencia. El sabio jesuita bascófilo, para quien, por lo que noto, todo el monte es orégano—y no se tome á mala parte este festivo é inocente desahogo,—CHAPARRO «*viene del bascuence ACHAPARRA, que*

significa la garra de la mano, y la CHAPARRA, añade, extiende sus ramas cortas á manera de garras. ABARRA.» (*Dic. tril.*, t. I. pág. 219). Todo lo cual estaría bien si además de la encina no existieran muchos miles de árboles y arbustos de otras especies que también extienden sus ramas á modo de garra, como quiere que sea, con exclusiva aplicación á la *chaparra*, el padre Larramendi. Luego, hay también que, sin negar la existencia de palabras de pura raza bascuence en el castellano, se me hace muy raro que este vocablo se haya extendido por toda España con tan sólida estructura léxica como tiene, sin que hayan influído en él para modificarle ó transformarle, ni las ingerencias latinas generales, ni las árabes del Sur de la Península, ni las provenzales del Nordeste de la misma. Creo firmemente—y perdone la respetable autoridad de aquel agudo filólogo—que no puede decirse que la voz *chaparra*, como la de *carrasca*, vengan del bascuence si no hay más razón que alegar que la de los conceptos en que apoya su parecer dicho escritor. Digo lo mismo de la palabra *coscoja*, porque, por más que se parezca á la palabra basca *coscollá*, es más legítima la derivación de *cusculium* admitida hoy por todos los etimologistas.

Barcia tira por otro lado, y confieso que después de esperar como agua de Mayo la solución que diera á este asunto, me he quedado más frío que el hielo, al ver que declara en seco ser de alcurnia americana el vocablo, haciéndolo equivalente de «CHAPAIRO, especie de encina de América» (*Obra cit.* t. I, pág. 1.175), precisamente de América, de donde no hemos recibido más que vocablos indios más ó menos corrompidos (hablo de plantas, se entiende) de significación exclusivamente específica. Tendría que ver ahora que el nombre americano de una simple especie de encina del Nuevo Mundo hubiese venido á España, tomando carta de naturaleza hasta el punto de extenderse por todo el país, casi sin variación ortográfica ni prosódica de ninguna clase. Añadiré de pasada que Pichardo (1) no trae la voz *chapiro*; regis-

(1) «*Diccionario provincial casi razonado de voces cubanas, por el auditor honorario de Marina D. Esteban Pichardo.*—3.^a edición.—Habana, imp. de la Antilla, 1862.»—1 vol. en 4.^o de XVII-281 págs.

tra sólo la de *chaparro* que, como «*arbusto de Sabana, ramoso, poco conocido*» (pág. 83), más bien parece de estirpe española que cubana por razón de su significado y antigüedad de uso en nuestro país.

La Academia de la lengua se va con Larramendi, según parece, por lo que digo de ella, lo que consignado dejo á propósito del erudito jesuita. Añado sólo que, si no he leído mal, no ha copiado fielmente las palabras y significaciones bascuences. Lo que Larramendi dice, es que la voz proviene de *achaparra*, no de *chabarra*, como asienta la Academia; y en cuanto á que *abarrá* significa encina y roble, lo que yo veo es que en el *Diccionario trilingüe* la encina aparece con el nombre de *artea* (t. I, pág. 367) y el roble con los de *aritzá*, *ezcurra* (t. II, pág. 360), empleándose sólo la voz *abarrá* en los artículos correspondientes á *carrasco* (t. I, pág. 200) y *chaparra* (t. I, pág. 219). Así consta en el indicado Diccionario. En estas cosas la más escrupulosa fidelidad es de rigor: perdiz ó no comerla.

Ahora, por lo que hace á la significación ó definición de la palabra, poco me queda que rezongar, porque hay más conformidad en las opiniones. Casi todos los autores van á una, á excepción de Rosal y Terreros que toman el *chaparro* por una *especie de encina*, cuando en rigor no es más que la misma encina bajo la forma de mata ó arbolillo joven y pequeño, como la define con notable propiedad el botánico Sr. Laguna en su *Flora forestal española*. Con esta definición se aparea bastante bien la que se encuentra en el Diccionario de la Academia de la lengua, tanto en su edición corriente como en la primera de 1726, donde el *chaparro* se distingue así: «*Planta ó árbol de ENCINA ó CARRASCA que produce la tierra en los montes naturalmente ó sembrando bellotas, que todavía es pequeña y no tiene tronco suficiente para podarla á fin de que passe á ser encina*» (t. II, pág. 305).

Discrepancias sólo las hallo en las *adiciones á la Agricultura general* de Herrera. El agrónomo Arias hace extensiva en una de ellas la denominación de *chaparral* á los montes *hucos* ó *mohedos* espesos, no sólo de *encina*, sino también de *alcornoque* (edición de 1818, t. II, pág. 223), donde, como

se ve, pugna el carácter de espaciamiento de los troncos aunque las copas se toquen, que es lo que caracteriza el *monte hueco*, con la espesura intrincada que es propia de las matas. ¿Estaba muy seguro este escritor de la significación del vocablo? No sé qué pensar, porque tres páginas más atrás de la que contiene aquella definición estampa lo que sigue: «*La ENCINA COMÚN (Q. ilex) la halló (Clemente) formando árbol hasta dos mil diez y ocho varas sobre el nivel del mar (en el reino de Granada) y ACHAPARRADA ó en estado de CHAPARRA ó mata, hasta las dos mil trescientas cincuenta varas.*» De lo que infiero que en este pasaje se confirma más y más la esencialidad del carácter de poca altura y muchas ramas, para aplicar propiamente el nombre de *chaparra* á la encina, circunstancia que no reúnen los montes *huecos*, sean de esta especie ó sean de alcornoque, y si se carga un poco la mano se vendrá á parar en que lo que se quiere significar es que la voz es genérica en su aplicación y derivada de la de *achaparrado* en su origen.

Gómez Ortega entendía del mismo modo la significación en sus aplicaciones (1). «*Se debe, dice, en todo eso prevenir que la mayor parte de los árboles y casi todas las matas, en vez de echar un tronco solo como los árboles, arrojan casi á flor de tierra muchos vástagos, cuyo conjunto forma lo que llamamos CHAPARRO*» (t. I, pág. 4).

Todo esto está y estaría muy bien si se admitiese que *chaparro* viene de *achaparrado*, pero no es eso lo corriente, además de que el uso, que al fin es el rey del lenguaje, no acepta aquella amplitud, ciñendo la definición á la encina pequeña ó á la que forma mata, tal como lo indica el botánico señor Laguna.

Con esto termino la *Chanfaina carrasqueña*, de modo tan deslavazado y hebén aparejada que de ella pudiera decirse lo que del gaitero de Bujalance, un maravedí porque empiece y diez porque acabe, pues materias tan abstrusas como

(1) «*Physica de los árboles, por Duhamel de Monceau, traducción de D. Casimiro Gómez Ortega.*—Madrid, 1772.—Imp. de Ibarra.»—2 t. en f.º de 304 y 371 págs.

éstas no deben ser manoseadas por el primer saltacharquillos que con ellas tropiece. Sírname de excusa, no obstante, el único propósito que me ha metido en este pecinal, que ha sido, no el de dar solución á todas las dificultades y salga lo que saliere como lo pudiera hacer cualquiera *Petrus in cunctis*, sino el de poner de manifiesto las deficiencias, puntos oscuros, contradicciones y anfibologías que se observan en los análisis de aquellos vocablos hechos hasta el día por los escritores nacionales que disfrutan de mayor autoridad para el caso.

Ya lo habrá usted comprendido así desde luego, amigo Maceira, y quién sabe si de ahí resultará que usted, tan aficionado y perito en las cosas de nuestro léxico y en materia forestal, quiera darse una pavonada por esos andurriales etimológicos contagiado de mi manía,

«porque las locuras son
como un plato de cerezas,
que en tirando de la una
las otras se van tras ella,»

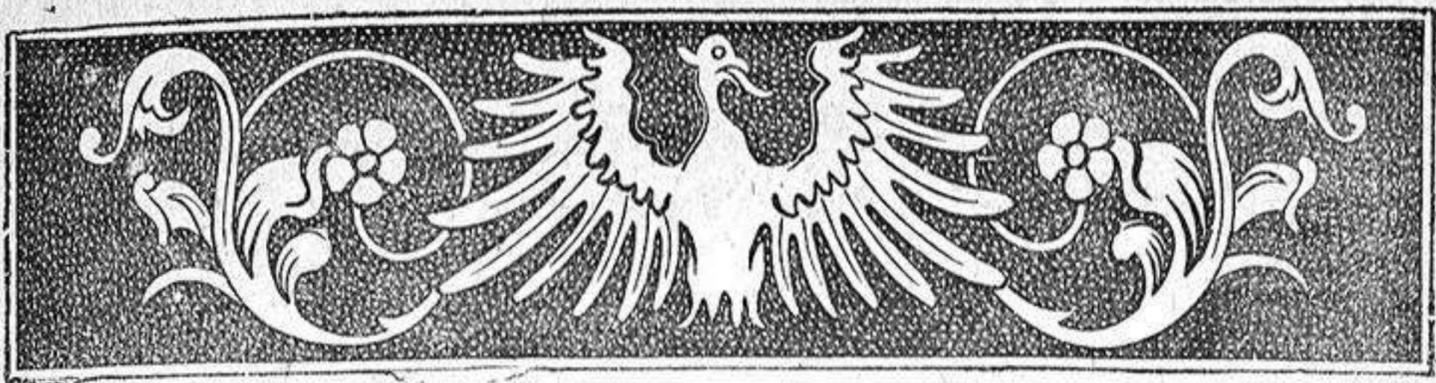
como dice Moreto.

Si en ello da usted, sé de seguro que han de llevar un buen julepe los ineptos é intrusos que presumen de sabihondos sin serlo. No me cuente á mí entre ellos, pero tampoco piense que presumo de tener mi piedra en el rollo de los sabios. No, por mi vida. Si me he metido en estas honduras, ya le he dicho por qué, y añada ahora á la dicha causa el deseo de proporcionar un poco de distracción y recreo al espíritu, que no siempre hemos de estar oficiando de hombres graves.

Por último, si este trabajillo, ó mejor humilde *buscapié*, fuese tan afortunado que á su influjo le sacara á usted de sus casillas ó de su *casilla*, daría por muy bien empleado el tiempo que ha invertido en darle forma su buen amigo, que le besa las manos,

JOSÉ JORDANA Y MORERA.

Madrid Enero 1891.



RECUERDOS DE LA GUERRA DE ÁFRICA ⁽¹⁾

TETUÁN

I

¡Ya estoy en Tetuán! ¡Bendito sea
Quien rige los destinos de la vida,
Que así realiza caprichosa idea,
En mi mente fantástica nacida!

¡Ya estoy en Tetuán! En son de guerra
Entro en sus calles, que desiertas hallo,
Y siento en torno retemblar la tierra
Bajo el herrado pie de mi caballo.

¡Oh, cómo ansiaba, allá en la patria mía,
Andar con moros en guerreros lances,
Cuando, mozuelo cándido, leía
Nuestras viejas historias y romances!

(1) Esta poesía forma parte de una hermosa y antigua colección inédita que ha de ver la luz, y cuyo autor, deseoso de favorecer á la REVISTA, nos ha facilitado galantemente esa primera muestra, que verán seguramente con gusto nuestros lectores.

Cuando del Betis por la hermosa orilla,
Poeta melancólico, vagaba,
Y en el antiguo alcázar de Sevilla
Las sombras de otros tiempos despertaba.

Entonces yo de bravos paladines,
De hermosas damas de gentil belleza,
De torneos, de justas y festines
Llena tenía el alma y la cabeza.

Y ya soñaba en su aljimez morisco
Á la cautiva en la arabesca Alhambra,
Ya al airoso jinete berberisco,
Ya la alegría de nocturna zambra;

Ya los gustos de amor y gentilezas
De la arrogante juventud cristiana
Ya los fieros combates y proezas
Del caballero de la cruz de grana.

Y en tales devaneos embebido,
Soñando en imposibles hermosuras,
Quisiera en aquel tiempo haber nacido
De guerras, de conquistas y aventuras.

Y suspiraba el conturbado pecho,
Y se abatía el vuelo de la mente,
Ante el árido libro de derecho
Y la prosaica realidad presente.

Y los años pasaron; y ninguna
Memoria acaso el pensamiento incierto
Guardaba ya de la abatida luna,
Y el árabe venido del desierto.

Cuando improviso en la africana tierra,
Como eco ronco de una antigua saña,

Grito salvaje resonó de guerra,
En grave insulto de la madre España.

Y á mantener incólume el decoro
De la patria querida y su bandera,
En terrible contienda con el moro,
Corrió la juventud de España entera.

Llena de ardor y de entusiasmo ciego
Vino á esta lucha peligrosa y nueva,
Cual va la llama del ardiente fuego
Donde el furioso vendaval la lleva.

Y yo, envuelto en el recio torbellino,
Vine de la española bizarría,
Traído por la mano del destino,
Que antiguos sueños realizar quería.

II

Como después del huracán y el rayo
Se queda el bosque sin su manto verde,
Y la pradera que pintaba Mayo
Su lozanía y hermosura pierde;

Tal de la guerra al ímpetu violento
Tetuán se quedó sin moradores,
Desnuda de su gala y ornamento,
Por el suelo sus joyas y sus flores.

¡Cuánta tristeza siente el alma mía
Al contemplar el mísero abandono
De esta linda ciudad, que parecía
Una reina sentada sobre el trono!

El hebreo aquí está, mudo y sombrío
Como en el tiempo en que su amargo lloro

Hizo crecer el babilonio río,
Y en los sauces colgó las arpas de oro.

El desdén se retrata en su semblante,
En medio del estrago y la ruina,
Que no hay dolor al suyo semejante
Cuando la de Jerusalén él se imagina.

¡Ay! Aquella ciudad, de pueblo llena,
Que inspiró aquel lamento tan profundo
Que aún hoy por cima de los siglos suena,
Y durará cuanto durare el mundo,

Desde que fué por el SEÑOR maldito,
Anda el hebreo errante y solitario,
Y con carácter indeleble escrito
Lleva en su frente el crimen del Calvario.

Y á este pueblo de avaros mercaderes,
De instintos miserables y ruines,
Ha concedido el Cielo por mujeres
Sus más bellos y dulces serafines.

Cual sus mujeres no hay mujer ninguna ;
La hermosa VIRGEN fué nacida entre ellas,
Á quien le sirven de escabel la luna,
Y de corona de oro las estrellas.

Aun podréis ver en la gentil hebrea
La esposa del Cantar de los Cantares,
La humilde espigadora de Judea,
Rostros que algún pintor puso en altares.

Cielo y tierra sus gracias vincularon
En estos dulces y amorosos seres,
Cuando los hijos del SEÑOR tomaron
Las hijas de los hombres por mujeres.

¡Cuál me place la llena de ternura
 Mirada de sus ojos penetrantes!
 Y en sus labios, do mana la dulzura,
 ¡Cuán dulce suena el habla de Cervantes!

En el regazo de la madre España
 Vivió esta pobre y desdichada gente,
 Y á poblar otro suelo en tierra extraña
 Piadosa mano la arrojó inclemente.

Aún memoran con triste complacencia
 Las celebradas ferias de Castilla,
 Las Lonjas de Toledo y de Valencia,
 Las aljamas de Córdoba y Sevilla;

Sus antiguos tapices y sus granas,
 Sus paños recamados de oros finos,
 Sus joyas y moriscas filigramas,
 Y sus ricos damascos granadinos.

Y yo, en estas memorias distraído,
 Los escucho con cierta simpatía,
 Que siempre suena bien en el oído
 Un eco de la patria que nos cría.

Mas ¡ay! que ya es preciso dar de mano
 Á este deporte y grato sentimiento,
 Que oigo el sonido del clarín lejano,
 Y me llama el deber al campamento.

III

De los graves cuidados distraído,
 Á la luz agradable de la luna,
 En plácidas memorias embebido,
 Vagaba yo por la ciudad moruna.

Todo en silencio y soledad dormía;
Con lento paso, en la nocturna vela,
Como una vana sombra discurría
Sobre el muro el cansado centinela.

Tal vez cruzando alguna calle estrecha,
Rondándola se ve forma bizarra,
Ó se oye al lejos amorosa endecha
Y el vago puntear de una guitarra.

Detengo el paso; misterio rüido
Siento partir de una cercana reja,
Como el vuelo de un ave, que su nido
Sobre la rama tembladora deja.

Y se fueron abriendo lentamente
Las maderas de la árabe ventana,
Como se abren las puertas del Oriente,
Á dar paso á la cándida mañana.

El aire se llenó de una fragancia,
De un agradable y delicado aroma
Que se respira en la lujosa estancia
De las guardadas hijas de Mahoma.

Y descubrióse entre la sombra oscura,
Que con fulgor angélico ilumina,
En blanco jaik envuelta, una figura,
No de mujer, de aparición divina.

Descogió el jaik, y suelto parecía
La vaga aureola, el brillo soberano
Que en torno á la purísima MARÍA
Pone en sus lienzos el pincel cristiano.

Sobre cojines de labor moruna
Se reclinó con lánguida pereza,

Mostrándose á los rayos de la luna
De lleno su atavío y su belleza.

Unas piezas de oro relucían
Sobre su blanca frente y su cabello,
Cuyas trenzas de ébano caían
En ondas por la espalda y por el cuello.

Y entre las hebras de sus negros rizos
Y pliegues de su toca, coruscantes
Asomaban, realzando sus hechizos,
Arracadas de perlas y brillantes.

Verde como la más pura esmeralda,
Ciñe el talle jubón de terciopelo,
Y de color de púrpura es la falda,
Con estrellas de plata como el cielo.

El pecho muestra parte de su nieve,
Parte encubre por gracia ó por decoro;
Desnudas la garganta del pie breve
Y las muñecas con ajorcas de oro.

Luce en su pura frente alabastrina
Y en sus frescas mejillas de amapola
La vaga luz del sol cuando declina
Y las cándidas nubes arrebola.

En su semblante nótase el externo
Velo leve y sutil, terciopelado,
Que tiene entre la rama el fruto tierno
Del rudo agricultor aún no tocado.

Sus frescos labios, finos en exceso,
En ellos el más puro amor respira:
Labios que invitan dulcemente al beso
Y le hacen suspirar á quien los mira.

Árabes ojos, negros y rasgados
De mirar dulces y en extremo hermosos,
De pestañas larguísimas velados
Para templar sus rayos amorosos.

Mas si desde esa franja que los vela
Lanzan de lleno su mirada fuerte,
Rápida como el dardo entonces vuela
Y herido el corazón queda de muerte.

El talle airoso, en garbo y apostura,
Y en toda proporción extraordinario;
Parecía tan bella criatura
El modelo de algun estatuario.

Yo extático la hermosa contemplaba
Y apenas á mover el labio acierto.....
Cuando truena el cañón de la Alcazaba
Y súbito en mi tienda me despierto.

¿Fué realidad ó sueño? ¡Quién lo sabe!
Esa mujer ó sombra parecía
Á una que tengo con pincel süave
Dibujada en mi ardiente fantasía.

¿Quién en los goces del amor y gloria
Podrá abrigar el temerario empeño
De trazar una línea divisoria
Entre la misma realidad y el sueño?

De bélico entusiasmo el pecho late.
¡Huid, visiones! Vuestras alas de oro
Puede manchar el humo del combate
Á que arrogante nos provoca el moro.

Ya el árabe al caballo pone espuela
Y con la aguda lanza hiere el viento,
Y viene como el águila, que vuela
Ansiosa de saciar el pico hambriento.

JOSÉ NÚÑEZ DE PRADO.



ESTUDIO DE LA NOVELA PICARESCA

VI

Examen de las principales novelas picarescas: *Vida de Lazarillo del Tormes*.—Su autor.—Su anterioridad al *Patrañuelo* de Timoneda.—Sus continuadores é imitadores.

La *Vida de Lazarillo del Tormes*, sus fortunas y adversidades, se imprimió por primera vez en Amberes en 1553, y es obra de D. Diego Hurtado de Mendoza, hijo del Conde de Tendilla y Embajador en Roma en tiempo de Felipe II. Debió componer esta obra durante su mocedad, á principios del reinado de Carlos V y siendo estudiante en Salamanca.

Hurtado de Mendoza, que tan brillantemente inaugurara su carrera literaria, fué luego el concienzudo y grave historiador de la guerra de los moriscos granadinos.

Publicó su obra primera sin nombre de autor y de ahí que el famoso padre Fray José de Sigüenza, autor de la *Historia de la orden de los Jerónimos*, que ordenó en unión de Arias Montano la Biblioteca del Escorial, recabara la honra de la paternidad de *Lazarillo*, para Fray Juan de Ortega, hombre de ingenio y general que había sido de la referida orden religiosa.

El *Lazarillo* alcanzó rápidamente gran popularidad. Sus dichos se convirtieron en refranes populares, y á la edición

citada sucedieron otras en gran número (se conocen hasta catorce), al tiempo que era traducido en italiano por Barezzi Barezzi, al alemán y al francés.

El no conocerse ninguna edición anterior á la citada de Amberes, aunque es probable que haya existido, y el haberse hecho raros los ejemplares de las primeras ediciones, ha dado margen á que se haya creído anterior al *Lazarillo* el *Patrañuelo*, de Juan de Timoneda, que en realidad debió ser compuesto unos cuarenta años después, y cuya primera edición, hecha en Valencia, data del año de 1566.

Ciertos pasajes del *Lazarillo*, como el del bulero y el del fraile de la Merced, debieron sentar mal á la censura de la Inquisición, que no podía ver tranquilamente retratadas en toda su desnudez miserias que afectaban á ciertas clases sociales que tan de cerca le tocaban, y expurgó la obra de tales pasajes, dándose en cambio la anomalía, que muy oportunamente señala D. Buenaventura C. Aribau, de que se dejaran intactos otros pasajes que podían considerarse alusivos á personas conocidas y hasta inocentes de los hechos que en el libro se les atribuyen.

Fué D. Diego Hurtado de Mendoza, según sus biógrafos, hombre tan grave y circunspecto como principal.

Mal creería lo primero quien juzgase de su carácter por la obra de que me ocupo, primera y primorosa muestra de la travesura y agudeza de ingenio en que tanto debían brillar luego los novelistas picarescos españoles, amena é interesante narración exuberante de gracia y donosura y rica cuanto varia en incidentes.

¿Quién no conoce la vida de Lázaro de Tormes?

Su nombre, de propio ha pasado á común y usual en nuestra lengua para designar á los rapaces acompañantes de los ciegos.

La historia de su mocedad es á la vez la tragedia y la epopeya del hambre: ésta es la fatal persecutora de nuestro héroe, su tormento y constante pesadilla, la que encadena unas con otras y motiva aquella serie de argucias y aventuras, de que es Lázaro interesante y simpático protagonista.

Y digo simpático, porque en verdad que lo es el pícaro

de Lázaro por sus agudezas y por el candor y bondad que revela en medio de sus travesuras juveniles. ¡Qué nota tan hermosa y atractiva aquella que, pintando esa bondad nativa, nos presenta á Lázaro dando generosamente de su pan á aquel su amo el mísero escudero, con quien se *asentó* huyendo de la avaricia del ciego y de la tacañería del clérigo de Maqueda, tipos pintados de una manera magistral y admirable, aunque á grandes rasgos!

Los azares de la vida amaestran por fin á nuestro protagonista, quien se nos presenta al final con el carácter ya formado, que da á todos los hombres el sello peculiar de su fisonomía moral.

Difícil era que tan accidentada juventud llevara á un hombre exento de principios á una virilidad irreprochable y honrada, y no hubiera sido lógico ni consecuente que tal se nos presentase la de *Lazarillo*.

La bondad de sus instintos podía ciertamente, como acontece, preservarle del crimen, al que de otro modo se hubiera visto arrastrado fatalmente, y hé aquí cómo Lázaro, que acaba por compender las ventajas que puede proporcionarle un positivismo bien entendido, se procura con el valimiento de sus conocidos un oficio real, — «viendo que no hay nadie que medre, sino los que lo tienen,» — y se hace pregonero.

Además, dice el mismo Lazarillo: «En este tiempo, viendo mi habilidad y buen vivir, teniendo noticia de mi persona el señor arcipreste de San Salvador, mi señor y servidor y amigo de vuestra merced, porque le pregonaba sus vinos procuró casarme con una criada suya.»

Hácelo Lázaro, convencido «de que de tal persona no podía venir sino bien y favor.»

Y aun cuando malas lenguas pudieran un instante turbar su tranquilidad y Lazarillo hubo de exponer á la par al señor arcipreste y á su esposa las hablillas de la gente, tanto rabió y lloró esta última y tan convencido le dejó el primero de que «quien ha de mirar á dichos de malas lenguas nunca medrará,» que optó por «tener paz en su casa» y *merecer* la ayuda y favor del arcipreste, quien le daba «al año al pie de una carga de trigo; por las pascuas su carne y cuándo el

par de los bodigos y las calzas viejas,» habiéndoles alquilado además una casita al par de la suya, en donde comían amigablemente juntos los tres todos los domingos.

*
* *

En 1555 publicó en Amberes Martín Nucio, el mismo impresor que había dado á luz la obra de Hurtado de Mendoza, una segunda parte de autor anónimo, si bien D. Nicolás Antonio supone ser cierto *Fray Emanuel*, de la orden de Predicadores.

Sea el autor quien fuere, lo que sí es cierto es que en este libro demostró bien poco ingenio.

Una metamórfosis tan extravagante como inverosímil sirve de base á la acción.

Lazarillo, importunado de los amigos, marcha á la guerra de Argel, naufraga, y convertido en atún es testigo y actor en una serie de aventuras submarinas.

Merece en cambio grandes elogios otra segunda parte del *Lazarillo* publicada en París en castellano y en francés, mucho tiempo después, en 1620, por H. Luna, *intérprete de lengua española*, y que todo hace suponer que fuese un Juan Luna que por aquel entonces se hallaba en París, expatriado probablemente por cuestiones políticas.

Luna hace en el prólogo una especie de crítica y explicación de las aberraciones contenidas en la otra segunda parte de *Lazarillo* de que acabo de hablar.

En la de Luna, Lázaro parte efectivamente para Argel, regresa á España, es llevado á la corte, á Toledo, y finalmente, habiéndose hecho ermitaño, quiere *casarse* sin recordar que lo estaba, lo que da margen á la última é infortunada aventura de nuestro héroe, víctima de la burla y travesura de unas mujerzuelas.

Luna supo imitar acertadamente el estilo y carácter de la obra de Hurtado y muestra ingenio y sutileza.

Es bastante desenvuelto y á veces un tanto libre para aquellos tiempos, pero muestra en cambio espontaneidad y soltura.

También, en 1620, publicó en Madrid una imitación de Hurtado de Mendoza, titulada *El Lazarillo del Manzanares*, don Juan Cortes de Tolosa. Es obra de escasísima importancia.

*
* *

Ya que el *Patrañuelo* de Timoneda ha podido disputar al *Lazarillo* el honor de haber inaugurado el género picaresco, dediquémosle siquiera breves frases, aun cuando su autor más que como escritor hase distinguido como editor.

Timoneda perteneció también á la escuela de dramaturgos valencianos, sin que ostente tampoco mérito sobresaliente entre ellos.

Dice en el prólogo de la primera parte, que llama *Patrañuelo* á su libro por derivarse tal nombre de patraña, «que no es otra cosa sino una fingida traza tan lindamente amplificada y compuesta, que parece que trae alguna apariencia de verdad.»

Dice que semejantes *marañas* se llaman en su lengua natal *rondallas* y en la toscana *novelas*.

Esta última era la palabra que debía introducir luego Cervantes adoptándola para sus *ejemplares*, y á la que luego debía darse el sentido lato y genérico que tiene en nuestros días.

Contiene el libro de Timoneda ventidós *patrañas*, cuentos breves, toscos y poco ingeniosos, encabezados con redondillas que vienen á ser á manera de argumentos. Algunos de tales cuentos tienen efectivamente cierto sabor picaresco, como los que empiezan así:

«Á un muy honrado abad
sin doblez, sabio, sincero,
le sacó su cocinero
de una gran necesidad.»

—

«Á un ciego de un retrete
hurtaron cierto dinero,
y á otro un compañero
diez ducados de un bonete.»

De este último cuento hizo con mayor gracia Timoneda un pasillo citado por Moratín en sus *Orígenes del teatro español*.

Tres años más tarde (1569) publicó Timoneda otra colección de cuentos que por su brevedad merecen mejor el nombre de anécdotas y que tituló *El sobremesa y alivio de caminantes*. Entre estos cuentos se publicaron doce de Juan Aragonés.

VII

Atalaya de la vida humana, de Mateo Alemán.—Su segunda parte, escrita por Mateo Luján de Sayavedra.—¿Quién era éste?

En 1599 se publicó en Madrid, según unos, y según otros, en Bruselas en 1600, otra obra que siguió las huellas de *Lazarillo*, y que, como éste, se finge escrita por el propio protagonista, estando purgando en galeras sus delitos de ladrón.

Llamóse esta obra por los editores *Vida del pícaro Guzmán de Alfarache*, á pesar de haberla bautizado su autor de *Atalaya de la vida humana*. Es sabido que en aquellos tiempos eran corrientes estos cambios de nombre por parte de impresores y libreros.

De tal modo cundió la obra que enriqueció á muchos de éstos, mientras que su autor—que había dejado en cierto modo, por escribirla, el puesto de contador de resultas en la contaduría de ración de Felipe II, cargo malavenido con sus naturales inclinaciones y estudios, y por el cual se vió luego como Cervantes perseguido y preso—tenía que emigrar pobre á Méjico en busca de mejor fortuna.

También como Cervantes es muy probable que Mateo Alemán, el ingenio á que vengo refiriéndome, hubiese estado en Italia en compañía de monseñor Aquaviva, que llevó al primero de camarero. Hacen suponer esto la conocida amistad de aquel prócer con nuestros literatos y los datos numerosos y exactos que Alemán da en su libro al describir varios puntos de Italia.

Todo induce á creer que era Mateo Alemán hombre versado en humanidades. Menos hubiera convenido que en su libro lo demostrase en sendas y difusas digresiones, fruto de indiscreta erudición y de las lucubraciones de la edad ya algo avanzada en que parece escribió su *Atalaya*.

Tan recargado está el libro de estos postizos, que Moratín (D. Leandro) pudo creer que suprimiéndolos resultaría la obra sin menoscabo.

Sobrepuja ésta á la de Hurtado de Mendoza en galanura de lenguaje, en fecundidad de inventiva y en talento de observación, mas en cambio, ni tiene la soltura y donaire de la narración de *Lazarillo*, ni es tan natural y espontánea.

Compensa la aridez de muchos de sus pasajes, la virilidad y madurez de todos.

La vida de Guzmán de Alfarache se divide en tres partes: la salida del hogar paterno y sus inclinaciones á la vida aventurera, la narración de sus picardías y, finalmente, la pobreza y calamidades á que sus desatinos le llevaron.

Guzmán es un carácter algo inverosímil.

Cierto que Alemán procura cohonestar su erudición con las circunstancias de haber cursado en Alcalá y haber servido al cardenal, pero se aviene mal el tono reflexivo y sentencioso que unas veces usa, con la jactancia y travesura con que narra otras, ya no picardías y bribonadas excusables en un mozuelo tunante injerto en candoroso, cual á veces aparece; sino verdaderos delitos que vienen á destruir la impresión estética que se promete el lector en libros que deben ser todos ingenio y pura gracia.

Fueron numerosísimas las ediciones que del *Pícaro Guzmán de Alfarache* se hicieron, así de su primera como de su segunda parte, que se resolvió Alemán á dar á luz cuando vió que no había faltado quien supiese aprovecharse de su inventiva.

Éste fué, según de varios pasajes de dicha segunda parte de Alemán se infiere, un abogado y gramático valenciano llamado Juan Martí, que se ocultó con el pseudónimo de Mateo Luján de Sayavedra.

Dice el mismo Alemán, por boca de un hermano de su

continuador, que éste, como buen latinista, hizo en su nombre, de Juan, Luján, y de Martí, Mateo, que volvió luego por pasiva, quedando Mateo Luján.

Da verosimilitud al aserto de que dicho Juan Martí fuera letrado, la erudición que en materias de jurisprudencia demuestra en su obra, de la que sólo se conocen tres ediciones, impresa la primera en Bruselas en 1604, si bien se cree que lo fuere antes en Valencia.

Era entonces común apoderarse de las obras de *entretenimiento*, que generalmente dejaban en suspenso sus autores, y publicar continuaciones.

Tal sucedió con *Celestina*, á pesar de que Rojas la hizo morir de muerte airada á manos de Sempronio y de Parmeno, y tal aconteció, como es sabido, con el *Quijote* del fingido Avellaneda.

Sin embargo, Alemán no perdonó á Martí la suplantación, y aun cuando reconoció su discreción y mérito, le fustigó repetidas veces por haberse apoderado del plan que él mismo en cierto modo dejara trazado para una segunda parte, en la primera de su obra.

VIII

Siglo XVII: *La pícara Justina*, de Andrés Pérez.—Cervantes y su influencia en la novela picaresca: *Rinconete y Cortadillo*.—*Vida del escudero Marcos de Obregón*, de Vicente Espinel.—Obras de Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo.—Imitación de Jerónimo de Alcalá.

Entramos ya en el siglo XVII, puesto que en el anterior no aparecieran otras manifestaciones en género picaresco que las examinadas.

En 1605 y pocos meses después de publicada la primera parte del famoso *Don Quijote*, imprimióse en Medina del Campo, por Cristóbal Lasso Vaco, el *Libro de entretenimiento de la pícara Justina*, en el cual debajo de graciosos discursos se encierran provechosos avisos. Al fin de cada número verás un discurso que te muestra cómo te has de aprovechar de esta lectura para

huir los engaños que hoy día se usan. Es juntamente arte poética, que contiene cincuenta y una diferencias de versos hasta hoy nunca recopilados, cuyos nombres y números están á la página siguiente:

Apareció como autor de libro tan historiado el licenciado Francisco de Úbeda, *natural de Toledo*, pero ha prevalecido la creencia en que fué dicho libro original del dominico Fray Andrés Pérez, natural de León.

Además de ser muy poco recomendable por su estilo, que predice el conceptualismo y el mal gusto que reinó en aquella época, es burda su fábula y ofrece escasísima originalidad. Su mismo autor dice en el prólogo: «No hay enredo en *Celestina*, chistes en *Momo*, simplezas en *Lázaro*, elegancias en *Guevara*, chistes en *Eufrosia*, enredos en *Patrañuelos*, cuentos en *Asno de oro*, y generalmente, no hay cosa buena en romancero, comedia ni poeta español cuya nota aquí no tenga, cuya quinta esencia aquí no saque.»

Efectivamente, el carácter de Justina es el de la protagonista de la tragicomedia de Rojas.

Como en *Patrañuelo*, encabezan los capítulos de *Justina* composiciones métricas, y aunque con escaso ingenio, se pretende imitar marcadamente en ella la *Atalaya* de Alemán, de cuyo protagonista se declara Justina pretendiente.

Existe una traducción italiana de Barrezzio Barrezzio.

*
* *

Cervantes, que ya en este tiempo había revelado su genio portentoso, primero en la *Galatea* y después en la primera parte de su insuperable *Don Quijote*, no podía dejar de darnos siquiera fuese una muestra de cómo á su genio portentoso eran familiares todos los géneros novelescos.

Efectivamente, en 1613, á su vejez y tras maduro examen, publicó sus *Novelas ejemplares*, no sin que antes hubiese explorado la opinión del público intercalando en el *Quijote*, *El curioso impertinente* y *El cautivo*.

Habiendo estado seis años aproximadamente en Italia,

quiso introducir aquí el cultivo de la novela corta de Boccaccio, de la que no había habido partidarios después de don Juan Manuel, y por primera vez introdujo el nombre toscano de *novelas*, habiendo llamado ejemplares á las suyas en contraposición á las licenciosas de Boccaccio.

Con estas producciones abre el talento superior de nuestro eximio Cervantes más vastos horizontes á la novela picaresca.

Muchas de ellas deben considerarse como novelas de costumbres, pues su esfera es más amplia dentro del campo social.

Pueden citarse entre ellas *La ilustre fregona*, del género amatorio, y *La gitanilla*, *El celoso extremeño* y *El casamiento engañoso*, del referido género de costumbres, que forman parte de las *ejemplares*.

También se halla en este caso y es asimismo de costumbres *La tía fingida*, publicada suelta.

La que es decididamente picaresca es *Rinconete y Cortadillo*, publicada entre las primeras y una de las mejores de entre ellas.

Obras de mayor vuelo y pretensión quisieran ostentarse con los méritos sobresalientes de ésta, tan breve en extensión como abundante en agudeza y en observación profunda.

El autor narra por su cuenta las astucias de dos rateruelos que el licenciado Porras asegura haber existido en 1569.

El cuadro que nos presenta la casa de Monipodio y los distintos y pintorescos caracteres de aquel hato de bandidos, lo he dicho ya, es insuperable.

¿Y qué diremos de la pintura que hace de Sevilla y de las costumbres de esta ciudad, emporio entonces del mercantilismo español?

Difícilmente nos presentan los predecesores de Cervantes un cuadro más humano, más vario, más vivo y acabado.

*
* *

Vicente Espinel, poeta de Roda, inventor de la décima y maestro de Lope de Vega, que vivió una vida tan mísera como dilatada, compuso en sus últimos tiempos, cuando era socorrido por el generoso Arzobispo de Toledo D. Bernardo de Sandoval y Rojas, la novela titulada *Vida del escudero Marcos de Obregón*, que dedicó á aquel bondadoso sacerdote.

Había leído su manuscrito al licenciado Luis Tribaldos de Toledo, á Fray Hortensio Félix Paravesin, al padre Luis de la Cerda, á D. Domingo Ortiz á D. Pedro Mantuano y á su antiguo discípulo Lope de Vega, quienes le exhortaron á publicarlo; mas así y todo, fué preciso para que á ello se decidiera en 1618 que un amigo de otro que lo era suyo, y á quien él había dejado dicho manuscrito, se apoderase de uno de los episodios y lo diese á luz como obra propia.

Así lo dice él mismo en el prólogo de la suya, añadiendo más abajo que al escribirla ha tenido en cuenta aquel precepto de su maestro Horacio: *lectorem delectando, pariterque monendo*.

El estilo de Espinel es puro y correcto, mérito no escaso dado el mal gusto reinante en su tiempo.

Peca algo de difuso en la descripción de los países por donde hace viajar á Marcos de Obregón y en reflexiones filosóficas.

Esto entretiene un tanto la acción de la fábula, que por lo demás está bien concebida y desarrollada.

*
*
*

Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo fué escritor fecundísimo, y aunque agradable, trivial y poco profundo, á pesar de lo que en su encomio digan Lope de Vega, Pérez de Montalbán y Bocángel.

Entre otras dejó del género de que me ocupo las siguientes muestras: *La ingeniosa Elena* (Lérida, 1612), *El curioso y sabio Alejandro, fiscal y juez de vidas ajenas* (Madrid, 1615),

El sagaz Estacio ó marido examinado y *El sutil cordobés Pedro de Urdemalas* (1620) y *El coche de las estafas* (1627).

*
* *

En 1624 aparece en Madrid una imitación del *Escudero*, original del médico segoviano Jerónimo de Alcalá Yáñez de Rivera.

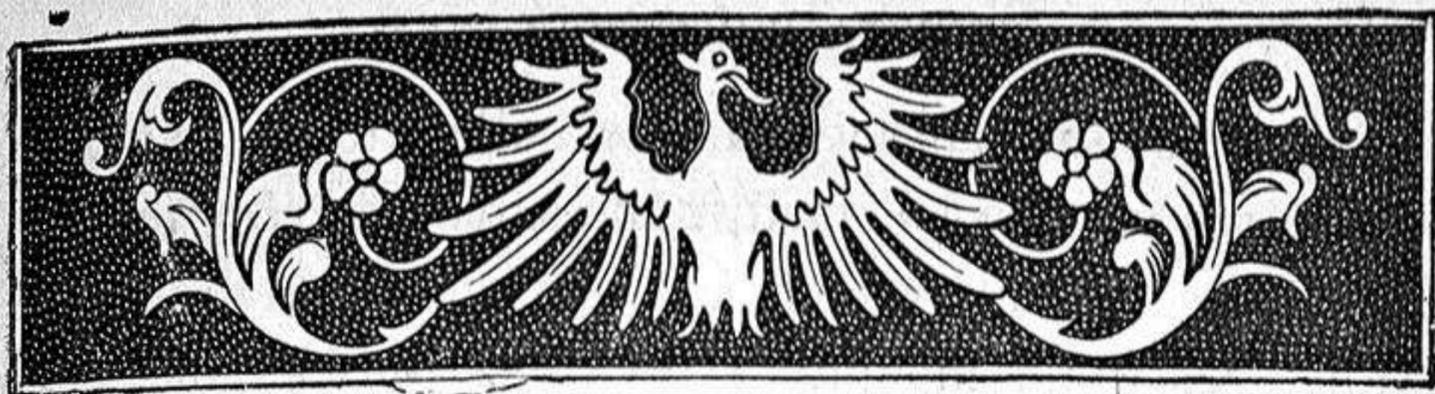
Titúlase esta novela *Vida y aventuras de Alonso, mozo de muchos amos*, nombre que cambiaron los impresores por el de *El donado hablador*. Animado su autor por su buen éxito, publicó en Valladolid una segunda parte dos años más tarde.

La fábula está desarrollada por medio del diálogo, y si no ofrece novedad, no está en cambio exenta de gracia.

FRANCISCO J. GARRIGA.

(Se continuará.)





OROGRAFÍA DE LA PENÍNSULA

Leyes de sus diversos accidentes orográficos.—Orden cronológico de su formación (1).

IDEAS GENERALES

En la conferencia anterior traté de bosquejar el aspecto orográfico que hubo de presentar nuestra Península en cada una de las grandes eras de la creación, estableciendo los mutuos enlaces de tan diversas transformaciones y sus influencias respectivas sobre la constitución de nuestro suelo hasta llegar á concertarse en sus actuales formas; en la presente procuraré investigar asimismo si, como consecuencia y corolario de aquel estudio, llegan ciertos rasgos á destacarse con harta claridad y firmeza para entenderse como constituyendo las leyes racionales á que ha obedecido su particular orografía.

Ciertamente, á poco que ocurra fijarse en la parte sólida

(1) Segunda conferencia dada en el Ateneo de Madrid por el eminente geólogo Excmo. Sr. D. Federico de Botella.

su superficie lisa, plana y uniforme, hállase toda ella labrada en diversos sentidos por multitud de surcos, de pliegues y rugosidades que, si atendiendo á la masa total son desiguales de escasísima magnitud, revisten, consideradas en sí mismas, tan verdadera importancia, que componen los llamados valles, montes, sierras y cordilleras, con todo el enmarañado conjunto de los accidentes orográficos.

Originados los más de estos accidentes en su principio por las acciones repetidas de las fuerzas internas sobre la corteza terrestre, llegan hasta tal punto los agentes externos á borrar ó á modificar sus rasgos fundamentales, que amenudo viene á ser en extremo dificultoso distinguirlos, naciendo de aquí la creencia general por mucho tiempo admitida de atribuir estas agrestes manifestaciones al acaso, ó cuando más á circunstancias muy locales, juzgándolos sembrados acá y acullá sin orden ni concierto cual si fueran maravilloso juego de la naturaleza para encanto y mero recreo de nuestra vista. Poco á poco, sin embargo, andando el tiempo y concurriendo con observaciones más detenidas, nociones mejor definidas en la ciencia sobre los fenómenos físicos, no dejó de llamar la atención la frecuencia con que se veían reproducidos ciertos hechos singulares, tales como las disposiciones violentas de muchas capas terrestres, presentándose plegadas, abovedadas, verticales y hasta invertidas, mientras otras permanecían tendidas á su pie sin alteración alguna; numerosos estratos asimismo por sus caracteres y disposición parecían marcar edades relativas, deslindar períodos, y así como los esbozos de cierto ordenamiento general, induciendo á inferir si tras de tan aparente desorden no existiría quizás alguna ley todavía desconocida, pero de innegable certeza; empezaban, por tanto, á disiparse las nieblas, aunque todavía no se vislumbraban con lucidez bastante los rangos fundamentales, cuando Werner, observador profundo y concienzudo, dedicado toda su vida en el distrito esencialmente minero en que difundía su enseñanza á sumar hechos y deducir consecuencias, llegó por fin á condensar y formular los resultados de sus estudios en su célebre teoría de los filode nuestro globo, nótase desde luego que, lejos de aparecer

nes (I), sentando como ley que en una *misma comarca los filones ó grietas* abiertas en las montañas y rellenadas posteriormente con diversas sustancias minerales son contemporáneos cuando se muestran paralelos y tienen la misma composición, y que son de épocas distintas los que difieren en una y otra de estas circunstancias.

Esta ley constantemente comprobada, pero cuyo alcance no podía prever Werner, dado el campo limitado de sus investigaciones y el estado de la ciencia de su tiempo, fué sin embargo el punto de partida de las generalizaciones más fecundas, pues aplicada luego por sus ilustres discípulos Deluc, de Buch y de Humboldt al estudio de los montes y cordilleras, los lleva á notar concordancias y oposiciones igualmente marcadas entre las direcciones de los sistemas de montañas, ora vecinos, ora lejanos, según que se refieren á una misma ó á épocas diversas, y por fin, más adelante, Elie de Beaumont, ampliando admirablemente todas las observaciones anotadas por sus antecesores y sumándolas con las de una vida brillantemente dedicada al estudio, no sólo confirma el paralelismo de las grietas, de las líneas de fractura y de los sistemas de montañas contemporáneos, sino que extendiendo á todas las dislocaciones de la corteza terrestre el principio del ilustre profesor de Freiberg, contrapuesto con la serie de revoluciones violentas que ha sufrido el globo, establece como consecuencia el *paralelismo de las arrugas y*

(I) Los filones, dice el sabio profesor, son grietas abiertas en las montañas y rellenadas posteriormente por diversas sustancias minerales, cuya naturaleza difiere más ó menos de la naturaleza de la roca que atraviesan.

Cuando se cruzan dos filones se nota que uno de ellos corta y atraviesa siempre al otro en toda su potencia sin alteración ni interrupción alguna.

Todo filón que atraviese ó desvíe uno ó varios filones es más moderno que el primero y que todos los que corta ó desvíe.

En un mismo filón los materiales que constituyen su parte media son, por lo común, de formación más moderna que los que yacen junto á los astiales ó salbandas, y aquellos que se hallan depositados en la parte superior del filón son igualmente de menor antigüedad que los que están á gran profundidad.

En una misma comarca los filones paralelos son contemporáneos y tienen la misma composición; los que difieren en una y otra de estas circunstancias y asimismo por la naturaleza de sus gangas, son de edades distintas.

fracturas terrestres producidas en una misma época, el enlace de estos fenómenos con los cambios de naturaleza y yacimiento que presentan los depósitos de sedimento en cada comarca y la correlación entre una y otra de estas dos series de hechos intermitentes, que son los que han trastornado la superficie de nuestro planeta (1).

Conclusiones con las cuales establece Elie de Beaumont por vez primera los fundamentos de la estitagrafía comparada, y que, separadas cuidadosamente por el gran maestro de toda teoría, se hallan deducidas con tan poderosa lógica, apoyadas en tal cúmulo de datos y tan admirablemente desarrolladas en todos sus términos, que arrastran al más íntimo convencimiento.

(1) Las montañas, dice Elie de Beaumont, no se hallan esparcidas al acaso como las estrellas en el cielo; forman grupos ó sistemas, en cada uno de los cuales un minucioso y detenido examen permite descifrar elementos concitados bajo un ordenamiento general, del cual no presentan rastro alguno las constelaciones celestes; y aventurada esta afirmación, harto absoluta, quizás por lo que atañe á los innumerables mundos que pueblan el universo, y cuya disposición y armonía, apenas ya columbradas, ocultan probablemente á nuestra pequeñez los inconmensurables espacios que de ellos nos separan, Elie de Beaumont, observando que las cordilleras ó cadenas de montañas son siempre rectilíneas ó capaces cuando menos de descomponerse en ramales de igual forma, y que además los diversos ramales de una extensa comarca se coordinan comúnmente en grupos, según orientaciones determinadas, cortas en número, que se repiten como á porfía en multitud de sierrecillas y de accidentes topográficos diversos, da la denominación especial de *sistema de montaña* á cada uno de los grupos caracterizados por una orientación frecuentemente repetida.

Haciéndose cargo luego de los resultados aportados á la ciencia por sus antecesores, y encontrando que las dos grandes concepciones de una serie de revoluciones violentas y de la formación de las cadenas de montañas han ido introduciéndose sucesivamente en la geología, se pregunta si cabe considerar estos grandes conceptos como independientes entre sí; si las cadenas de montañas han podido surgir sin que acontecieran verdaderas revoluciones en la superficie del globo; si quizás las convulsiones que debieron acompañar la salida de moles tan potentes y de tan complicada estructura no se identificarían con aquellas otras revoluciones de diverso carácter que se notan en la superficie terrestre al examinar los depósitos sedimentarios y las razas hoy desaparecidas cuyos restos encierran; y si, por fin, las líneas fronterizas que existen en la sucesión de los terrenos, desde cada una de las cuales los depósitos sedimentarios parecen haber empezado sucesivamente en condiciones diversas, no serían sencillamente el resultado de los cambios acaecidos en los límites y en el régimen de los mares por los surgimientos sucesivos de las montañas.

Así encerrados por fin los fenómenos naturales en su debido encaje, ya era relativamente fácil el darse cuenta de la orografía de cualquier comarca sin más que estudiar previamente sus líneas de fracturas, para formar luego los grupos que proceden, los sistemas en que se funden, é inquirir, por último, cuál es la relación de esas grandes agrupaciones de hechos con los restos de los pasados acontecimientos, ó lo que viene á ser lo mismo, empezando por deslindar las fronteras especiales de cada una de las formaciones geológicas sucesivas, discernir luego las alineaciones fundamentales

Así planteado el problema, empieza el ilustre sabio por fijar la edad relativa de la aparición de cada sistema de montañas que puede determinarse como comprendida entre los límites precisos de dos formaciones superpuestas en estratificación discordante, puesto que si en una cadena de montañas capas horizontales vienen á apoyarse sobre las capas inclinadas que se levantan y contornean las faldas y hasta llegar á sus cimas, el trastorno que dió lugar al levantamiento de las capas y subsiguientemente á la aparición de estas montañas, hubo de acontecer necesariamente *después* del depósito de las capas levantadas y con *anterioridad* al depósito de los estratos que no han sufrido alteración alguna en su yacimiento; intervalo tan breve y fenómeno tan rápido que ni dió lugar á depósito alguno intermedio, ni tampoco interrumpió el fenómeno de la sedimentación, puesto que al seguir en muchos casos una y otra serie de capas discordantes se llega con frecuencia á puntos en que descansan unas sobre otras en situación de perfecta concordancia.

Considerando luego las direcciones de las divisiones que separan estos dos órdenes de capas, divisorias siempre tan claras y distintas, que son la mejor característica de las sierras en que se observan, nota que los grupos de montañas, aun los más intrincados, pueden descomponerse generalmente en cierto número de ramales diversamente relacionados unos con otros, pero cuyas líneas divisorias entre las capas inclinadas y las horizontales son siempre las mismas, con igual orientación, por lo común, en los ramales paralelos y variando de rumbo al pasar á los que no se dirigen en el mismo sentido, infiriendo de aquí en tesis general *que cada uno de los sistemas de ramales paralelos ha sido producido de una vez y á un tiempo mismo.*

En cuanto á las fracturas ocurridas en la corteza exterior del globo que determinaron el surgimiento y la elevación de las capas que constituyen esta corteza y asimismo á las aristas de estas capas rotas y levantadas, que han llegado á ser las crestas de las asperezas en la superficie del globo que llamamos *sierras, cordilleras y cadenas de montañas*, establece Elie de Beaumont la sinonimia casi completa por regla general entre las expresiones: *dirección media de un sistema de fracturas, dirección media de un sistema de capas y dirección media de un sistema de montañas.*

determinadas en la corteza terrestre, por cada una de las grandes revoluciones, á las cuales se deben los cambios inherentes á la naturaleza de los depósitos sedimentarios, y dilucidados estos hechos, relacionar los resultados obtenidos con las revoluciones sincrónicas que los produjeron.

Los mapas que tenéis á la vista y cuya explicación formó el objeto de la anterior conferencia, al señalar las transformaciones correlativas á las grandes revoluciones terrestres, han constituido la primera parte de estos estudios; pasaremos por tanto á determinar las alineaciones fundamentales.

Las alineaciones paralelas y sincrónicas son en realidad el

Llegando por fin á la conclusión de estas diversas fases de un mismo fenómeno, recuerda el insigne sabio que el hecho de la constancia de las direcciones medias de las capas levantadas sobre extensiones á veces considerables se halla tan comprobado que hasta suelen erigirlo en principio los mineros en sus investigaciones, imposibilitando esa misma generalidad, entre otras consideraciones, que las dislocaciones de las capas características de las comarcas montañosas puedan atribuirse á fenómenos locales sucesiva é irregularmente repetidos, siendo más lógico referir *á una misma acción mecánica las dislocaciones dirigidas en igual dirección y producto de fenómenos distintos é independientes, los que toman rumbos diferentes.* Recuerda asimismo las citadas conclusiones de Werner con respecto á los filones, las de Deluc, de Humboldt y de los geólogos que se han ocupado más especialmente en la estructura de las montañas y en las diferencias y semejanzas de las direcciones de sus crestas, y, por fin, fundándose en todas las observaciones anteriores, así propias como extrañas, disecando en cierto modo y analizando el conjunto complejo de las direcciones de las rocas estratificadas, encuentra que *en cada comarca las capas de sedimento inclinadas y las crestas constituidas por estas capas no presentan indiferentemente toda clase de orientaciones, sino que se coordinan en un número limitado de direcciones generales;* circunstancia que resalta en todos los mapas algo exactos y constituye, en cuanto á las montañas, un *hecho de igual categoría al de las formaciones independientes y al de los horizontes geognósticos,* determinados entre los diversos términos de los terrenos de sedimento cuando se toman como base las variaciones manifiestas de rumbo, naturaleza y yacimiento de las capas y el de los restos fósiles que encierran. Relacionando entonces ambas clases de hechos, hace resaltar su coincidencia con ejemplos tan repetidos que llevan á extender y á generalizar para todas las dislocaciones de la costra terrestre el principio de Werner relativo á los filones, sentando por conclusión final el *paralelismo de las arrugas y fracturas del globo de una misma época el enlace de estos fenómenos con los cambios de yacimiento y de naturaleza que muestran los depósitos sedimentarios en cada comarca, y la correlación de estas dos series de hechos intermitentes* que son los que han trastornado la superficie de nuestro planeta.

hecho culminante de las investigaciones orográficas, hecho sencillo aparentemente, pero que oscurecen y complican un tanto la diversidad de las causas que concurren al modelado de las formas orográficas y también su enlace y compenetración constantes, dificultando no poco el discernir los rasgos fundamentales de los accidentales, lo esencial de lo secundario.

En efecto, al considerar cualquier comarca de alguna extensión aparecen en primer término como limitándola esas prolongadas líneas de crestas que al destacarse con vigor sobre el fondo del horizonte trazan límites y dibujan fronteras naturales perfectamente definidas al parecer; sin embargo, tan luego como se pasa á una observación más detenida, no tardan en aparecer otras líneas que aunque más humildes y de ménos bulto, burlan con frecuencia esos límites é invaden esas fronteras; á despecho de las formidables barreras piri-naicas, el Garona nace en nuestro territorio, el Tajo rompe los montes Carpetanos, el Jandula atraviesa la agreste sierra Mariánica huyendo de la cuenca del Guadiana para alcanzar la del Guadalquivir, de modo que frente á las alineaciones prolongadas de las crestas montañosas las divisorias de donde parten las aguas para concurrir á sus cauces respectivos trazan con frecuencia líneas diversas que revisten más cabal y legítima importancia, siendo la razón muy obvia, pues si bien causas idénticas originaron ambos accidentes, sometidas las primeras á la acción continúa de los agentes atmosféricos, batidas por las lluvias, azotadas por los vientos, hendidas por los hielos, se desgajan, desmoronan y llegan mediante la sucesión de los siglos á transformarse de tan notable manera que hasta se separan del sistema al cual pertenecían, mientras que por la inversa, las *líneas secas ó divisorias* no pierden nunca su carácter y permanecen siempre tan constante é íntimamente ligadas al suelo que aun cuando vengán nuevos movimientos terrestres á alterar sus condiciones primitivas, sus direcciones subsisten sin grandes diferencias ó entran con sus rumbos propios como factores importantísimos en las contracciones posteriores que experimenta el suelo. Las divisorias resultan por tanto con un carácter de firmeza y per-

manencia al que no alcanzan las crestas montañosas por más que comúnmente caminen confundidas, y de aquí el que merece señalarse muy particularmente como constituyendo los elementos de las alineaciones fundamentales.

BREVE RESEÑA GEOGRÁFICA

Tomando pues por norma las divisorias en la segunda parte de estos estudios, y entendiendo como cuencas hidrográficas las limitadas por el perímetro de las líneas secas que determinan la afluencia de las aguas á un mismo cauce principal, hallaremos al trazar esas líneas sobre una proyección ortogonal de nuestra Península que resultaría dividido su territorio en trece cuencas principales; cinco de primera magnitud, las de los ríos Duero, Ebro, Tajo, Guadiana y Guadalquivir con sus respectivos afluentes, y las restantes de menor extensión originadas por las aguas que vierten al Mundo y Segura, al Júcar y Cabriel, al Turia, Palancia y Mijares, al Miño y Sil, al Sado y Odemira, al Tambre y Ulla, al Fluviá y Ter, y por último al Tordera, Llobregat y Francolí. Añadiendo á estas cuencas las porciones que ocupan las vertientes septentrionales de los montes Cantábricos, las meridionales de la cordillera Bética y las de la sierra Mondrique resultará abarcada toda la superficie de nuestra Península por el conjunto de estos diversos accidentes, que en razón á su extensión superficial pueden colocarse en el orden siguiente:

Cuenca del Duero y Mondego.....	113.059	kilómetros
» » Ebro.....	86.000	»
» » Tajo.....	81.400	»
» » Guadiana.....	68.400	»
» » Guadalquivir.....	64.500	»
» » Júcar, Cabriel, Turia, Palancia y Mijares.....	38.000	»
» » Mundo y Segura.....	27.400	»
» » Miño y Sil.....	22.500	»
» » Fluviá, Ter, Tordera, Llobregat y Francolí.	18.000	»

Cuenca del Sado y Odemira.....	10.300	»
» » Ulla y Tambre.....	8.800	»
Vertientes septentrionales Cantá- bricas.....	29.200	»
» » meridionales de la cordi- llera Bética.....	15.000	»
» » del Monchique.....	3.400	»

quedando encerrada dentro del istmo Pirenaico y de ambos mares Oceánico y Mediterráneo una superficie de 585.959 kilómetros.

Ciñen estas cuencas que diversifican altos páramos y dilatadas planicies multitud de cordilleras, sierras y montes cuyo conjunto forma el llamado *sistema Hespérico*, dividido comunemente en tres regiones: la *Septentrional*, la *Central* y la *Meridional*; pero atendiendo á la consideración misma de las divisorias y al importantísimo papel que ha representado en la disposición orográfica de nuestro territorio la que lo atraviesa totalmente de Norte á Sur, juzgo como debiendo separarse de las anteriores regiones formando una cuarta división la *región Oriental*, determinada por la gran divisoria interoceánica-Mediterránea que algunos geógrafos han señalado, sin definirla claramente, con el nombre de cordillera Ibérica.

Forma la *región Septentrional*: la cordillera Astúrica-Pirinaica que desde Braga, Finisterre y el Teleno se extiende hasta cabo de Creus y cuyos elementos principales son los montes Medulios ó del Teleno, los Cantabro-Astúricos (montes Candamios y Víndicos), los Cantabro-Vascones, prolongación de los anteriores, y los Pirinaicos con sus altísimas cimas.

Constituyen la *región Central*:

1.º La cordillera que desde cabo da Roca (Pr. Selenio) y sierra de la Estrella (monte Herminio) corre á terminar por Peña do Francia, sierras de Gredos y Guadarrama, en las ramificaciones del Moncayo (monte Caunus), y que bien pudiera llamarse cordillera Serrática como la llamaban los árabes, ó sierra Lusitano-Arévaca del nombre antiguo de las regiones que atraviesa.

2.º Los montes Carpetanos ó de Toledo, que principian-
do en cabo Espichel (Pr. Barbario) llega al cerro de San
Felipe, en cuyas faldas occidentales nace el Tajo.

3.º La célebre sierra Mariánica ó Morena que desde cabo
de San Vicente (Pr. Sacrum) corre hasta el de San Antonio
(Pr. Ferrario), reapareciendo luego en las Baleares, y que á
pesar de su notoriedad merece apenas distinguirse por su
escasa altitud relativa.

Ocupa la *región Meridional*, la más importante por su ele-
vación de estas cordilleras, aquella que los romanos, con el
admirable conocimiento que mostraron de nuestro territorio,
designaban en sus diversos tramos con el nombre de *mole*
Orospedana, y que desde Tarifa hasta la sierra Sagra (monte
Argentario) se presenta como una sola masa labrada pro-
fundamente por las influencias atmosféricas.

Y en fin, por la *región Oriental* ó cordillera Ibérica desig-
naremos todas las comarcas que mirando al Oriente se ex-
tienden desde el Chullo en Sierra Nevada por Sierra María,
cumbres de Sierra Sagra y Sierra Alcaraz, á enlazarse por
las altas planicies manchegas con la otra *mole del Idubeda*
hasta el nacimiento del Ebro y las vertientes pirinaicas,
marcando con la divisoria de ambos mares el trazo orográ-
fico quizás el más notable de todo nuestro sistema.

Estas cordilleras no son, como ya lo iremos indicando,
de igual importancia; sobresalen la Pirinaica y Astúrica al
Norte y la Orospedana al Mediodía; luego sigue, entre las
Centrales, el conjunto de montes en varios segmentos casi
paralelamente dispuestos, que conocemos con los diversos
nombres de sierras de Guadarrama, Gredos, Gata, Estrella
y Cintra, y por fin, sembrados aquí y allá, en puntos nodales
nacidos de direcciones encontradas ó de impulsaciones de
mayor pujanza, levantan sus cumbres á más de 2.000 metros:
en el Norte, Moncalvo, el Teleno, Miravalles, Braña Caba-
llo, Mampodre, Espiguete, los Picos de Europa, Brañosera,
Orhi Ame, Bigorre, Troumouse, Cotiella, Turbon, Crabere,
Rouges, Madrés y Liouses; en el Centro, Calvitero, Alman-
zor, Serrota, Hierro y Ocejón; en la cordillera Ibérica, San
Millán, Urbión, Cebollera, Moncayo, Javalambre, Peñarro-

ya, Sierra Sagra, Revolcadores y Sierra María, y por fin, al Mediodía, La Máguina, Sierra Tejeda, La Alcazaba, Santa Bárbara, El Chullo, El Almirez y la Tetica de Bacares, sobresaliendo por cima de todas las eminencias de la Península Mulhacén y el Picacho de Veleta, á la que sólo se aproximan en el opuesto extremo pirinaico Baletous, Montcal, Troumouse, la Maladetta y Maupás.

Tales y tantas montañas, sierras y cordilleras, entre las cuales no citamos más que las principales, amontonadas precisamente en regiones determinadas, inducen ya á observar, como circunstancia digna de nota, que mientras hacia el Norte las cuencas que limitan se hallan rodeadas de moles imponentes entre las cuales Duero y Ebro, y hasta el mismo Tajo, parecen como corriendo apesadumbrados por estrechas angosturas para rendirse á sus mares respectivos, á partir de la cordillera Lusitano-Arévaca hasta la Orospedana, esto es, desde el Centro próximamente hasta el Mediodía, los montes humillan sus altitudes y abren anchos senos hacia el Sur y el Occidente.

Esas cuencas mismas que determinan las vertientes occidentales de la cordillera Ibérica al enlazar el Orospeda con el Idubeda participan de iguales caracteres, formando accidentadas y dilatadas planicies por las cuales Guadalquivir, Guadiana, Tajo y Duero se deslizan hasta los montes que les sirven de respectivas barreras por pendientes que alcanzan apenas el 1 y $\frac{1}{2}$ por 100, cuando todas las demás corrientes que se dirigen al Mediterráneo, salvo el Ebro, bajan tumultuosamente abriéndose paso entre formidables acantilados como las hoces de Cuenca, de Chulilla y de Cofrentes; de modo que, si para reconstituir los niveles de las diversas planicies, retrocediéramos con el pensamiento á la época que precedió al inmenso trabajo de erosión en tan singular escala desarrollado, hallaríamos marchando del Sur al Norte altitudes de 400 metros para el valle del Guadalquivir; de 700 á 800 para las cuencas del Guadiana, Tajo y Ebro; de 800 á 900 para la del Duero; solo de unos 300 para las demás planicies occidentales y escasamente de unos 50 á 100 para la del Segura en su región más meridional;

estableciendo así con la progresiva gradería por la cual se asciende á nuestras comarcas centrales, no el sistema de mesetas, al cual se ha dado desmedida importancia, sino los dos planos inclinados de extensión y pendientes diversas que en opuesto sentido determinó el eje Ibérico.

Considerando asimismo la disposición de nuestras cordilleras con relación á las curvas de nivel que las abarcan sucesivamente resulta:

Que para los montes Pirineos la curva más alta que permite rodearlos por completo sin discontinuidad es la de 300 metros, quedando á su pie el Perthus (248 metros) y algo separado á Levante el islote de Salifore y Cabo Creus; que para las cordilleras Astúrica, del Idúbeda (1) y Lusitano-Arévaca (2) la curva envolvente es la de 900 metros; con respecto á la Carpetana ó de Toledo, es la de 700 metros, y la de 900 para la Orospedana, en la cual queda comprendida la parte oriental de la Mariánica; en cuanto al ramal occidental de esta última, desde Despeñaperros hasta sus opuestos límites en la Sierra de Andevalo, la curva de 700 metros es la que corresponde, y aun así no con completa continuidad, sino á trozos interrumpidos que separan puerros de alguna menor altura.

Algunos números sobre la extensión que ocupan aproximadamente las diversas altitudes de nuestro territorio servirán para fijar estos datos, prestando cabal remate á las rapidísimas indicaciones orográficas que apuntamos.

De los 585.959 kilómetros cuadrados que mide la Península,

229.490 puedan considerarse á la alti-

tud de..... 0 á 500 metros.

264.480..... 500 á 1.000 »

91.989 por cima de..... 1.000 »

Las porciones de territorio comprendidas en esta última clase son las que por sus condiciones especiales consideramos como constituyendo real y verdaderamente las sierras,

(1) Montes de Urbión, Cebollera, Moncayo, La Menera, Universalis, Palomera, de Gudor y Cantavieja.

(2) Sierra Estrella, de Gata, Francia, Gredos y Guadarrama.

siendo éstas tales y tan numerosas que si se imaginaran derribadas y extendidas sobre la superficie de modo á formar una llanura uniforme, esta llanura tendría, según nuestros cálculos, la altitud media de 660 metros, igual á la de una planicie que, próximamente al nivel mismo de la capital (655,66 metros) (1), se extendiera por todo el territorio, hasta dar con sus actuales límites. Esta altitud es algo menor de lo que, por falta sin duda de datos suficientes, asignó á España el sabio Leipoldt (2) en su cuadro fisiográfico, sin que por ello deje de figurar nuestro país como la región más montañosa de toda la Europa, después de Suiza.

Lo excepcional de este mismo relieve muestra asimismo cuán ancho campo han tenido para manifestar su acción los agentes atmosféricos y la escala verdaderamente maravillosa en que han debido producirse los derrumbes, desgajes, erosiones y rellenos que, según lo dijimos, han venido á velar los rasgos fundamentales. Pero dejando aparte estos efectos, consecuencia de la estructura de la Península, y volviendo al estudio que nos hemos propuesto, no he de abusar de vuestra paciencia haciéndoos entrar en las consideraciones que, derivadas del sesgo de sus divisorias, inducen á indagar si sus direcciones se ajustan, relacionan ó coordinan en cierto número de orientaciones.

Labor árida por cierto y prolija en demasía, en que se hace preciso ir recorriendo paso á paso las líneas secas de sus principales cordilleras, la vagada de los lechos fluviales y las líneas fronterizas entre nuestras costas y los mares que les bañan; pero indicada ya la marcha general, agruparemos en forma sinóptica los resultados analíticos sucesivamente determinados, de modo que, abarcados en conjunto, resalten más fácilmente las relaciones y las consecuencias que de ellos se desprenden.

(1) La altitud media de la Península es, según nuestros cálculos, de 660,02 metros, y alcanzaría 661,55 al abarcar en su recinto toda la parte de los Pirineos franceses, desde la curva de los 500 metros, esto es, siguiendo la prolongación de la costa cantábrica hasta llegar al Mediterráneo. La altura del Observatorio astronómico de Madrid es de 655 metros.

(2) Leipoldt había calculado en 700,60 metros la altitud media de la Península Ibérica.

CUADRO SINÓPTICO

EXTENSIÓN Y DIRECCIÓN DE LAS PRINCIPALES CORDILLERAS Y SIERRAS DE LA PENÍNSULA HESPÉRICA

DILLERAS Y SIERRAS DE LA PENÍNSULA HESPÉRICA

NOMBRES DE LOS ACCIDENTES OROGRÁFICOS		LONGITUD		DIRECCIONES		CÍRCULOS MÁXIMOS DE COMPARACIÓN DEL PENTÁGONO EUROPEO	
		Total Km.	Parcial Km.	Generales °	Parciales °	Nombre de los círculos.	Rumbo referido á Madrid.
CORDILLERAS Y SIERRAS							
GRANDES DIVISORIAS							
I.	Divisoria Septentrional Hespérica.....	1.220	»	E. 0 41 N.	»	Prim. del Land's end.....	E. 6° 50' 6" 70 N.
	Div. de los montes Vídicos y Vascones.....	»	780	»	E. 0 41 N.	Prim. del Land's end.....	E. 6 50 6 70 N.
	» » Pirineos.....	»	440	»	O. 8 28 N.	Octaed. del Monte Sinaí. Pirineos.	O. 12 37 36 29 N.
	» » Medulios.....	»	280	»	N. 48 E.	Trapez. <i>Te.</i> Hunderück.....	E. 39 5 7 98 N.
II.	Divisoria Lusitano-Arévaca, Serrática ó divisoria entre Duero y Tajo.....	790	»	E. 33 29 N.	»	Hexatet. <i>HaTTa.</i> Erymanto. Balear	E. 30 48 24 92 N.
	Div. de Sierra de Cintra.....	»	150	»	N. 32 35 E.	Bisector <i>DH.</i> Montseny.....	N. 30 23 37 66 E.
	» Hermítica ó Sierra Estrella.....	»	110	»	E. 39 34 N.	Hexatet. <i>HaTTa.</i> Erymanto. Balear	E. 30 48 24 92 N.
	» Sierra de Gata.....	»	105	»	E. 35 N.	Hexatet. <i>HaTTa.</i> Erymanto. Balear	E. 30 48 24 92 N.
	» Sierra de Gredos y Sierra Guadarrama...	»	410	»	E. 34 45 N.	Hexatet. <i>HaTTa.</i> Erymanto. Balear	E. 30 48 24 92 N.
III.	Divisoria Carpeto-Ilergetana.	1.340	»	E. 23 48 N.	»	Trapez. <i>TTbbc.</i> Sancerrois.....	E. 29 46 32 25 N.
	Div. Lusitano-Carpetana ó divisoria entre Tajo y Sado.—Tajo y Gadiana.....	»	860	»	E. 23 48 N.	Trapez. <i>TTbbc.</i> Sancerrois.....	E. 29 46 32 25 N.
	» entre Sado y Gadiana.....	»	202	»	N. 2 10 O.	Bisector <i>DH.</i> Norte de Inglaterra.	N. 9 45 3 32 O.
	» Ilergetana ó divisoria entre Segre, Fran- colí, Llobregat, Ter y Fluviá.....	»	480	»	E. 23 46 N.	Trapez. <i>TTbbc.</i> Sancerrois.....	E. 29 46 32 25 N.
IV.	Divisoria de los montes del Idúbeda.	680	»	O. 7 24 N.	»	Trapez. <i>TDb.</i> Ballons.....	O. 6 51 41 47 N.
	Div. de los montes de Urbión y Moncayo....	»	195	»	O. 12 15 N.	Octaed. del Monte Sinaí. Pirineos.	O. 12 37 36 29 N.
	» de los Montes Universales y de Albarracín.	»	250	»	N. 18 42 E.	Prim. de Nueva Zembla. Rhin. . . .	N. 12 53 17 92 E.
	» de los montes Palomera, San Just y Pe- ñarroya.....	»	190	»	N. 8 6 E.	Prim. de Nueva Zembla. Rhin. . . .	N. 12 53 17 92 E.
	Quebra del Idúbeda	»	260	»	N. 5 O.	Círculo auxiliar. Valle del Ródano.	N. 7 16 2 26 O.
V.	Divisoria Mariánica-Contestana-Balear.	1.403	»	E. 16 45 N.	»	Trapez. <i>Tb.</i> Tatra.....	E. 13 8 51 87 N.
	Div. Sierra Monchique	»	130	»	E. 9 53 N.	Prim. del Land's end.....	E. 6 51 33 30 N.
	» de Sierra Morena ó Mariánica.....	»	565	»	E. 10 30 N.	Prim. del Land's end.....	E. 6 51 33 30 N.
	» de los montes Contestanos	»	285	»	E. 23 56 N.	Hexatet. <i>Hbaad.</i> Alpes principales.	E. 22 37 38 73 N.
	» Cordillera submarina Balear.....	»	423	»	E. 21 18 N.	Dodec. rom. <i>HIT.</i> Eje volc.º med.	E. 21 35 53 N.
VI.	Divisoria Interoceánica-Mediterránea.....	1.570	»	N. 7 51 O.	»	Bisector. <i>DH.</i> Norte de Inglaterra.	N. 9 45 3 32 E.
	Div. meridional Hespérica ó divisoria Orospe- dana ó divisoria Bética.....	»	560	»	E. 1 21 N.	Prim. del Land's end.....	E. 6 50 6 70 N.
	» de los montes Barbesios, Ilúpula, Sola- rios, Bastetanos y Deitanos.....	»	560	»	E. 7 3 N.	Prim. del Land's end.....	E. 6 50 6 70 N.
	» Ibérica.	»	1.040	»	N. 8 17 O.	Bisector <i>DH.</i> Norte de Inglaterra.	N. 9 45 3 32 O.
	» De los montes Vascones y Pirineos.....	»	580	»	E. 0 22 S.	Prim. del Land's end.....	E. 6 50 6 10 N.
PEQUEÑAS DIVISORIAS							
	Div. entre Tambre, Ulla y Miño.....	220	»	E. 14 45 N.	»	Hexat. <i>HaTTa.</i> Ind. Turq. España.	E. 10 13 12 23 N.
	» Coba.—Faro.....	»	60	»	N. 3 45 O.	Bisector <i>DH.</i> Norte de Inglaterra.	N. 9 45 23 32 O.
	» Faro.—Santa Tecla	»	160	»	N. 41 20 E.	Prim. de Lisboa.	N. 44 28 5 93 E.
	» Entre Turia, Cabriel y Júcar.....	210	»	N. 7 53 O.	»	Bisector <i>DH.</i> Norte de Inglaterra.	N. 9 45 3 32 O.
	» Entre Almanzora y Almería.....	70	»	N. 10 20 O.	»	Bisector <i>DH.</i> Norte de Inglaterra.	N. 9 45 3 32 O.

CUADRO SINÓPTICO

DE LA EXTENSIÓN Y DIRECCIÓN DE LOS RÍOS Y COSTAS PRINCIPALES DE LA PENÍNSULA HESPÉRICA

NOMBRES DE LOS ACCIDENTES OROGRÁFICOS

RIOS

RÍOS PRINCIPALES

Duero.....	
Tajo.....	Entre Aranjuez y Abrantes.....
	Entre su nacimiento y Aranjuez, y entre Abrantes y el mar.....
Guadiana.....	El Guadiana alto desde las lagunas de Ruidera.....
	Desde la afluencia del Guadiana alto á Badajoz.....
	Desde Badajoz al mar.....
Guadalquivir.....	Desde el nacimiento del río á Cantillana.....
	Cantillana al mar.....
Ebro.....	

RÍOS SECUNDARIOS

Tambre.....	
Ulla.....	
Miño.....	
Sil.....	
Fluviá.....	
Ter.....	
Llobregat.....	
Francolí.....	
Mijares.....	
Palancia.....	
Turia.....	
Júcar.....	
Cabriel.....	
Serpis.....	
Vinalapo.....	
Segura.....	
Mundo.....	
Almanzora.....	
Almería.....	
Adra.....	
Guadalhorce.....	
Guadiaro.....	

COSTAS

Costa Norte.....	Cabo Vilano.—Fuenterrabía.....
» Sur.....	Cabo San Vicente.—Cabo de Palos.....
» Occidental.....	Cabo Vilano.—Cabo San Vicente.....
» Oriental.....	Cabo de Palos.—Cabo Creus.....

LONGITUD		DIRECCIONES		CÍRCULOS MÁXIMOS DE COMPARACIÓN DEL PENTÁGONO EUROPEO	
Total. Km.	Parcial Km.	Generales. °	Parciales. °	Nombre de los círculos.	Rumbo referido á Madrid.
726	»	O. 11 58 S.	»	Trapez. <i>Tb.</i> Tatra.....	E. 13° 8' 51" 87 N.
825	»	O. 15 22 S.	»	Trapez. <i>Tb.</i> Tatra.....	E. 13 8 51 87 N.
»	440	»	E. 7 49 N.	Prim. del Land's end.....	E. 6 30 6 70 N.
»	385	»	E. 22 0 N.	Hexatet. <i>Hbaab.</i> Alpes principales.	E. 22 37 38 73 N.
725	»	O. 25 48 S.	»	Hexatet. <i>Hbaab.</i> Alpes principales.	E. 22 37 38 73 N.
»	105	»	N. 45 50 O.	Diagonal <i>IB.</i> Monserrat.....	N. 44 10 4 97 O.
»	390	»	E. 15 50 N.	Trapez. <i>Tb.</i> Tatra.....	E. 13 8 51 87 N.
»	230	»	N. 9 20 E.	Prim. de la Nueva Zembra. Rhin..	N. 12 53 13 04 E.
510	»	O. 20 42 S.	»	Hexatet. <i>Hbaab.</i> Alpes principales.	E. 23 13 31 N.
»	386	»	E. 12 55 N.	Trapez. <i>Tb.</i> Tatra.....	E. 13 8 51 87 N.
»	124	»	N. 22 30 E.	Trapez. <i>Tabc.</i> Longmind.....	N. 21 29 26 56 E.
720	»	O. 40 50 N.	»	Diagonal <i>IB.</i> Monserrat.....	N. 44 10 4 97 O.
70	»	O. 22 10 S.	»	Trapez. <i>TDb.</i> Finisterre.....	E. 20 20 48 71 N.
80	»	O. 28 37 S.	»	Trapez. <i>TDb.</i> Finisterre.....	E. 20 20 48 71 N.
233	»	O. 34 45 S.	»	Trapez. <i>Te.</i> Hundsrück.....	E. 39 5 7 98 N.
»	140	»	O. 16 52 S.	Trapez. <i>TDb.</i> Finisterre.....	E. 20 20 48 71 N.
70	»	E. 6 S.	»	Trapez. <i>TDb.</i> Ballons.....	O. 6 51 36 N.
140	»	E. 33 37 S.	»	Prim. de San Kilda. Thuringerwald	O. 29 46 57 46 N.
125	»	E. 13 45 N.	»	Trapez. <i>Tb.</i> Tatra.....	E. 13 7 1 04 N.
42	»	S. 18 E.	»	Diametral. <i>Dac.</i> Forez.....	N. 21 46 5 84 O.
110	»	E. 25 30 S.	»	Prim. de San Kilda. Thuringerwald	O. 29 46 57 46 N.
62	»	E. 10 S.	»	Octaed. del Sinaí. Pirineos.....	O. 12 39 37 05 N.
215	»	S. 40 55 E.	»	Diagonal <i>IB.</i> Monserrat.....	N. 44 10 4 97 O.
370	»	S. 41 52 E.	»	Diagonal <i>IB.</i> Monserrat.....	N. 44 10 4 97 O.
»	185	»	S. 12 O.	Prim. Nueva Zembra. Rhin.....	N. 12 53 13 04 E.
60	»	N. 41 30 E.	»	Diametral <i>Dac.</i> Côte d'Or.....	N. 41 26 7 81 E.
80	»	E. 38 15 S.	»	Prim. de San Kilda. Thuringerwald	O. 29 46 57 46 N.
220	»	E. 26 53 S.	»	Prim. de San Kilda. Thuringerwald	O. 29 46 57 46 N.
»	76	»	E. 20 30 S.	Círculo auxiliar. Alpes marítimos.	O. 19 57 58 N.
90	»	E. 19 S.	»	Círculo auxiliar. Alpes marítimos.	O. 19 57 58 N.
96	»	E. 35 30 S.	»	Trapez. <i>Tla.</i> Morbihan.....	O. 38 22 10 90 N.
43	»	S. 24 30 E.	»	Prim. del Etna. Tenaro.....	N. 23 8 21 63 O.
160	»	S. 34 O.	»	Diametral <i>Dac.</i> Côte d'Or.....	N. 41 24 7 81 E.
90	»	S. 26 50 O.	»	Bisector <i>DH.</i> Montseny.....	N. 30 25 37 66 E.
660	»	E. 0 18 N.	»	Prim. del Land's end.....	E. 6 50 6 70 N.
730	»	E. 2 36 N.	»	Prim. del Land's end.....	E. 6 50 6 70 N.
790	»	N. 9 0 O.	»	Octaédrico de Mulhacen.....	N. 7 16 8 26 O.
910	»	N. 35 7 E.	»	Bisector <i>DH.</i> Montseny.....	N. 30 25 37 66 E.

Sintetizando los datos expuestos en el cuadro que precede, parece comprobarse:

1.º Que los accidentes orográficos, hidrográficos y estratigráficos de la superficie terrestre se alinean naturalmente con arreglo á direcciones tan señaladamente marcadas, que así los montes como los ríos, las quiebras como los pliegues, arrugas y crestas levantadas, pueden agruparse en sistemas que definen sus direcciones respectivas, sin más excepción en la orientación, según la cual se manifiestan los esfuerzos de dislocación, que las alteraciones ó desvíos locales producidos por la influencia de causas más ó menos profundas.

2.º Que con relación á nuestra Península la multitud, diversidad y complicación aparente de los citados accidentes se resuelven en definitiva en cortísimo número de orientaciones: así las dos divisorias Septentrional y Meridional de Finisterre á Cabo Cervera y de Luna á Santi Espíritu, que comprenden las grandes cordilleras del Norte y Mediodía, en sentido de O. á E., son sensiblemente paralelas (E. $0^{\circ} 41'$ N ; O. $0^{\circ} 22'$ S.); las tres grandes cordilleras centrales Lusitano-Arévaca, Carpeto-Ilergitana y Mariánica Contestana-Balear oscilan dentro de un arco de unos 16° y marchan un término medio al rumbo E. $18^{\circ} 40'$ N O. $18^{\circ} 40'$ S.; los montes Pirineos y los del Idúbeda siguen el rumbo medio O. $7^{\circ} 55'$ N. á E. $7^{\circ} 55'$ S., y por fin cortan las sierras citadas con las orientaciones respectivas N. $7^{\circ} 51'$ O. y N. $15^{\circ} 24'$ E. la divisoria interoceánica mediterránea y la de los montes Palomera, San Just, Peñarroya, Universales y Albarracín.

Considerados aisladamente los montes Vídicos ó Astúricos y los Vascones, las sierras del Teleno, de Cintra, Estrella, Gredos, Guadarrama, la Carpetana, la sierra Monchique, Morena, montes Contestanos, la Submarina-Balear y la Bética Orosipedana, ó sean los montes de la Luna, de las Yeguas, de Alhama y Almijares, las Sierras Nevada, de Baza, de las Estancias de Almenara y del Algarrobo, su dirección media sería al O. $20^{\circ} 28'$ S. á E. $20^{\circ} 28'$ N.

Pasando á los ríos: Duero, Tajo, Guadiana, hasta Badajoz, y Guadalquivir, hasta Cantillana (pues estos dos últimos

corren luego en quiebras preexistentes, cruzan el territorio al rumbo medio de E. $18^{\circ} 27'$ N. á O. $18^{\circ} 27'$ S.)

El Ebro se dirige al O. $40^{\circ} 50'$ N. á E. $40^{\circ} 50'$ S. De los ríos secundarios el Cabriel, el Serpis, el Guadiaro, el Guadalhorce, corren al rumbo medio de N. $28^{\circ} 20'$ E. á S. $28^{\circ} 20'$ O.; el Francolí, el Turia, el Júcar y el Adra, de N. $31^{\circ} 4'$ O. á S. $31^{\circ} 4'$ E.; el Mijares, Palancia, Vinalapo, Segura, el Mundo, el Almanzora y el Almería se deslizan por quiebras que, en término medio, van del O. $24^{\circ} 48'$ N. al E. $34^{\circ} 48'$ S. De modo que tanto en las divisorias y líneas de crestas que cruzan nuestro territorio como en las quiebras por donde siguiendo la línea de máxima pendiente se abren paso nuestras corrientes fluviales, por los dos planos inclinados del cuadrilátero peninsular, se halla retratada la mayor sencillez, agrupándose las orientaciones varias en haces bien definidos, que no hacía sospechar seguramente su aspecto intrincado y á los cuales nos ha llevado naturalmente el estudio analítico.

Comparando estos resultados con la estructura especial que imprimió al suelo cada una de las grandes revoluciones del globo, y con la influencia respectiva de éstas sobre la parte solidificada de la corteza terrestre, esto es, remontándose á las causas, resulta todavía mayor sencillez en las líneas fundamentales, pues se resuelve, finalmente, en la influencia predominante ejercida sobre la contextura de la Península por el sistema del eje volcánico mediterráneo, que de Tenerife se dirige al Etna, y de su homólogo, el del Tenaro, que le cruza en ángulo recto para dirigirse al Mauna Roa; sistemas combinados que al tropezar con las direcciones primordiales de los elementos preexistentes, y muy particularmente con los que señalaron el final de las eras paleozoicas, de la base del Tryas y del depósito de la arenisca roja, se fueron traduciendo en el modelado de la superficie, según las resultantes respectivas, constituyendo la osatura sobre la cual los agentes meteorológicos y las causas secundarias obraron á su vez en grande escala (1).

(1) Las orientaciones señaladas, referidas á las de los círculos máximos de

En resumen: las grandes leyes del paralelismo de las sierras y cordilleras contemporáneas y su relación con las revoluciones de la corteza terrestre permite por fin establecer sobre base segura la leyenda del pasado, colocando en su orden cronológico los sucesos que han influido en la aparición, crecimiento y configuración de los territorios que hoy día constituyen nuestra Península, de modo que si en aquellas remotísimas edades próximas á la creación, tristes, dispersos y solitarios islotes confinados principalmente hacia las regiones del NO. señalaban los primeros rudimentos de su territorio, poco á poco fueron agregándose nuevas extensiones, y empezaron, andando el tiempo, á dibujarse con sus direcciones propias al N. las cordilleras de Finisterre á Cabo Cervera; en el centro, las de la Estrella, Gata, Gredos, Guadarrama y la Carpetana ó de los montes de Toledo, terminando aquel continente con los nacientes alcores que constituían los primeros esbozos de la sierra Mariánica, en tanto que algo más al Sur apuntaba en sus comienzos la cordillera Bética, límite septentrional del continente africano.

Concluído el amplísimo ciclo que distinguen los geólogos con el nombre de Silúrico, la insegura corteza terrestre se

comparación del Pentágono Europeo, se resuelven de un lado en la resultante entre el sistema del Hundsruck E. $39^{\circ} 5'$ N. que caracteriza las orientaciones de todos los terrenos antiguos, y la orientación E. 21° N. del eje volcánico mediterráneo y de otro entre la orientación del sistema del Rhin N. $12^{\circ} 53'$ E. y la del Tenaro N. $23^{\circ} 8'$ O., homólogo del eje volcánico.

La primera informa más ó menos profundamente, según la diagonal de Cabo de San Vicente á Cabo Creus, las sierras y cordilleras que cruzan nuestro suelo de OO. S. á EE. N.; la segunda traza la divisoria interoceánica, la costa peninsular desde Cabo de San Vicente á Finisterre, y la multitud de quiebras ó accidentes secundarios paralelos, y entre otras, aquella por donde camina el Guadiana en la última parte de su curso; el sistema de los Pirineos (O. $12^{\circ} 50'$ N.), posterior al levantamiento del terreno nummulítico, coordinado con el del Land's end (N. $6^{\circ} 50'$ E.), anterior á la formación hullera, imprime fuertemente su sello para determinar las divisorias Septentrional y Meridional del cuadrilátero trapezoidal peninsular desde Cabo Vilano á Cabo Creus, y desde Cabo San Vicente á Cabo de Palos, y por fin, el sistema de Montseny (N. $30^{\circ} 25'$ E.), entre el Lias y la Oolita, traza la orientación de la costa oriental y los accidentes que le son paralelos, quedando así simplificado y explicado el sistema Hespérico, tan complejo á primera vista.

conmueve, arruga y repliega, se desplazan sus mares y asoman ocultas capas hasta entonces sumergidas que engarzan al núcleo existente nuevos territorios; así, en tanto que en las profundidades del abismo se desarrolla la vida de los tiempos carboníferos, anchurosas ciénagas y dilatados pantanos se cubren de potente vegetación arbórea. Nueva revolución levanta las soterradas capas desde el Nalón á San Lorenzo de Puga y desde Murias á Orbó, surgiendo por ambos lados de la cordillera Cantábrica las blancas y cristalinas calizas y las negras capas de carbón; igual aconteció en la mole Pirinaica, en el extremo del Guadarrama, en las faldas de la Mariánica y del Idúbeda y también en las márgenes del Guadalquivir; los continentes parecen como dilatarse, y al concluir la era paleozoica ya queda determinada toda la osatura de la parte occidental, al descubierto en más de sus dos tercios nuestra Península y alargado y ensanchado el islote Pirinaico. En los comienzos de los tiempos secundarios se depositan los variados sedimentos del triás con sus areniscas abigarradas, sus abillantadas calizas y sus margas moradas, rojas y azuladas; vienen luego la más uniformes capas del jurásico y del cretáceo, y á cada acontecimiento que varía la faz movable de esta reducidísima parte del globo, nuevos territorios se añaden al núcleo primitivo, siempre persistente, desvían, cuarteán ó rompen sus cordilleras, alzan ó hunden ciertas porciones, enlazan miembros dispersos, establecen distintas costas, y esto de tal manera, que *cuando principia la nueva era terciaria puede ya decirse que tanto al Ocaso como hacia el Oriente la España muestra ya casi todas sus formas*, aunque unida todavía al África su región meridional, rodeada la septentrional por los mares terciarios, y ocupadas sus comarcas centrales por tres extensas lagunas, afectaba en conjunto cierta disposición parecida á la de aquellos atolones del Pacífico en que duermen las aguas circuídas por cerrada corona de arrecifes.

Entre los diversos períodos de *aquella época terciaria*, relativamente cercana, es cuando al impulso de las fuerzas internas reviste poco á poco y sucesivamente el esqueleto de nuestra Península su actual configuración: *el levantamiento*

de los sedimentos nummiliticos imprimió al Pirineo y á los montes de Urbión y del Moncayo la dirección que los caracteriza; se determinan luego entre el oligoceno y el mioceno inferior las cordilleras Bética y Mariánica; pasado este último período se alzan los montes Carpetanos ó de Toledo y se traza la divisoria Ilergitana; en el intervalo del mioceno medio al mioceno superior dibujan sus interrumpidos eslabones los montes Lusitano-Arévacos, y por fin, algo más adelante, en el *promedio de la era moderna*, se completa la presente estructura rompiéndose el estrechísimo istmo que por Calpe y Abilanos unía á la vecina África y determinándose según quiebras de antiguo señaladas el eje Ibérico que al tomar la altitud de 700 á 1.000 metros rompe el equilibrio que mantenía las lagunas interiores y rechaza hacia Oriente y Occidente las aguas depositadas, marcando la divisoria interoceánica-mediterránea.

Las condiciones meteorológicas de la época terciaria desde el mioceno al plioceno superior, y en particular sus casi constantes lluvias torrenciales, hubieron de influir poderosamente en el relieve del territorio; pues socavadas las capas roqueñas en sus juntas y entrelechos, y faltas por tanto del necesario apoyo, rompen en quiebras las mil hendiduras que las atraviesan, desmoronándose en cantos de todos los tamaños que, arrastrados por las aguas, caen rodando por las pendientes de los montes y cordilleras, rebajando la altitud de las cimas y ayudando á la labra de los valles. El levantamiento de la enorme mole Alpina y el cambio que sufrió entonces la Europa al trocarse de insular en continental con el retroceso de los mares molásicos, hace recrudecer particularmente esas causas destructoras, apareciendo por vez primera con el *agua solidificada* representada por las nieves y los hielos, ese agente perturbador de terrible intensidad que viene á explicar el aspecto diluvial que es la característica del cuaternario. Las corrientes frigoríficas marítimas y atmosféricas, que se establecen tan luego como se inicia el enfriamiento polar, alteran nuevamente las condiciones climatológicas de las zonas limítrofes, y cuando llegan las neveras permanentes y los glaciares á apoderarse de las

altísimas cimas del centro de Europa, de las cordilleras Cantábricas y Pirinaicas y asimismo de nuestra meridional Sierra Nevada, entonces llegan á su mayor intensidad las acciones acuosas. Con el volumen de las aguas desprendidas, con el avance y retroceso de los glaciares, cobra mayor incremento la obra de destrucción, se ensanchan los cauces, se ahondan los valles, se extiende en ancho manto la enorme masa de ruinas arrastradas, amontonándose al pie de las faldas en los puntos de embalse ó á la entrada de los caños de desagüe, y cuando por fin, tras largo período con vicisitudes varias, se templan poco á poco todas estas causas transformadoras, entonces acaba de modelarse la superficie, quedando como rastro viviente de las potentes fuerzas mecánicas puestas en juego enormes y numerosos cantos erráticos, rocas pulimentadas, surcos profundos, islotes sembrados en medio de las llanuras y multiplicados cantiles, que nos dan á conocer con el espesor de los sedimentos sucesivamente depositados la profundidad de las lagunas que por tan largo tiempo ocuparon nuestras regiones centrales (1).

Tales han sido las transformaciones sucesivas de nuestra Península; de inducción en inducción hemos hecho resaltar la sencillez de las líneas que constituyen su estructura y el íntimo enlace de las formas geográficas con las diversas manifestaciones de la dinámica terrestre. La geografía, tal cual hoy se entiende, no es ya escueta nomenclatura de ríos, montes y promontorios y de sitios y lugares; quiere acertadamente darse cuenta de los hechos, rebuscar las causas y

(1) Por más que pugne con el general concepto de invariable firmeza del suelo no puede encarecerse bastante cuánto importa el estudio de sus frecuentes transformaciones. Un movimiento sencillísimo que ya general ó parcialmente llegara á alterar la primera curva submarina, aun sin llegar á los cien metros, confirmaría ciertamente las descripciones de los romanos, dejando á descubierto á lo largo de nuestras costas no pocos pantanos y albuferas, hoy mermados ó desaparecidos, y algunas islas é islotes convertidos en arrecifes apenas cubiertos por las olas; unidos los Columbretes al continente se estrecharían las distancias en el mar Vadoso con las Baleares; Melaria ostentaría sus templos y palacios hoy ocultos bajo las ondas, y el estrecho de Calpe recobraría las distancias que le asignaban Pomponio Mela, Turrano Gratula y otros geógrafos, como separándole del África por sólo cinco millas.

El estudio de las alteraciones de la tierra debería preceder siempre al de la historia; para comprender los sucesos es de todo punto necesario reconstituir el escenario.

remontarse á los orígenes; sin la geología, dice M. Daubr e, la topografía y la geografía son libros cerrados   cuerpos sin alma, que quedan en cierto modo mudos y muertos hasta tanto que la inducción del observador los reanima, y les presta voz para arrancarles las páginas precisas de su historia. Esa unidad territorial, cuna de nuestra raza, más que unidad es variado mosaico de trozos diversos en épocas distintas elaborados y repetidas veces enlazados   desprendidos del núcleo que hacia el Occidente aparece constantemente emergido; su trabazón se ha realizado poco   poco con tiempo, pena y trabajo; de aquí sus dilatadas llanuras y sus altísimas cimas, sus selvas frondosas, sus áridos páramos y esas extensas cordilleras que la recortan en diversos recintos de clima, composición y estructura bien distintos. Vana empresa fuera sujetarlas   pauta común; pero sí puede asegurarse que esa misma multiplicidad de condiciones de vida, trasunto fiel de los dos continentes, apenas desunidos, cuyas propiedades concierta y funde por su situación especial, han de constituir los más adecuados elementos de su prosperidad y riqueza cuando bien comprendidos lleguen   utilizarse convenientemente.

De aquí también, por virtud de las misteriosas afinidades que enlazan con el suelo los seres que le pueblan y como consecuencia de ese extraño conjunto de condiciones antitéticas, esa mezcla de oposiciones y contrastes que marca con su sello característico la historia de nuestra raza, cuyas diversas agrupaciones, no anuladas ni fundidas todavía por la lenta labor de los tiempos, parecen reflejar las más opuestas tendencias. Colocada esta raza desde la cuna entre esas dos infinitas grandezas, los montes y los mares, no hay empresa que le arredre ni obstáculos que no venza; fría y ardiente   la vez, y siempre con extremo ni su ímpetu ni su tenacidad reconocen límites; ganosa de aventuras y de peligros, ni la envanece el triunfo ni la abate la derrota, y noble, generosa, desprendida cual ninguna, no tuviera rival en el mundo si no llevara en su sobrada altivez   indomable fiereza su más constante y terrible enemigo.

FEDERICO DE BOTELLA.



RELACIÓN

QUE HIZO DE SU VIAJE POR ESPAÑA LA SEÑORA CONDESA D'AULNOY

EN 1679

CONTINUACIÓN (1)

No hay tampoco buenos pintores en esta villa, pues la mayor parte de los que aquí trabajan son flamencos, italianos ó franceses que vinieron á establecerse pensando hacer fortuna y jamás ven cumplidas sus esperanzas. La plata corre poco aquí; yo apenas la he visto, y mi parienta recibe importantes cantidades en *cuartos*, moneda de cobre que, oxidada y mugrienta como está, sale del Tesoro real, donde no los cuentan y los dan al peso, y se reciben ó envían metidos en cestos de mimbre que lleva un hombre sobre las espaldas. Cuando llega el tiempo de los pagos, todos los habitantes de la casa durante ocho días no hacen otra cosa que contar cuartos. Para satisfacer una suma de 10.000 francos, rara vez se incluyen 200 escudos en plata ni en oro.

Hay aquí un considerable número de esclavos, turcos y moros, que se compran y se venden á subidos precios; algunos cuestan hasta 400 y 500 escudos. Hace algún tiempo aún hubo derecho de vida y muerte sobre los esclavos y su dueño podía matarlos libre de toda responsabilidad, como

(1) Véase la pág. 57 de este tomo.

si matara un perro; pero notando que tal barbarie no armonizaba mucho con las máximas de la religión cristiana, prohibióse tan escandaloso abuso. Ahora pueden pegarles hasta romperles un hueso, muchas veces, sin que por eso á nadie se acrimine, pero son pocos los que castigando á sus esclavos usan tales extremos; y cuando un hombre libre pretende á su esclava y ella satisface sus apetitos, queda en libertad.

Por lo que á los demás criados atañe, resultaría muy arriesgado maltratarlos, porque juzgándose todos de tan limpia y linajuda estirpe como su dueño, al recibir ultrajes tratarían de vengarlos y serían capaces de matar á traición con puñal ó con ponzoñas. Hanse visto algunos ejemplos. Los que para remediar su pobreza sirven, no consienten que se insulte su mala fortuna y no renuncian al honor, que perderían aguantando palizas y ofensas que dejaran sin venganza.

Hasta los pordioseros tienen orgullo y cuando piden limosna lo hacen con tono altanero y dominante. Si se les niega lo que solicitan, debe hacerse con mucha cortesía diciendo: *Caballero, perdone usted, no tengo moneda*. Cuando se les rechaza sin tantos miramientos, ellos razonan largo espacio para probar que no merecéis las gracias que de Dios recibisteis con vuestra buena salud ó vuestra fortuna, y os atosigan y persiguen hablando indiscretamente sin dejaros en paz. Por el contrario, cuando se les habla cortésmente, al punto se retiran.

Los españoles, que por naturaleza son bondadosos, casan á sus esclavas; pero cuando estas bodas se verifican con un esclavo, los hijos no son libres, perteneciendo al dueño de los padres; pero cuando los hijos de esclavos se casan, los frutos de su matrimonio son libres. Cuando una esclava se hace la esposa de un hombre libre, los hijos siguen la condición del padre. Estos infelices acostumbran á servir muy bien, con una sumisión y un interés que no muestran los demás criados. Casi ninguno quiere cambiar de religión.

Tengo una esclava que sólo cuenta nueve años, es más negra que el ébano y en su tierra natal sería un portento de

belleza, porque su nariz es enteramente chata, sus labios extremadamente gruesos y sus dientes admirables, tanto en Europa como en África. Sólo habla en su idioma, y tiene por nombre Zaida. Nosotras la hicimos bautizar, y esta nueva cristiana tenía tal costumbre de abandonar su vestidura blanca y quedarse desnuda cada vez que la vendían, que me costó mucho trabajo impedirle que se desnudara cuando la compré; pero la otra tarde, mientras numerosas visitas llenaban nuestra casa, la señorita Zaida se nos presentó mostrando su pequeño cuerpo negro, tan libre de ropas que lo velaran como al venir á este mundo, con cuya resolución me obligó á tomar otra dolorosa, mandándola propinar una serie de azotes para que comprendiera lo intempestivo de su conducta; y uso, para que se acostumbre á ser algo razonable, un medio tan inhumano, porque no es posible convencerla con otro alguno. Los que me la vendieron aseguran que Zaida es hija de una encofetada familia; y ella, muchas veces, arrodíllase á mis pies y llora, señalando con un brazo extendido la dirección que hacia su patria conduce. Yo la enviaría con mucho gusto y me colmaría de gozo mi buena obra, si la chiquilla pudiera ser en su país cristiana; pero como esto es imposible, me decido á conservarla, sintiendo que no sepa explicar sus ideas en un idioma de los que yo conozco, porque presumo que Zaida tiene inteligencia privilegiada y agudo ingenio; sus movimientos y la expresión de sus ojos me lo acreditan. Baila danzas moriscas de tan agradable modo que nos entretiene y agrada muchísimo con ellas; viste como las mujeres del Maroc, y su traje consiste en una saya corta que apenas forma pliegues, camisa con amplias mangas de fino hilo rayado en colores, como las que llevan las bohemias, un corpiño que no es más que un ajustador carmesí bordado de oro, cerrado al costado por hebillas y botones de plata, y un manto blanco tejido con finísima lana, muy ancho y muy largo, que le sirve para embosarse después de cubierta la cabeza con una de sus puntas. Este traje resulta muy vistoso. El cabello de Zaida, rizado como el vellón de bordeño, está cortado en varias partes, formando dos ovalos á los lados, un círculo atrás y un

corazón cerca de la frente. Zaida me fué vendida por 80 escudos; mi querida hija le ha entregado para que se lo cuide aquel mico que le regaló el obispo de Burgos, y el mico y Zaida parecen hechos el uno para el otro, pues mutuamente se acompañan y se comprenden á las mil maravillas.

Ha llegado un hombre al cual fueron á buscar hace algún tiempo á las montañas de Galicia donde vivía como un santo y, según algunos aseguran, haciendo milagros prodigiosos. La Marquesa de los Vélez, que ha sido aya del Rey, hallándose gravemente enferma, es quien le ha hecho venir, llamándole con mucha prisa; pero un viaje de tal naturaleza requiere mucho tiempo, y cuando el santo varón ha ido á visitarla para prestarle sus auxilios, la Marquesa de los Vélez había ya recobrado la salud con otras medicinas. Sabíase de antemano el momento de la llegada, y la Marquesa lo esperaba con afán, cuando su sobrino, D. Fernando de Toledo, que no había podido verla desde que regresó de Flandes, por causa de la enfermedad que la señora padecía, sabiendo el alivio, se propuso visitarla, y lo hizo á la hora en que el santo varón de Galicia era esperado en casa de la Marquesa. Los criados, que ya no le conocían porque don Fernando estuvo ausente muchos años, sin pararse á pensar que no hay caballeros de aquella edad y aquel porte capaces de hacer milagros, creyendo que D. Fernando de Toledo era el santo varón de Galicia, abrieron de par en par la puerta principal y tocaron una campana que diera el aviso de la llegada, siguiendo así los mandatos de la Marquesa. Todas las dueñas y las doncellas salieron á recibirle, llevando cada cual un cirio encendido, y muchas arrojáronse á sus pies y no querían dejarle pasar sin conseguir antes su bendición. D. Fernando creíase loco, sin comprender tan extraño recibimiento, y dudaba si sería un sueño todo lo que veía ó una triste alucinación producida por algún encantamento; lo imaginaba todo menos la verdad, porque sin más noticias era imposible adivinarla. Hablaba, pero no le comprendieron, porque ninguna le quiso escuchar, embebecidas todas en sus adoraciones y atontadas por el ruido que todas hacían. Rozaban con sus ropas infinitos cirios, y las

que se hallaban á distancia y no podían buenamente asirse á una prenda de su traje, le arrojaban á la cabeza sus amuletos cosidos con un puñado de gruesas medallas. Las más fanáticas empezaron á cortarle pedazos de su ropa y los guardaban como reliquias. Entonces llegó D. Fernando á temer que le hicieran añicos para conservar devotamente los pedazos de su cuerpo, ya de sobra magullado, cuando apareció la Marquesa recostada en un gran sillón que sostenían cuatro lacayos, y al ver á su sobrino, y no al que aguardaba, luchando inútilmente con la tropa femenil de su servidumbre, dióle tanta risa, que no pudo contenerse y soltó el trapo á reir con más fuerza de la que pudo suponérsele cuando acababa de sufrir una enfermedad penosa; pero el caso no era para menos.

En esta corte hacen las gentes una vida muy particular y muy retirada. Por la mañana toman al levantarse agua muy fría y el chocolate; á la hora de comer siéntanse los hombres á la mesa y, como ya indiqué, las mujeres y los niños comen sobre un tapiz en el suelo; y esto no se hace por conservar etiquetas ni respetos; hácese porque la principal señora de cualquier casa no sabe sentarse en una silla, falta de costumbre, pues hay españolas que nunca se han acomodado sobre un mueble de tal naturaleza. La comida es ligera y se come poco; lo mejor que aquí se ofrece son los pichones, las gallinas y el cocido, que de veras lo considero excelente. Pero al más encopetado señor no se le sirven más que un par de pichones y un guisadillo insoportable, lleno de ajo y azafrán, luego ensalada y para postre alguna fruta. Terminada la comida, todos los habitantes de la casa retíranse á sus aposentos para desnudarse y dormir, poniendo sobre los colchones pieles de vaca para sentir menos el calor cuando éste aprieta mucho. Á esa hora nadie transita por las calles, ciérranse las tiendas, el comercio se paraliza y todo aparece muerto. Á las dos en invierno y á las cuatro en verano restablécese la vida; vístense las gentes, ábrense las puertas y quien tiene medio de confituras y toma chocolate y agua helada. De lo cual sale cada uno adonde le llaman sus negocios, su conveniencia ó su entretenimiento.

miento. Á las once de la noche ó á las doce retíranse á sus casas todos los que viven decorosamente; acuéstanse la mujer y el marido, y una doncella tiende sobre la cama los manteles, para que los enanos y las enanas puedan servir la cena, que suele ser tan frugal como la comida, limitándose á cualquiera ave guisada ó algún pastel que abrasa la boca por estar más relleno de pimienta que de carne. La señora bebe agua solamente y el señor no bebe mucho vino, aunque generalmente lo prueba, y terminada la cena, cada uno duerme como puede.

Los que no están casados ó hacen poco aprecio de sus mujeres, después de haberse divertido en el Prado, adonde van medio desnudos y casi tumbados en sus carrozas, en las últimas horas de la noche cenan bien y montan á caballo, haciéndose acompañar por un escudero, que va generalmente á la grupa, única manera de que su señor no le pierda pronto de vista, pues en las noches oscuras, como las calles tampoco están alumbradas y los caballos trotan aprisa, no hay otro medio posible para que amo y criado sigan en compañía. Además, libres y rodeados de tinieblas, la mayoría de los lacayos emprenden la fuga, pues no pecan de valientes. Este paseo nocturno se dedica siempre á una dama; cada caballero habla con la suya en tales horas, y no faltaría una sola vez á su cita, si en cambio le ofrecieran un imperio. Generalmente se interpone una celosía entre los amantes, pero á veces consiguen trasponer las tapias del jardín y hasta llegar á los aposentos de sus amadas. Su pasión es tan violenta, que ningún peligro parece grande cuando se afronta para lograrla; los amantes llegan á citarse muy serenos hasta en el mismo lecho en que duerme tranquilo el esposo, y según dicen los que tales amores me confían, se ven así durante algunos años, y no se atreven á pronunciar una sola palabra. Nunca se amó en Francia como estas gentes aman aquí; y, sin contar los cuidados, las atenciones, las delicadezas y la constancia, que muchas veces ocasiona la muerte, me admiran más que todo en los amores castellanos la fidelidad y el secreto. Nunca se van un caballero de haber recibido favores de una dama, y un hombre de sus

queridas con la misma consideración que si de la Reina se ocuparan. Así, las damas no desean agradar á otro que á su amante, porque de su amante reciben cuanto amor y cuanto respeto pudieran apetecer. Una mujer sólo vive para el hombre á quien ama, y aun cuando solo de noche le ve, durante todo el día busca ocasiones de consagrar á su recuerdo muchas horas, recibéndole unas veces y otras hablando de sus amores con alguna fiel amiga que conoce su secreto; en alguna ocasión, acechando constantemente detrás de la celosía para verle pasar. En una palabra, después de lo que averiguo respecto á los amores de los españoles, me veré obligada por completo á suponer que nació el amor en España.

Mientras los caballeros, en compañía de sus amadas, gozan las ocasiones que la oscuridad les ofrece, los lacayos guardan los caballos á bastante distancia de la casa. Pero con frecuencia ocurre una desagradable aventura; pues careciendo casi todas las casas, de lugar á propósito para verter inmundicias y basuras, á cierta hora de la noche los vecinos arrojan por las ventanas de sus habitaciones aquello que no me atrevería yo á nombrar aquí. De manera que un enamorado español, deslizándose por una calle sin hacer ningún ruido, después de abandonar su caballo, siéntese inundado algunas veces de pies á cabeza, y aun cuando le acompañen riquísimos perfumes, el que á última hora sobre su cuerpo se derrama se hace sentir más que todos, y le obliga, mal que le pese, á volver á su casa, mudarse toda la ropa y salir de nuevo, á riesgo de llegar tarde á su cita.

Cuando mueren un caballo, un perro, una gallina, ó cualquier animal, se le deja en medio de la calle para que allí se pudra. ¡Y esto se hace para evitar que la peste llegue á Madrid!

Además de los medios referidos, por los cuales pueden los caballeros acercarse á sus amadas, empléanse otros varios, pues visitándose las damas con gran frecuencia, no es difícil para ellas cubrirse con un manto y salir como si á visitas fueran para entrar donde su amante las aguarda. Esto es tanto más fácil de hacer cuanto que las mujeres guardan el secreto de sus amigas, aun después de reñir con ellas, y aun

cuando lleguen á odiarlas, jamás abren la boca para descubrirse ni acriminarse refiriendo sucesos que de sobra conocen; no hay alabanzas bastantes para su discreción; pero es cierto que si ésta no fuese tan grande tocaríanse resultados terribles, porque—ya lo dije anteriormente—aquí se mata por una sencillísima sospecha.

Ved cómo se hacen las visitas entre damas. Ninguna llega jamás á casa de su amiga cuando siente deseo de verla, pues la costumbre la obliga siempre á esperar que la otra le envíe un recado, diciendo que desea verla. Para salir á visitar, las damas sírvense de sillas muy grandes, que se construyen, para que pesen poco, aplicando la tela bordada de oro y plata sobre un sencillo armazón de madera. Cada silla tiene tres grandes cristales, y la cubierta de piel delgada. Entre cuatro lacayos, relevándose á trechos y sirviendo de dos en dos, cargan con la silla, y otro les acompaña para llevar el sombrero del que va delante, porque, aun cuando haga un tiempo infernal, no es admisible que un criado esté cubierto delante de su señora, la cual va encajada en la silla como una piedra preciosa en su engaste; no suele llevar toca, y si la lleva, será con riquísima puntilla negra de Inglaterra de media vara de anchura, formando puntas como los encajes antiguos, muy hermosa y muy cara. Este adorno sienta divinamente.

Una carroza conducida por cuatro mulas con tiros largos sigue pausadamente á los portadores de la silla; dentro van generalmente dos escuderos y seis pajes. Las damas no llevan consigo en tales casos á sus doncellas, y aunque se hallen dos ó tres dispuestas á seguir el mismo camino, cada cual ocupa su silla, sin agregarse las unas á las otras. No hace muchos días que ví un cortejo de más de cincuenta sillas y otras tantas carrozas enfiladas que salían de casa de la señora Duquesa de Frías, dirigiéndose al palacio de los Duques de Uceda.

La dama no se apea de la silla de manos hasta llegar á la antesala de su amiga; por esta razón, para que los portadores de silla puedan subir fácilmente, constrúyense las escaleras con peldaños anchos y de altura escasa. Al apearse la

señora despide á sus criados y les dice á qué hora deben volver á recogerla; esta costumbre para todos resulta cómoda, porque las visitas hácese aquí tan largas que agotan la paciencia de cualquiera.

En las habitaciones donde las damas se reunen, jamás entran los caballeros. Ni á un marido celoso que pretendiera romper esta costumbre para cerciorarse de que su mujer no le había engañado se le darían satisfacciones ni facilidades para que por sus propios ojos llegase pronto á convencerse; los criados que guardaran la puerta, no se tomarían la molestia de contestarle si su señora estaba ó no estaba allí. Estas finas invenciones proporcionan á las damas libertades que no desaprovechan, porque no hay una sola casa de regular aspecto que carezca de un postigo trasero por donde pueden salir encubiertas sin ser conocidas. Añadid á esto que un hermano soltero viva con su hermana, un hijo mayor con su madre, un sobrino ya hombre con su tía y un tío con su sobrina, y notad cuantos medios se conciertan para favorecer amorosas entrevistas. El amor es muy perspicaz y de sobra ingenioso, y no hay obstáculo que no venzan los amantes ni medio que no aprovechen cuando se trata de satisfacer sus pasiones. Algunas intrigas ocupan la existencia de un hombre sin que proporcionen la dicha extrema, bien que para lograrla no se haya perdido momento ni recurso aprovechables. El amor todo lo aprovecha; verse una sola vez y agradecerse; no se necesita otra cosa para ocupar en lo sucesivo el pensamiento y convertir la más ligera complacencia en pasión inextinguible.

Hace algunos días que, hallándome de visita en casa de la Marquesa de Alcañices—una de las más encopetadas y virtuosas mujeres de la corte—le oí decir, tratando de todas estas cosas de amor y galantería:—Os declaro que, si un caballero hablara conmigo á solas media hora y en todo ese tiempo no solicitara de mí todo aquello que su gusto pudiera desear, quedaríame contra él tan vivo y hondo resentimiento, que hasta le deseara la muerte, y á serme posible se la diera.—¿Y le concederíais los favores que solicitara? interrumpió la Marquesa de Liche, joven y muy bella.—Esto no

es una consecuencia de lo que yo dije, añadió la Marquesa de Alcañices, y tengo motivos para suponer que no le concedería ninguno; pero al menos, después de solicitarme, yo no tendría reproches para él, mientras que, si le viera solo en mi presencia y en exceso prudente y tranquilo, tomaría su serenidad por desprecio, pues no deseando hacerse dueño de mis gracias, probábame que no tenían éstas bastante poder para enloquecerle.

Una cosa me parece singular y hasta inconveniente cuando se trata de un reino católico, y es la tolerancia para con los hombres que públicamente sostienen y visitan á sus mancebas, excusando toda clase de tapujos y misterios; tanto más, cuando las leyes prohíben tales desacatos, pero los españoles desprecian las leyes y entréganse á sus gustos, patentizando su apasionada inclinación, y nadie les reprenda esa falta. Los más viven *amancebados* con una mujer aun cuando á otra les unan lazos matrimoniales; y con mucha frecuencia los hijos naturales edúcanse y viven con los legítimos, á ciencia y paciencia de una pobre mujer que sufre viendo tales cosas, y prudente calla. Es muy raro que los consortes riñan y más raro aún que se separen, como sucede con frecuencia en Francia. Entre las muchísimas personas que aquí he conocido, sólo de una sé que viva separada de su marido: la Princesa de la Roca; y habita en un convento. Poco molestan á la justicia los desarreglos domésticos.

Paréceme verdaderamente muy extraordinario que una señora, enamorada del caballero que le hace la corte, no sienta celos por la manceba. Mírala como una segunda mujer, tan inferior á ella y destinada tal vez á tan bajos oficios, que no puede tomarla en consideración ni establecer comparaciones. De manera que suele tener un caballero: esposa, manceba y querida; esta última es generalmente persona de calidad, por ella ronda el enamorado toda la noche y por ella y por su amor arriesga mil veces la vida.

Acontece con frecuencia que una dama cubierta con espeso manto, entre cuyos unidos bordes asoma nada más el rabillo del ojo, sencillamente vestida para que nadie la reconozca y cruzando las calles y paseos á pie, acuda á una cita.

La poquísima costumbre que de andar tiene y su porte distinguido, la delatan. Algún caballero repara en esto, la sigue y la requiebra; pero como á la tapada incomoda el acompañante, acércase á otro caballero que á su paso cruza, y sin darse á conocer, le dice: «Os ruego que detengáis á este importuno que me sigue; su curiosidad podría molestarme y hacer que mis deseos no se satisficieran.» Esta súplica es considerada como un mandato por cualquier gallardo español, que al oirla, dirígese resuelto al galanteador curioso y le preguntan por qué razón acompaña contra su voluntad á una señora, y al mismo tiempo le aconseja que la deje seguir su camino en paz; y si el interrogado se obstina, pronto lucen al aire las espadas y la destreza decide lo que ha de ser; sucediendo que algunas veces luchan y se matan dos hombres que no conocen el motivo que les hizo arriesgar su vida. Entretanto, la dama se adelanta y desaparece; dejándoles entretenidos en un lance, acude libre donde más le conviene y el amor la llama. Pero lo más delicioso es que puede ser el marido quien cierra el paso al nuevo pretendiente para que la mujer no halle obstáculos que le impidan llegar á los brazos de su amante.

Hace algunos días, una dama que adora febrilmente á su marido, del cual conocía incorrectos procederes, tomó un manto y fué á esperarle á un sitio por donde solía pasar; cruzóse con él y dióle ocasión de que le dirigiera frases amorosas. Al poco rato ella le tuteó (este medio emplean aquí las mujeres para dar á entender su asentimiento), y él propúsole una fácil aventura, que aceptó ella, con la sola condición de que no se permitiría descubrirle el rostro. Prometióselo el caballero y la condujo á casa de uno de sus amigos, donde pudieron gozar sus esperanzas; y al separarse después, aseguró el marido que se consideraba el más dichoso de los hombres, pues en toda su vida no logró tan adorable fortuna; dióle además un precioso anillo y le rogó que lo guardara para recordarle alguna vez.—Yo lo guardaré cuidadosamente y volveré aquí siempre que tú quieras, contestó la esposa; pues tanto te place, me darás á mí lo que á otra darías y los dos quedaremos contentos. Al pronunciar esta

palabra descubrióse, poniendo al marido infiel en grandes confusiones, pues comenzó á pensar que de la misma suerte que había preparado aquella inconcebible aventura para mover su deseo, prepararía nuevas ocasiones para engañarle cuando gustara de algún hombre; y, para vivir tranquilo desde aquel día, ordenó que dos dueñas no abandonaran á su esposa ni un momento.

Sucedé también á veces que un caballero, teniendo su casa muy distante del sitio donde á su querida encuentra por casualidad inesperada y dichosa, entra sin cuidado en la primera que le agrada, sin conocer al dueño ni saber quién sea, y ruega cortésmente que le concedan espacio y ocasión para tratar de un asunto con su dama, que sólo de aquellos momentos dispone, y son tan cortos que no bastan para ir en busca de otro refugio. Con esto, el dueño de la casa cédela por completo al amante y á su querida, que puede ser en alguna ocasión la esposa bien amada del que tan condescendiente se muestra. No hay temeridad que no lleve á cabo el amor en España, ni peligro que no desafíe para gozarse apenas un cuarto de hora.

Recuerdo que una dama francesa, refiriéndose á un amante y hablando con una de sus amigas, le dijo:—Enamórale y de fijo se arruina. Esta máxima puede aplicarse aquí mejor que en parte alguna. Un enamorado no tiene nada suyo, y satisface á la menor indicación que le haga ella, no ya las necesidades y gustos de su querida, sino hasta sus más livianos caprichos cuando muestra deseo por alguna cosa. Y á pesar de tantas liberalidades, los amadores castellanos parecenme bastante menos finos que los franceses; sin embargo, dicen que aman con más pasión, y su trato es, desde luego, mil veces más respetuoso, á tal extremo algunas veces, que un hombre, cualquiera que fuere su linaje, para presentar una joya ó una carta á su amada, hinca la rodilla en el suelo, y lo mismo hace cuando recibe algún objeto de manos de su querida.

Voy á decir por qué acudían tantas señoras á casa de la Duquesa de Uceda, señora amabilísima, hija del Duque de Osuna. Su marido, que pretendía al par que el Príncipe de Stiglia-

no los favores de cierta dama, trabó con el Príncipe una disputa en la cual salieron á relucir los aceros, y noticioso el Rey de tan grave falta, les arrestó en sus propias casas, con absoluta prohibición de toda salida, consigna rigurosa que solamente se atreven á quebrantar durante la noche para salir secretamente á sus acostumbradas aventuras galantes. Lo más raro del caso es que aunque ordinariamente la causa de estos arrestos suele ser alguna infidelidad conyugal, la pobre esposa no pone los pies en la calle ni una sola vez mientras dura el castigo impuesto á su marido, y esto mismo ocurre cuando el Rey los destierra á sus posesiones. Á propósito de esto, me han contado que la Duquesa de Osuna pasó en una ocasión más de dos años en esta especie de reclusión voluntaria, que es una costumbre aceptada por todas, pero que debe de aburrirlas excesivamente.

Á nosotras, las damas francesas, también nos toca alguna parte de estas enojosas obligaciones que la Corte impone á las españolas, pues obligación es la que tenemos de hacer frecuentes viajes á Toledo y á Aranjuez al besamanos de la Reina madre.

No quería yo salir de Madrid sin haber visto la entrada del Marqués de Villars, cosa que deseaba ardientemente. Como es uso y costumbre en este país, el Marqués hizo su entrada á caballo, posición que no deja de tener sus ventajas para los hombres apuestos y de gallarda figura, y á la cual debe un buen servicio el Embajador de Venecia, pues á la salida de su casa una falsa maniobra hizo volcar su carroza, vehículo tasado en 12.000 escudos, y el cieno, tan abundante en las calles en tiempos de invierno, que llega á formar arroyos en los que se hunden los caballos, dejó completamente insertibles los ricos terciopelos y bordados de oro de que estaba guarnecida. No dejó de sorprenderme que una cosa tan vulgar, como son esta clase de recibimientos de nobles y Embajadores, despertare tanta curiosidad y entusiasmo en las damas de la corte, hasta el punto de que cuando uno de estos acontecimientos tenía lugar, ni una sola faltaba en los balcones luciendo sus mejores galas como si se tratara de recibir á un Rey; pero pronto caí en la cuenta de que la poca

libertad de que disfrutan es la causa de que aprovechen la menor ocasión de hacer uso de ella. Estas fiestas les proporcionan lugar de entenderse con sus amantes que desde sus carrozas, que sitúan á corta distancia de los balcones donde se lucen las damas que cortejan, sostienen con ellas conversaciones mudas en las que juegan el principal papel los ojos y los dedos. La presteza y habilidad con que juegan estos últimos me produjeron cierta admiración, por parecerme asaz difícil tal manejo; pero tanto influye en ellos el hábito de usarlos, que hace dos días vi á dos niños de seis á siete años sosteniendo una animada conversación por este procedimiento, y si he de dar crédito á la traducción que de su plática me hizo D. Federico de Cardona, que como yo la presenciaba, hay que confesar que la galantería nace en este país con las criaturas.

La Marquesa de Palacios, madre de D. Fernando de Toledo, que es una de las mejores amigas de mi parienta, tiene una linda posesión llamada Igariza, situada á orillas del Jarama.

Aunque es una señora de edad avanzada, nunca se ha alejado de Madrid á mayor distancia de ocho leguas, pues es también costumbre entre estas damas creer de buena fe que no está en relación con su grandeza y magnificencia el tomarse el trabajo de visitar sus posesiones, á menos que no sean ciudades importantes, y sin duda por eso los denominan sus estados. Mucho discutí con esta dama sobre su indisculpable pereza y pude por fin decidirla á verificar un viaje en unión de su hija D.^a Mariquita, una jovencita blanca, rubia y bastante gruesa, tres cualidades tan raras aquí en la mujer, que llama la atención la que como D.^a Mariquita las posee. También fueron de la partida la joven Marquesa de la Rosa, con su esposo, que vino á caballo en compañía de D. Fernando de Toledo, D. Sancho Sarmiento y D. Esteban de Carvajal, y tampoco hubiera faltado D. Federico de Cardona á no haberle escrito el Arzobispo de Burgos noticiándole que le esperaba con urgencia.

Cuando me lo dijo, le rogué que saludará en mi nombre á la bella Marquesa de los Ríos, que se encontraba en las

Huelgas, entregándole á la par una carta en la que me quejaba de su largo silencio, y le pedía que me contara sus impresiones confidencialmente. Emprendimos el viaje en dos carrozas, el 16 de Agosto, á las diez de la noche, con un tiempo hermoso, pues tan excesivo era el calor en aquella época del año que se hacía punto menos que imposible viajar durante las horas del día, sin correr el riesgo de enfermar gravemente; por las noches el calor cede; las carrozas iban completamente abiertas, y las cortinas de tela de Holanda finísima guarnecidas de flecos de Inglaterra con nudos de colores, levantadas alrededor, daban paso al aire fresco.

Marchábamos con tal velocidad, que yo temblaba de miedo ante la idea de que nuestra carroza pudiera romperse, porque estaba segura de que podíamos matarnos mil veces antes de que se apercibiera el cochero. Sin duda tan excesiva velocidad sirve para indemnizarnos del reposo y la medida con que los coches se ven obligados á caminar por Madrid á causa, no sólo de la mansedumbre de las mulas, sino también del pavimento lleno de grietas y salpicado de pozas en invierno y con un polvo insoportable que cubre las calles durante el verano. Llevaba la Marquesa de Palacios un sombrerito adornado con plumas, según es uso entre las damas españolas para viajar, y la Marquesa de la Rosa estaba tan linda con su túnica corta, sus mangas estrechas y su elegante avío, que confesamos unánimemente que la encontrábamos *muy bizarra y muy galán*, es decir, guapa y elegante á la vez.

Me sorprendieron agradablemente tres paradas que hicimos durante el camino con objeto de oír tocar la guitarra á dos servidores del Marqués de la Rosa, que éste había hecho venir expresamente, y que galopaban á nuestro lado con sus guitarras colgadas á la espalda, y aunque la orquesta no era numerosa ni la música muy escogida, bastó, sin embargo, para hacernos pasar una agradabilísima velada.

Al llegar á la vista de Aranjuez á las cinco de la mañana, quedé sorprendida del hermoso panorama que se presentaba á mis ojos. Pasamos el Tajo sobre un puente de madera y entramos en seguida en las largas alamedas de álamos y

tilos, cuyas altas copas forman una enramada tan espesa que no pueden atravesarla los rayos del sol, cosa bien extraordinaria en un sitio tan próximo á Madrid, cuyo terreno es en general poco á propósito para favorecer una vegetación exuberante, que sin duda obedece á su proximidad á las aguas del Tajo, las cuales humedecen constantemente sus raíces, merced á canalillos hábilmente dispuestos. Estos paseos son tan largos que en muchos no se puede ver el fin; otros varios convergen formando estrellas, y constituyen un conjunto encantador. La gente se pasea á las orillas del Tajo y del Jarama, dos famosos ríos que rodean la isla en que se asienta Aranjuez, y que, á la par que abastecen de agua, embellecen extraordinariamente, porque confieso con toda ingenuidad que no recuerdo haber visto nada más bello. Aunque la simetría de los jardines y la estrechez de muchos de los paseos no le favorecen, es, sin embargo, el conjunto tan admirable, que al penetrar en ellos creí encontrarme en un palacio encantado. La mañana fresca y agradable, los pajarillos cantando en la espesura, las aguas murmurando dulcemente al pasar, los árboles cargados de hermosos frutos, todo contribuía á causarme tan grata ilusión.

(Se continuará.)





TEATRO REAL

ROBERTO IL DIAVOLO

El jueves 22 de Enero ejecutóse por primera vez en esta temporada la grandiosa ópera del maestro Meyerbeer *Roberto il Diavolo*. La obra fué escuchada con el entusiasmo que las producciones del autor de tan sublimes óperas producen en el público del regio coliseo. Las creaciones de este genio inmortal siempre conservan cierto sello de grandeza, majestad y elegancia que se hacen apreciar en *Los Hugonotes*, *El Profeta*, *Roberto*, y sobre todo en la última y más preciosa composición del gran maestro berlinés, en *La Africana*.

Con *Roberto il Diavolo* Meyerbeer, de gran músico, título que había conseguido con sus *Emma di Risburgo*, *Romilda e Constanza*, *Crociato*, etc., obras llenas de sentimiento y de solemne gracia, inspiradas en la patria de Rossini, dió un gigantesco paso en el camino de los genios, y uniendo las dulces melodías italianas con las inimitables armonías de Mozart, creó un nuevo género musical, el melódico-armónico, que ha sido la desesperación de muchos franceses y alemanes, que no pudiendo lograrlas para sí, procuraron deslustrar las inmarcesibles glorias del autor de *Roberto*.

Roberto il Diavolo fué estrenado en París el 22 de Noviem-

bre de 1831. El cólera se cebaba en la población, y á pesar de esto el Teatro de la Ópera se veía lleno de bote en bote (lo que nos hace recordar el estreno de *La Africana* en el Teatro Real, cuando la terrible epidemia de 1865). El maestro parecía querer luchar con el monstruo asiático, que sembraba el espanto en toda la ciudad. La creación de *Roberto* fué muy accidentada. Scribe había enviado á Prusia el libreto definitivo; la obra estaba destinada á representarse en la Ópera Cómica, no teniendo más que tres actos; pero Meyerbeer, cuya ambición era grande, le añadió dos actos y la remitió á Mr. de La Rochefoucauld, intendente de los teatros en la Academia Real de Música. Poco tiempo después Meyerbeer se marchó de París (en 1830); la revolución estallaba, y La Rochefoucauld perdía su empleo.

El Teatro de la Ópera se transformaba al pasar de las manos de un representante de la casa real á las del Dr. Véron, empresario audaz, de grandes recursos y que había conseguido una considerable subvención del Estado. Pero el Dr. Véron creía conocer la sociedad como el cuerpo humano, y con poca confianza en el talento de Meyerbeer, pensaba arrinconar en el archivo la partitura del *Roberto*. Tal era su temor, que no quiso exponer el capital necesario para su ejecución, y si Meyerbeer no hubiera sido suficientemente rico para pagar su gloria, probable es que el mundo musical se hubiera visto privado de esta gran obra.

Á las dificultades presentadas por el empresario se añadieron multitud de peripecias que pudieran haber malogrado el éxito.

En la primera representación, mientras se cantaba el tercer acto, una lámpara cayó al escenario en el momento que la Dorus, que interpretaba el papel de Alice, entraba en escena. La notable cantante vióse rodeada de llamas, retrocedió dos pasos, y sin el menor sobresalto, continuó cantando su papel. Después del coro de diablos, la decoración cayó, produciendo un gran estrépito; la Taglioni, tendida sobre su tumba, inmóvil, destacando su cuerpo en aquella hermosa escena del cementerio, no tuvo tiempo de huir y fué gravemente herida; estas calamidades amenizaron todo el tercer acto.

Un suceso todavía más terrible se produjo al final del quinto acto. Bertramo, cuyo papel estaba á cargo de Levaseur, debía bajar por el escotillón. El tenor Nourrit, que desempeñaba el Roberto, convencido por las súplicas de Alice, debía quedarse en escena; pero entusiasmado con su papel acercóse á la trampa, y creyendo sin duda injusto no merecer el mismo castigo que Bertramo, desapareció por el escotillón. Un grito resonó en todo el teatro: «¡Nourrit ha muerto!» La Dorus lloraba suponiendo que el colchón destinado á impedir el golpe de la caída había sido retirado momentos antes, pero por fortuna no sucedió así. Pocos instantes después Alice, Isabel, Bertramo y Roberto salían á la escena y eran saludados por el público con frenéticos aplausos.

Roberto es una ópera que el público aplaude y celebra siempre que tiene ocasión de oirla. Siendo como es conocida por todo verdadero *diletanti*, tiene el privilegio de despertar arranques de entusiasmo, tanto por lo conmovedor del asunto, en el que se marca la enorme lucha entre hondas pasiones y arraigados sentimientos, como por la expresión lírica, obra del genio inmortal.

Entre los cantantes que interpretan en esta temporada el *Roberto* en el Teatro Real, distinguiéronse la Bellincioni, que desempeñó bien su parte, cantando con gracia y afinación el papel de Alice, brillando principalmente en la romanza del primer acto, en la escena de la cruz del tercero y en el terceto final.

La Morelli estuvo muy discreta, y en el aria del cuarto acto logró romper la frialdad con que el público la había recibido.

Stagno se mantuvo á gran altura; *Roberto* es una de sus óperas favoritas. En la *siciliana* del primer acto estuvo inimitable, así como también en el terceto á voces solas, que cantó con la Bellincioni y Uetam. El *duetto* del tercer acto valióle una ruidosa ovación, y en el terceto final fué extraordinariamente aplaudido.

Respecto á Uetam, diremos solamente que interpretó la difícil parte de Bertramo de una manera notable y logró hacer de él una verdadera creación, distinguiéndose principalmente en el *duetto* del acto tercero y en el terceto final.

Tanci trabajó con buena voluntad y no pudo lucir sus facultades, como otras veces, en el poco importante papel de Rambaldo.

La orquesta y coros como siempre.

*
* *

El teatro estaba brillantísimo. En los palcos y butacas veíanse bellas y elegantes damas ricamente ataviadas, ostentando preciosas joyas, cuyo brillo era eclipsado por los destellos de su arrebatadora hermosura.

UN SEÑOR DE LA ORQUESTA.





AQUÍ Y ALLÁ

(BOCETOS SOCIALES)

CONTINUACIÓN (I)

—No creo ya que te hayan arrojado el ramo á la ventana sin tu consentimiento; no creo nada de lo que me has dicho; pero, aun suponiendo que fuera verdad, ¿no sabes quién es el desvergonzado Diego? ¿No sabes que es un perdido cuyo trato mancha, y que basta que una joven, por inocente que sea, dé oído á sus necedades para ser víctima de las hablillas y murmuraciones del pueblo? Imposible parece que no te aprecies más á tí misma y que tan perdidas hayan sido las lecciones con que traté de educarte. Tu carácter haría avergonzar á tu santa madre, si la pobre viviese.

Al dulce recuerdo de su madre, Mariquita prorrumpió en verdadero llanto.

Su padre arrojó con despecho las flores por la ventana, y guardó en su bolsillo el retrato.

Pero dejemos al buen D. Pedro más preocupado por las inclinaciones que iba descubriendo en su hija que por las groseras amenazas del alcalde, y dejemos también á la llorosa Mariquita ocupada en poner los manteles. Vamos ahora en busca de los dos escapados.

(I) Véase la pág. 74 de este tomo.

Al salir del encierro, León y Gaspar se propusieron ir á celebrar su libertad y sus hazañas en la casa del tío Vicente. Esta casa del tío Vicente tenía en el pueblo de Medina los honores de café.

El tío Vicente era un pobre exguarda-aguja de la vía férrea que pasaba á dos leguas del pueblo. En un accidente se había inutilizado por salvar un tren de mercancías, y la empresa le había recompensado su sacrificio dejándole sin sueldo al darle de baja. Es verdad que se le entregó una corta gratificación de una vez; pero aquella gratificación no le habría impedido morir de hambre, si se hubiese quedado más inútil de lo que estaba.

Tenía un brazo descompuesto y una pierna muy mutilada, lo que no le permitía dedicarse á ningún trabajo penoso; pero podía estar al frente de una cantina decorada con el nombre de café.

Se retiró á Medina, donde gastó los reales de la gratificación que había recibido de la empresa del ferrocarril en comprar unas mesas de lance de pino charoladas, bancos y banquetas, tazas, vasos, botellas de licor y, en una palabra, lo necesario para abrir la cantina, instalada en el piso bajo de una de las casas más céntricas de Medina.

En aquel llamado café solían reunirse por la tarde á jugar un solo, una treinta y una ó un guiñote, algunas de las principales personas del lugar, en las que figuraban el juez municipal, el médico, el subteniente del puesto de la guardia civil, el boticario, y el fiel de fechos ó secretario del ayuntamiento de vez en cuando. Los días de fiesta concurrían también algunos solteros majetones y viudos rumbosos, ocupados durante los demás días en las faenas del campo.

El tío Vicente lo había entendido, y si su posición no podía llamarse desahogada, era cuando menos mejor que durante el tiempo en que fué guarda-aguja. Verdad es que gran parte de su prosperidad relativa la debía á su hacendosa hija, linda rubita de diez y seis años, á quien había confiado ya el manejo de sus pequeños intereses y gran parte de la dirección de su modesta industria.

La muchacha se hallaba sola en el café cuando á deshora

entraron León y Gaspar, el primero con su correspondiente cigarrillo en la boca.

—Dos copas de licor—dijeron á la una.

La hija del tío Vicente les presentó una botella en cuya etiqueta se leía la palabra marrasquino, pero que en realidad sólo contenía aguardiente muy flojo y azucarado, poniendo en la mesa una bandejita con dos copas, al mismo tiempo que se sonreía y miraba de reajo y de una manera socarrona á los dos muchachos.

El orgulloso León se apercibió de aquella sonrisa, que no le hizo maldita la gracia.

—¿De qué te ríes, Ramona?—preguntó.

—De nada.

—Sé franca, y dí que te burlas de nosotros.

—Estaba pensando de qué medio os habréis valido para que vuestros padres os permitan faltar hoy á la escuela y venir á pasar el tiempo aquí.

—¿Y qué te importa? Venimos porque tenemos voluntad y dinero.

—Ya lo supongo. ¿Es hoy el día de vuestro santo?

—No.

—Como no os veo muy amenudo, pensé que celebraríais alguna fiesta.

—¡Qué curiosa es esta Ramona!—dijo Gaspar.

—Se extraña de vernos aquí—prosiguió León—porque no venimos tan amenudo como Valentín, el hijo del maestro, cuando está de vacaciones en el pueblo.

—Es verdad—dijo la joven sonrojándose.

—¿No ves, Gaspar, cómo Ramona se pone encarnada?

—¡Mira, mira!

Entonces los colores le salieron mucho más á la cara.

—Ya sabía yo que Ramona y Valentín se entendían—dijo con sorna León.

—También había yo oído á la tía Nicolasa reirse con mi madre de las relaciones de Valentín y Ramona—añadió Gaspar.

—Y ahora, preguntaré yo, ¿qué le importa á la chismosa tía Nicolasa ni qué os importa á vosotros, aunque fuese ver-

dad, lo que decís?—contestó dominando su emoción la hija del exguarda-aguja.

—No te enfades por tan poca cosa, mujer.

—No me enfado, pero no me gustan los chismes.

—Yo lo decía para darte la enhorabuena.

—¿Qué enhorabuena?

—La enhorabuena, porque pronto vendrá Valentín. Ya ves que estamos en Junio, y él viene así que está examinado.

—¡Bah! Déjate de tonterías.

—¡Vamos, vamos! Lo que quisieras tú es que te estuviesen hablando siempre de Valentín.

Ramona se echó á reir.

—Sí, eso quisieras tú, pero has de saber que no quiero regalarte más el oído.

—Harás muy bien.

—Componeos como os dé la gana tú y Valentín. Si te he hablado de aquel majadero.....

—¿Por qué le llamas majadero?

—Porque quiero. ¡Ea!

—Buena razón.

—Si te hemos hablado de él, es porque parece que te estorbamos nosotros.

—Al contrario. Aquí siempre recibo bien á todo el mundo.

—Vendremos siempre que tengamos cuartos.

—Me alegraré que tengáis muchos.

—¡Ya lo creo! Pero no es siempre día de chiripas como hoy.

—¿Qué? ¿Qué chiripas?

—¡Vamos! Tanto te empeñas, que al fin te lo habremos de contar todo.

Ramona, más serena y más mañosa, supo sonsacar á sus dos interlocutores, y no paró hasta averiguar los menores detalles de sus picardihuelas y de la rara conducta de Mariquita con sus novios á pares.

Pero hablando hablando se había ido haciendo tarde. Dieron las doce en el reloj de la parroquia.

—¡Las doce! ¡Es muy tarde!—exclamó León.—Hace ya una hora que los chicos habrán salido de la escuela.

—¿Te reñirán en tu casa?

—Bien puede ser. Mi padre tiene un humor del diablo desde que es alcalde.

—Entonces, debéis marcharos.

—Al contrario; ya hemos hecho la jugada..... Salga lo que saliere. ¿No es verdad, Gaspar?

—Yo haré lo que tú hagas, y todo se reducirá á quedarme hoy sin comer.

—Corriente. Entonces, vamos á discurrir una broma para vengarnos de nuestro encierro.

—¿Cómo?—preguntó Ramona.—¿De quién queréis ahora vengaros?

—Vamos á discurrir algo bueno para que el tío maestro rabie de veras.

Ramona quería mucho á Valentín, el hijo del maestro; no podía menos de interesarse por el padre y la hermana de su novio, y quiso naturalmente enterarse con cuidado de lo que intentaban aquellos muchachos.

León tenía mucha inventiva y su plan lo revelaba. Dijo que reuniría á todos los chicuelos más pillastres del pueblo, los repartiría convenientemente escondiéndolos antes de la hora prefijada en los alrededores de la casa del maestro. Llegaría el hombre retratista acompañado tal vez de Diego, metiéndose probablemente los dos en el corral para hacer con más desahogo el retrato; saldría Mariquita á la ventana, y poniéndose entonces todos los chicos los dedos en la boca, saludarían la aparición de Mariquita con una silba tremenda seguida de las correspondientes pedradas. Se desconcertaría el retratista, se escondería Mariquita, hasta los niños de la escuela se alborotarían con la algazara, saldría el maestro para enterarse de lo que pasaba, iría á dar una vuelta por la calle del lado de la casa, y allí le esperarían el mismo León y también Gaspar, escondido el primero detrás de un pajar de la casa vecina y el otro en el ángulo que formaba una tapia del lado opuesto, teniendo ambos los extremos de una cuerda que descansaría en el suelo hasta el momento de pasar D. Pedro, en que, poniéndola tirante, la levantarían una cuarta del piso de la calle, para que éste con su precipitación y su poca vista cayese de bruces. Antes que

el maestro se levantase del suelo, en medio de la rechifla de todos los chicos, León y Gaspar se escaparían, dando la voz de alerta á todos sus compañeros de aventura, pero después de pegar fuego al montón de paja que había en el corral del maestro, para que la humareda y la pequeña alarma fuese un digno remate de aquella escena grotesca.

Parecía imposible que el diablillo de León discurriese tanto y tan perfectamente.

Ramona comprendía que aquel granuja era capaz de todo, y se propuso evitarlo á todo trance á pesar de haber prometido guardar el secreto.

—Tu plan—dijo á León—tiene muchas faltas.

—Pues yo no veo ninguna.

—Yo sí, y te las diré.

—Veamos.

—En primer lugar, ¿cuál es tu objeto? Supongo que lo principal es fastidiar al maestro, y veo que, saliendo todo como supones, la verdaderamente fastidiada será Mariquita. Al maestro, según tu cálculo, se le aplastarán las narices y perderá un montón de paja..... pero ¿qué es esto en comparación de la vergüenza que sentirá Mariquita al verse sorprendida con una silba con el franchute y al ser objeto de la rechifla de todos los mozos del pueblo? Mariquita no merece que le hagáis sufrir de esta manera, después que os ha dado libertad, tabaco y dinero.

—Está bien; pero ¿qué culpa tenemos nosotros de que su padre sea tan bruto? Él nos la ha de pagar, y caiga quien caiga. Prepararé además otra buena burla al tonto Emilio, que da flores y se deja engañar, y á su hermano menor Esteban, que tiene la culpa de lo sucedido, le guardo una paliza para que se acuerde de mí.

—Qué quieres que te diga, León, yo haría otra cosa.

—¿Qué harías?

—Discurrir travesuras que no comprometiesen á la pobre Mariquita.

—¡Discurrir! Mira, yo he formado ya mi plan y me parece el mejor. Piensa tú ahora algún otro, á ver si da un buen resultado y nos divierte.

Pero el diálogo entre León y la hija del tío Vicente fué interrumpido por los ecos de una alegre polka.

Era el francés que había llegado la víspera al pueblo, el retratista fotógrafo ambulante en una pieza, que á ciertas horas recorría las calles, haciendo bailar á una mona y tocando con la mano derecha el organillo, mientras con la izquierda alargaba su mugrienta gorra á todos los curiosos y curiosas que se acercaban á verle.

León y Gaspar formaron en seguida corro con otros varios muchachos y muchachas, y hombres y mujeres, alrededor del gabacho que tocaba la polka.

Ramona no pasó de la puerta de su casa, y desde allí vió que un grave peligro amenazaba á León; pero á pesar de sus buenos deseos no pudo evitarlo.

El peligro iba acercándose, y León seguía distraído y alegre. De repente sintió el pobrecito en su mejilla un solemne bofetón descargado con toda fuerza por una enérgica y pesadísima mano.

Era su padre, el irritado alcalde, que habiendo querido tener aquel día á su hijo en la mesa, acababa de despachar la comida sin poder cumplir su deseo y refunfuñando entre trago y trago con su inquieta mujer.

Gaspar se aprovechó del pequeño desorden producido por la brusca acometida del Sr. Isidro Arroyo, y mientras éste hacía marchar á León de un puntapié á su casa, se escabulló sin pagar á Ramona el gasto del marrasquino.

CAPÍTULO III

EL BACHILLER Y LA BACHILLERA

Ramona estaba discurriendo el medio de que podría valerse para desbaratar completamente, sin dar un disgusto á D. Pedro, los planes de León.

La pobre hija del tío Vicente tenía el mejor corazón del mundo. Aquella sociedad heterogénea en medio de la que por necesidad vivía, le hizo conocer á fondo y temprano los

desenvueltos vicios del rudo habitante de la aldea, poniéndola en guardia contra el llamamiento del vicio, tanto más repugnante y asqueroso cuanto más de cerca se ve y descarnado aparece.

Al principio que Ramona empezó á servir á los parroquianos del nuevo café, no faltó viudo verde ni mozo descaído que le hiciese salir más de una vez los colores al rostro; pero la linda hija del tío Vicente mantuvo á raya á los atrevidos, dando severas lecciones de decoro á cuantos se propasaban y no comprendían la delicadeza y oculto pudor de sus sentimientos. Varias veces se había negado á servir á ciertos jóvenes de alguna mesa que se permitían palabras demasiado libres; pues la joven, sin ser orgullosa, tenía la necesaria dosis de amor propio para rechazar todo producto que exigiese de ella sacrificios de amor propio y una tolerancia poco digna.

Así conseguía Ramona hacerse respetar por los concurrentes al café y estimar por las personas honradas, que en general elogiaban su conducta. Y lo raro era que todas esas buenas dotes habían nacido exclusivamente de su mismo carácter; pues la educación de aquella muchacha había sido bastante descuidada, y aun en la actualidad su padre pasaba los días enteros fuera de su hogar, entretenido en la pesca, su afición favorita, que le proporcionaba también algún aumento de recursos. En medio de esa gran libertad en que Ramona vivía, se habían, pues, desarrollado espontáneamente sus sentimientos. No teniendo que dar á nadie cuenta de sus actos, no podía ser gazmoña ni hipócrita; antes al contrario, era despreocupada en lo relativo á las infundadas y necias hablillas, despreciaba la chismografía del pueblo, sin llegar con todo á parecer desenvuelta.

Ramona era, pues, una muy digna muchacha, moralmente considerada, y mucho más apreciable de lo que cabía suponer, atendido el descuido de su padre, hombre honrado, pero rudo en exceso.

Tenía ella, por el contrario, una inteligencia clara, y al verse en Medina al frente de su pequeño café, comprendió también lo provechoso que le sería saber leer y escribir; no

había maestra en el pueblo, pero Ramona pudo dar principio á su instrucción hallando profesor en el hijo del maestro, el buen Valentín, que consagraba sus vacaciones al adelanto de tan amable discípula.

En un comienzo, las relaciones entre Valentín y Ramona fueron desinteresadas y de pura vecindad, no pasando el afecto que se profesaron de amistoso; pero ambos eran jóvenes, sinceros y entusiastas, y la naturaleza despertó en sus corazones otro sentimiento más dulce. Sus pláticas, indiferentes primero, se hicieron más íntimas, y mediaron más tarde palabras vacilantes que se convirtieron á su vez en protestas de cariño.

Valentín no tenía al principiar aquellas relaciones más que diez y siete años y ya ambicionaba alcanzar una posición cualquiera en el mundo para ofrecérsela á Ramona. De ahí su afán por el estudio. Ramona no tenía más que diez y seis años, y ya guardaba exclusivamente en su corazón, como en sagrado altar, el amor de Valentín, procurando que los actos todos de su vida la hiciesen digna del entusiasmo de su novio. Tal era Ramona; y ahora que la conocemos más á fondo, prosigamos nuestra historia.

Decíamos que la pobre joven discurría el medio de desbaratar completamente, pero sin dar un disgusto á D. Pedro, los malvados planes del hijo del alcalde.

Lo primero que se le ocurrió fué tener una entrevista con Mariquita y hablarle con franqueza del intento de los chicos, á fin de que estuviese prevenida y pudiese también prevenir al retratista y en su caso á Diego.

Así podrían quedar frustradas las medidas de León: ni el retratista aparecería, ni saldría Mariquita á la ventana, ni el maestro abandonaría la escuela, ni habría por consiguiente motivo de silbas, de caídas ni de nada, quedando burlados los chicos que, como único desquite, podrían tan sólo permitirse pegar fuego á la paja del corral, pequeño incendio sin trascendencia que era fácil apagar en seguida.

Por un momento dejó encargado el café á una vecina, y ligerita y dando un rodeo para disimular su dirección, se encaminó á la escuela.

Había emprendido maquinalmente un sendero que casi rodeaba el pueblo y con el que empalmaba uno de los principales caminos vecinales. Así llegaría á la calle donde estaba situada la casa de Mariquita sin tener que atravesar ninguna otra del pueblo.

Distraída ó más bien ensimismada seguía andando, cuando oyó á su espalda una voz clara y sonora que la llamaba con cariño.

—¡Ramona, Ramoncita!—gritaba aquella voz.

Se volvió y su corazón dió un fuerte latido, como si hubiese querido saltar fuera del pecho, al ver á un joven, cubierto de sudor y polvo, que corría jadeante hacia ella.

—¡Valentín!

—¡Ramona!

Y aquellos dos jóvenes se quedaron un instante mudos, uno enfrente del otro, como si el nombre amado fuese la síntesis de ocho ó nueve meses de sueños y juveniles delirios.

Ambos, cogidos de la mano, se sonreían; ambos se contemplaban con éxtasis.

—El buen ángel, á quien encomiendo siempre que proteja nuestros amores, me habrá encaminado por esta vereda—dijo por fin Ramona.

—Te he visto de lejos—objetó Valentín,—pero estaba muy cansado, y no he podido correr como quería para alcanzarte antes.

—¿Has hecho todo el camino á pie?

—Sí, Ramona; demasiados sacrificios impongo ya con mis estudios á mi pobre padre.

—¡Siempre tan considerado y tan bueno! ¿Por qué no me has escrito que venías?

—No creía poderme despachar tan pronto de los exámenes.

—¡Qué sorpresa!

—No he perdido un momento; esta mañana he tenido el último ejercicio.

—¡Y luego has andado seis horas!

—Para verte tan hermosa como siempre haría yo mucho más, y junto á tí ya no me acuerdo de mi cansancio.

—De modo que me quieres porque te parezco hermosa.
¡Pobre de mí el día que me volviese fea!

—De todos modos te amaría, porque tu alma es aún más hermosa que tus ojos.

—¡Adulador!

Hacemos gracia á nuestros lectores del largo diálogo que medió entre Valentín y Ramona, porque fácilmente pueden suponerse las ternezas que se dijeron aquellos dos jóvenes, que se amaban como á su edad suele amarse.

Lo esencial para nuestro objeto es saber que Valentín quedó minuciosamente enterado de todo lo que pasaba á su hermana, y que Ramona pudo tranquilizarse y dar anticipadamente por fracasados los planes del travieso León.

—Adiós, Valentín. ¿Cuándo nos volveremos á ver?—dijo ella con mimo.

—Luego que haya abrazado á mi padre y á mi hermana y les haya explicado el buen éxito de mis estudios.

—Mira, Valentín, no quiero verte hoy.

—¿Por qué?

—Porque necesitas descanso.

—¿Me echarás de tu casa si voy?

—Ya sabes que no puedo echarte; pero preferiré que descanses y que no vayas.

—Entonces, hasta luego. Adiós; ya no estoy cansado.

Se separaron al fin; y cuando Ramona hubo desaparecido más allá de la encrucijada, poco hubiera dicho nadie que Valentín conocía el cansancio, según la prisa que se daba en andar, movido del natural deseo de verse en su casa.

Pero el nuevo bachiller no contaba con que había de salirle también al paso una famosa bachillera.

La tía Nicolasa, especie de mete-sillas y saca-muertos, femenino corre-vé-y-díle del lugar, mujer de esas que, habiendo pasado de la edad de los últimos amores, invierten el tiempo que les sobra andando de ceca en meca y oliendo donde se guisa, se encaró con Valentín con el intencionado propósito de darle un mal rato, como siempre que hablaba con alguno.

—¡Hola, Valentinito! ¡Cuánto me alegro de verte! Vuelves

hecho un buen mozo de veras y en tu cara se lee el contento. Orgullosa puede estar de ser tu novia Ramona.

—Déjese usted de tonterías, tía Nicolasa; también puedo yo estar envanecido de mi Ramona.

—Muy bonita es la muchacha, es cierto; pero tengo para mí que no os habéis de casar.

—¿Por qué?

—¿Qué quieres que te diga, Valentín! No creo que Ramona sea para tí—dijo bajando mucho la voz la chismosa.

—¿Y por qué cree usted eso?—preguntó Valentín, visiblemente contrariado de oír tal pronóstico.

—Por varias razones que tú ahora no comprendes. Mira: si terminas una carrera y llegas á ser un señorito hecho y derecho, ya te parecerá poco para mujer la sencillota hija del tío Vicente.

—¿Por qué me ha de parecer poco?

—Porque querrás entonces una señorita rica y de las que visten seda y encajes en la ciudad.

—Pero, buena mujer, ¿cree usted que si me caso he de hacerlo con algun talego ó con una pieza de tela más ó menos cara? Lo que quiero es una machacha buena y linda, y á linda y á buena nadie gana á Ramona. Pero tengo ahora prisa. ¡Adiós, tía Nicolasa! No tenga usted tan mala lengua.

—He visto que estabas con calma y más despacio hace un rato, cuando hablabas con Ramona; pero ya veo que una cosa es estar con la novia y otra cosa atender á una pobre vieja á quien llamas deslenguada. Sin embargo, pichoncito, os buenos consejos no son nunca de despreciar, y yo tengo ahora que darte uno. Vigila, muchacho, y anda muy alerta, porque hay un gavilán que mira con demasiado buenos ojos á tu paloma.

—¿Qué dice usted, tía Nicolasa?

—Nada, nada; ya te lo explicaré otro día.

—Mejor es ahora.

—¿No tienes ahora prisa?

—No tanta.

—Ya lo suponía yo.

—¿Qué es esto del gavilán que usted decía?

—Voy á explicártelo clarito, ya que te empeñas; pero es un secreto que voy á descubrirte en reserva. Acércate mucho, que estas cosas no pueden decirse muy alto. Hay uno en el pueblo, y es de los granados y está en candelero, que quiere soplarle á tu novia.

Valentín cogió del brazo y con fuerza á la tía Nicolasa, la bruja maldita y chismosa que se placía en meter cizaña por todas partes, y le dijo con los ojos llenos de ira:

—No temo á nadie más que á Dios, tía Nicolasa; pero quiero que me diga usted ahora mismo quién es ese que mira á mi Ramona.

—Yo te lo diré, hijo mío, porque te quiero mucho; pero no me aprietes tanto el brazo, que me haces daño con tu manaza. Has de saber que son varios los que miran con buenos ojos á tu linda Ramona; pero uno hay que no la pierde de vista y cada día está más rocín con ella..... Es uno que casi todo lo puede y os dará mucho que hacer, mucho, si se empeña.

—Hable usted más deprisa, tía Nicolasa. ¿Quién es este buen mozo?

—¡Por todos los santos de la corte celestial, ten más paciencia, hijito mío! Hazte la cuenta que me faltan ya algunos dientes, que la lengua se me traba y que no puedo charlar tan deprisa como tú. Yo no he dicho que fuese ningún buen mozo. El nuevo enamorado de Ramona es..... ¿Á que no lo adivinas?

—¿Quién?

—El Sr. Isidro Arroyo.

—¿El alcalde?

—El mismo.

—Usted miente.

—¡Ave María purísima! ¡Haga usted luego favores á desagradecidos chicuelos!

—Es que estas cosas no se dicen, tía Nicolasa, sin muchas y muy fundadas pruebas.

—Ya debías saber que yo tengo las narices muy largas, y que cuando digo una cosa.....

—¡Pero el alcalde está casado!

—Es cierto. ¿Y qué? ¿No puede por esto gustarle una buena muchacha?

Valentín se quedó de repente helado, pensativo y sombrío.

—Esto no puede ser—dijo al cabo,—y si fuese cierto, ya sabría el Sr. Isidro quién soy y quién es mi novia.

—Pues no te descuides y anda alerta, hijo mío; es un buen consejo que quiero darte y con el tiempo has de agradecerme. Pero no se te olvide que el Sr. Isidro es alcalde y tu padre es maestro.

—¿Qué quiere usted decir con esto?

—Que cualquiera imprudencia pudiera perderte. ¿Qué sería de vosotros si le faltase á tu padre la escuela y el sueldo que os sostiene?

—Mire usted, tía Nicolasa, es usted una maldita enredadora, capaz de quitar el humor á un santo. Ramona me quiere, y sabrá defenderse. Yo puedo ya trabajar por mi padre, y no temo á nadie. ¡Vaya usted noramala y á contar á otro sus embustes y chismes!

—¡Bueno! Ahora me insultas porque no te regalo el oído; pero la verdad es amarga y pronto conocerás que quien bien quiere hace siempre llorar. Otras cosas, te quedas sin saber todavía de tu aprovechada hermanita; ya las sabrás muy pronto, pichoncito.

Y la tía Nicolasa dió de rebote media vuelta y se fué.

Valentín, sin tratar de detener á la bachillera y echándola al diablo, continuó caviloso el camino hacia su casa, donde llegó por fin.

Ya bajo el techo paterno, y en los brazos de aquel á quien debía la vida, recobró su animación y contento.

Don Pedro Jimeno había tenido tan agradable sorpresa como Ramona. No esperaba tan pronto el regreso de su querido hijo.

—¿Ya estás examinado?—le preguntó luego.

—Sí, padre mío.

—¿Y aprobado?

—Padre, soy bachiller y sobresaliente por unanimidad—dijo el joven estudiante con cierto orgullo.

Don Pedro le estrechó de nuevo entre sus brazos.

Aquella fué tarde de fiesta y de enhorabuena en casa del maestro de Medina. El buen D. Pedro no cabía en sí de gozo, y no se cansaba de preguntar; su hijo satisfacía contentísimo aquella curiosidad, y Mariquita también tomaba sinceramente parte en el regocijo.

Sólo la frente de esta última se anubló algún tanto cuando su hermano le dijo con seriedad, en un momento en que se encontraban solos:

—Tenemos que hablar luego de lo que aquí ha pasado, Mariquita. Todo lo sé.

CAPÍTULO IV

LA HIJA DEL MAESTRO

Mariquita era, físicamente considerada, una joven interesantísima, y prometía ser dentro de algunos años una belleza de primer orden.

Ser muy hermosa era el origen de todos sus defectos morales, porque aquellas sobresalientes cualidades físicas la habían engraido, y cierto orgullo que existía en germen en el fondo de su corazón nacía de creerse destinada á ocupar otra esfera mucho menos humilde que la de su padre y hermano.

Se había oído llamar tantas veces hermosa, se había acostumbrado tanto á que ensalzasen y ponderasen sus gracias, que no podía ya pasar sin el incitante aliciente de la lisonja.

Y no sólo la vanidad atormentaba aquella preciosa cabeza de quince años; el carácter veleidoso é imprecavido que predominaba en todos los actos de la joven descubría, á la par que una ligereza sin igual, el germen de nacientes pero desastrosas pasiones. Era, bajo todos conceptos, la antítesis de su vecina Ramona.

Mariquita era un verdadero tipo meridional: tez morena, cejas y cabellos negros y largas pestañas, sombreando unos

ojos también negros que lanzaban vivísimas chispas de fuego nacidas para incendiar los corazones. Ramona, al contrario, era una rubia de ojos lánguidos y azules, de cabellos de oro, cutis trasparente, mejillas sonrosadas, y conjunto, en una palabra, de alguno de aquellos candorosos rostros que debieron inspirar á Murillo las ideales cabezas de sus vírgenes. Mariquita parecía haber nacido para hacer brotar volcánicas, sí, pero fugaces pasiones: Ramona, cuyos ojos despedían ternura, parecía haber nacido para alimentar amores eternos.

Y como ya hemos indicado, ambas jóvenes se diferenciaban tanto por su carácter moral como por su opuesto tipo.

Al paso que Ramona era capaz de llevar el cariño del hogar y de la familia hasta el heroísmo, y llegaba á connaturalizarse con sus afecciones todas, á veces tardías, pero siempre duraderas, los actos de Mariquita, hasta los más importantes, eran siempre hijos de la impresión del momento, siendo capaz esta primera impresión, en el caso de ser profunda, de conducirla á los mayores extravíos.

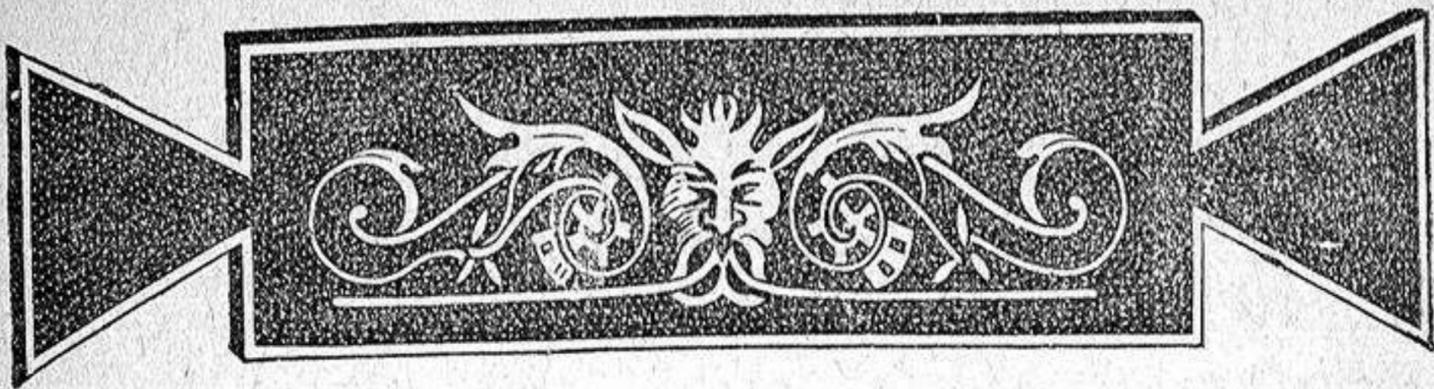
Así se comprende que Ramona fuese tan constante en su único y primer amor, como voluble é inconstante Mariquita en sus tempranos galanteos.

Dos jóvenes habían hablado formalmente de amor á Mariquita. El primero era Emilio, el que le regalaba ramos de flores; el segundo era Diego, el que le dió su retrato.

C. SOLER ARQUÉS.

(Se continuará.)





CRÓNICA POLÍTICA

Elecciones es la única palabra que á diario encontramos cien veces repetida en la prensa. Las *elecciones* son el asunto de moda entre políticos, y de elecciones se habla en estos momentos en toda España. Y no es ciertamente extraño que así sea encontrándonos en víspera de un suceso de excepcional importancia, en víspera de un día de elecciones generales..... Lo raro es que apasionen mucho menos las promesas políticas y aun la significación de las banderas desplegadas á todos los vientos en la lucha, que las simpatías por los jefes y los hombres que las personifican, garantía ciertamente del mejor acierto en estos casos, en que valiosísimos intereses están en juego y tantos desengaños han sufrido los electores.

Las elecciones de 1891 son realmente el primer ensayo del funcionamiento normal del sufragio universal. Ofrecen oportunidad para estudiar sus caracteres y sus efectos en España, y de aquí el extraordinario interés que excitan en el público. Vese desde luego que se diferencian esas elecciones de las anteriores en que reina desusada animación. Ni uno solo de los partidos que figuran en la política española se abstiene, y menos se retrae, en la Península, y las fracciones intermedias luchan con el mismo ardor que aquéllos.

Complace hallar en la lista de los políticos que recorren los distritos ó que aspiran á ser elegidos los títulos más ilustres de

la nobleza española. Tarde es ya y faltan precedentes históricos para que exista en España una aristocracia política, una clase directora como la que en Inglaterra ha prestado tan señalados servicios; mas la representación de la gran propiedad y de la nobleza en la política está llamada, de seguir como ahora, á engendrar el doble resultado de preparar para la vida pública á gran número de personas independientes é ilustradas, y de elevar el nivel del personal político, no siempre escogido, de los partidos militantes. Por lo pronto, está ya demostrado que, lejos de considerarse incompatibles con el sufragio universal, la gran propiedad y la nobleza han pensado que tal vez les favorezca, puesto que acuden á la lucha.

El partido conservador ha extremado tal vez su prudencia empeñándose con su conducta tan excesivamente tolerante en que nadie pueda poner en duda su sinceridad electoral. La empresa urgentísima de moralizar la administración pública, depurándola del sedimento que en ella se introdujo, se deja para después de las elecciones, cuando es tal vez superior á ellas, mientras que en Madrid sobre todo y también en provincias se respetan organizaciones que han oprimido y exprimido, y contra las cuales han protestado y protestan todos los hombres y todos los partidos, menos aquel amigo ó favorecido de la institución viciosa ó del cacique imperante.

En provincias y en los distritos rurales la lucha es tan viva, que garantiza una novedad que por sí sola basta para constituir un gran adelanto: la de que habrá real y efectivamente votación. Los oradores de todos los partidos políticos, incluyendo muchos de los jefes de los mismos, recorren las provincias en son de propaganda electoral, celebran *meetings* y pronuncian numerosos discursos; los candidatos hacen lo mismo en los distritos, y el elector es buscado y solicitado, casa por casa, y voto por voto, sin necesidad de intermediarios.

El primer acto de las elecciones, la proclamación de candidatos, ha servido ya para demostrar con elocuencia que la inmensa mayoría de los ciudadanos que tienen voto son monárquicos; los adversarios de la Monarquía, ni aun en las grandes capitales han conseguido inclinar de su parte la balanza. Las divisiones que minan á ese partido se han mostrado ahora

como siempre; mas la diferencia numérica es tan grande, que ni aun yendo unido y compacto á las urnas podría compensarla.

El resultado de la designación de interventores para la próxima elección de Diputados á Cortes en Madrid ha producido cierta zozobra entre los elementos hostiles al Gabinete. Creían éstos, y no lo ocultaban, que al presentar tan inmenso número de firmas, las fuerzas conservadoras quedarían medio asombradas y casi casi emprenderían la fuga. Y hasta tal punto tenían arraigada esa idea, que á las mismas puertas de la Diputación, cuando iba á decidirse el éxito, declaraba solemnemente uno de los escritores de aquel partido que la candidatura monárquico-liberal saldría íntegra, y que la presentación de los pliegos de interventores justificaría plenamente aquella verdad. No han venido los hechos á demostrar esos optimismos. Por de pronto, el partido conservador ha cogido 2.000 firmas más que el fusionista, y éste mayor número que todas las demás oposiciones juntas, incluyendo la coalición republicana, que tan potente se había presentado.

Puede, pues, asegurarse que la primera prueba del sufragio en Madrid ha sido en favor de la Monarquía, porque monárquicos son los 45.000 interventores que los dos grandes partidos que turnan en el poder acaban de reunir. Los que ponían en el voto universal el éxito de sus esperanzas; los que se imaginaron que la suprema aspiración de la democracia tendría ahora una realidad tangible, se han equivocado. El pueblo de Madrid, que, dígase lo que se quiera, es sinceramente monárquico, si es verdad que se ve dividido por intereses de fracción, sabe también unirse é imponerse á los que proclaman ideas opuestas. Eso es tan evidente que no hay que probarlo; basta con exponerlo.

Los candidatos liberales han sido Ministros, han repartido en otros tiempos á manos llenas credenciales y todo género de mercedes, y brindan nuevos beneficios para cuando vuelvan al poder; mientras los candidatos conservadores no medran con la política, son aristócratas, industriales, banqueros ú hombres de carrera, que ni aspiran á ser Ministros ni ofrecen al pueblo de Madrid más que aquello que lealmente pueden

otorgarle; esto es, defender sus intereses en las Cortes, pulsar sus necesidades y atenderlas con solicitud creciente.

De todos modos, las elecciones de 1891 dejarán en los anales políticos recuerdo duradero por el número de votantes, por la calidad de los combatientes, por la libertad garantida al campo de la lucha, y por haber sido fuente de una situación en la que España, terminado el movimiento formalista político, entra en el camino que conduce derechamente al aumento de la cultura, de la moralidad y de la riqueza.

Y esto es lo esencial por ahora.

*
* *

Mientras del movimiento electoral, que cada vez va en aumento, se desprenden algunos hechos que se prestan al examen y al debate, ningún tema juzgamos de mayor actualidad, ni de más importancia, que la defensa de la política reparadora iniciada por el Gobierno y formulada en los decretos de 24 de Diciembre contra los sofismas y sutilezas de la caduca escuela del librecambio.

La Junta directiva del Círculo de la Unión Mercantil de Madrid, en cumplimiento del acuerdo votado por aquella Asociación el 5 del actual, pide sin rodeos la derogación del decreto de 24 de Diciembre último; que vuelvan á regir las tarifas del Arancel de Aduanas que antes de la expresada fecha regían para los cereales, harinas, ganados y carnes, y que adopte el Gobierno las conclusiones del voto particular del Sr. Moret, conforme al cual se considerará vigente la base 5.^a de la ley arancelaria de 1869.

La mencionada Asociación ha querido, pues, inspirarse en la última de las evoluciones económicas del Sr. Moret y en el criterio librecambista del famoso *meeting* celebrado en el Salón Romero. Pero tomar por guía incondicionalmente al señor Moret ofrece, aun para los librecambistas, no pocos inconvenientes. ¿Era librecambista ú oportunista el Sr. Moret cuando transigía en la crisis política de Enero de 1890 con el señor Gamazo, á quien hoy excomulga, y dejaba solo al señor Puigcerver? ¿Era oportunista ó sectario el Sr. Moret cuando

guardaba obstinado silencio en la Junta de información arancelaria, en la que se exponían por los representantes de la producción peninsular datos que contradicen todos los que acompañan á su voto particular y que han servido al Círculo para su exposición? Inspirarse en cosa tan desacreditada como los *meetings* librecambistas, es igualmente desafiar á la opinión general de los más directamente interesados en estas cuestiones.

En dos Estados solamente impera en Europa el librecambio: en Inglaterra y en Holanda. Sabido es que Inglaterra es librecambista, después de haber formado su marina y comercio con la protección; es antiesclavista, después que con la trata fundó la prosperidad de Liverpool y de Manchester y desarrolló su tráfico en América y en África; es contraria al empleo de los penados en la colonización, después que con ese instrumento echó las bases de la prosperidad de las colonias australianas; y es enemiga del monopolio de las Compañías mercantiles, después que con una de ellas creó el grande imperio que posee en la India. Una vez conseguidos esos resultados, condena resueltamente los medios de que se valió para alcanzarlos, y encuentra en las naciones del Continente simples que crean en el desinterés de sus predicaciones. Aun así, conserva derechos arancelarios que, si son pocos en número, son superiores en cantidad á los que rigen en los demás países. Holanda apenas tiene territorio; fué siempre «el arriero del mar;» depende de sus colonias ultramarinas, y el librecambio es una necesidad de su posición geográfica.

Pero dejemos esas generalidades y conocidos manejos del Círculo de la Unión, tan dado á ciertas manifestaciones inoportunas. Lo importante es que el agricultor y el industrial españoles vean desde ahora que el rasgo distintivo de la situación presidida por el Sr. Cánovas del Castillo consiste en atender preferentemente á la defensa de sus intereses con convicción firme y con cabal conocimiento de los sofismas empleados por el radicalismo para estorbar la popularidad de esa política redentora.

*
* *

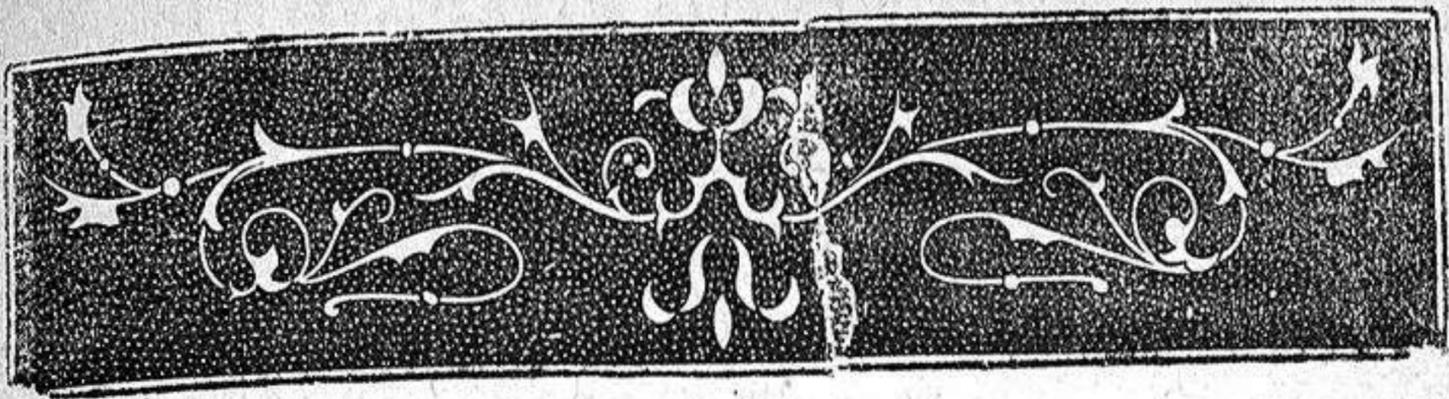
Uno de los más importantes periódicos belgas ha hecho atinadas consideraciones acerca de la situación del partido fusionista de España á consecuencia de la muerte del señor Alonso Martínez y de la separación del General Martínez Campos. Entiende dicho periódico que si, en vida del último Presidente del Congreso, la fracción que dirigía tuvo ciertas veleidades ante las exigencias de la izquierda del partido, que reprimió el Sr. Alonso Martínez, hoy, sin este contrapeso, es posible que intente un avance hacia las fronteras del partido conservador, como parece indicarlo las felicitaciones dirigidas al Gobierno con motivo de los decretos arancelarios.

El partido fusionista, debilitado por los disentimientos que existen en el seno del mismo en la manera de apreciar la cuestión económica, y con motivo de la reforma constitucional; falta del equilibrio que mantenía entre las diferentes fuerzas el Sr. Alonso Martínez, y sin la garantía de orden que le prestaban los Generales Martínez Campos y Jovellar, da mayor consistencia y estabilidad al conservador, que capitanea el Sr. Cánovas del Castillo.

Así se habla, pensando imparcial y rectamente, en el extranjero.

A.





REVISTA EXTRANJERA

Bélgica está de luto. El Príncipe Balduino ha muerto de resultas de una pulmonía.

El pueblo belga fundaba en él todas sus esperanzas, pues el difunto Príncipe dió muchas pruebas de que sería, cuando ciñese la corona de sus antepasados, el digno sucesor de Leopoldo II, que emprendió un día la laboriosa tarea de arrancar de la esclavitud y entregar á la civilización los millones de negros que habitan el Congo. En la Academia militar fué el compañero y el hermano de sus condiscípulos. Más tarde, en Brujas, en Bruselas y en Amberes, demostró su amor por el pueblo flamenco, su respeto por sus costumbres, su deferencia por la lengua patria. Desde entonces fué objeto varias veces de manifestaciones de grande entusiasmo. En las últimas maniobras, como capitán de carabineros, viviendo entre los soldados, departiendo con sus compañeros, como simple subalterno, era el ídolo de sus subordinados, de sus iguales y de sus superiores, y supo demostrar siempre una gran modestia.

El mes de Enero, desde hace cuatro lustros, ha sido sumamente desgraciado para la dinastía belga. El Príncipe de Brabante falleció el 22 de Enero de 1869; en el mismo mes del año 1889 se incendió el Palacio de Lacken; en el mes de Enero de 1888 murió trágicamente el Príncipe Rodolfo de Aus-

tria, hijo político de Leopoldo II, y en este mes ha fallecido, por último, el futuro Rey de los belgas.



Se ha celebrado en Londres, bajo la presidencia del Obispo de aquella capital, un *meeting* de la Unión del Comercio y otras Sociedades, congregadas con el fin de examinar el proyecto de una Exposición permanente del Trabajo, que se trata de instalar en la metrópoli inglesa, y en la cual se adoptará desde luego para los operarios el régimen de las ocho horas de trabajo.

Lo que merece notarse en el hecho apuntado es la intervención de un alto personaje de la Iglesia anglicana en esta reunión de Sociedades obreras, intervención que, viniendo después de la que tomó el Cardenal Manning en las huelgas de los Docks y de la reciente tentativa de mediación atribuída al Duque de Edimburgo en las huelgas de Escocia, no puede considerarse como un hecho aislado, sino más bien como una nueva manifestación de esa corriente de interés hacia las cuestiones obreras y hacia las aspiraciones de los trabajadores, que viene notándose en las altas esferas de la sociedad inglesa.

Es posible que esto no obedezca tan solo al espíritu de filantropía del pueblo británico, y que hechos tan significativos respondan en gran parte á una prudente táctica política fundada en la observación de lo presente y en la previsión de lo porvenir.

Caridad de los poderosos y los ricos hacia los pobres y los humildes, ha habido en mayor ó menor grado en todas las épocas. Pero entre las manifestaciones de ese sentimiento humanitario que ha movido siempre á socorrer á los menos favorecidos por la fortuna y lo que ahora ocurre con las reivindicaciones obreras, hay una considerable diferencia. Más que otorgar mercedes y socorros, inspirándose en móviles humanitarios, trátase al presente de examinar si hay algo de justo en las reivindicaciones de los trabajadores, si el régimen actual del contrato libre responde á las necesidades sociales y

si deben establecerse limitaciones que restablezcan la armonía entre el derecho á la propiedad y el derecho á la conservación de la vida, en el caso de que se estime que esa armonía resulta á veces perturbada.

Comienza, por lo tanto, á plantearse la cuestión en el terreno del derecho, y cualquiera que sea la solución que predomine, es significativa esta manera de discutir el problema. Y aún lo es más que las clases elevadas intervengan en la contienda procurando encauzar las pretensiones de las masas trabajadoras, y hasta colocándose á veces de su parte, como ocurrió en la famosa huelga de los Docks. En el fondo de estos hechos hay un gran espíritu de justicia y una gran manifestación de tolerancia, y justicia y tolerancia es lo que se necesita ante todo para resolver los conflictos.

*
* *

Lamentan extraordinariamente algunos economistas los sacrificios que en Europa cuesta esa paz armada en que vivimos; hablan muchos políticos de la conveniencia de un desarme general, y no son pocos los abogados de teorías hoy por hoy irrealizables.

Hé aquí los términos en que el distinguido político inglés Sir Charles Dilke juzga este asunto. Cree que, cediendo á la presión de dificultades económicas, no sería extraño que el Emperador de Alemania echara á volar la idea del desarme; pero, si eso sucediera, no se hace ilusiones respecto á los resultados prácticos de tal tentativa. Estima que Francia no podría dar su aprobación al proyecto sin renunciar á toda esperanza de recobrar las provincias anexionadas. El peligro del desarme es que siempre se propone contra las potencias que tienen alguna reclamación pendiente. No ve tampoco base práctica para realizar el desarme, porque Rusia nunca lo admitiría. Rusia no tiene reservas; mantiene en pie de paz un efectivo superior al de los ejércitos alemán y austriaco juntos, á lo que le obliga la dificultad de movilizar en un inmenso territorio comparativamente privado de líneas férreas.

Sir Charles Dilke, sin embargo, no cree en la probabilidad

de una guerra próxima, si bien juzga que el conflicto europeo, tanto tiempo esperado, estallará fatalmente un día. Cree que, en caso de guerra, la Gran Bretaña guardará prudente neutralidad. Sin negar los progresos realizados por la escuadra italiana, cree que la francesa podría actualmente luchar con ventaja contra las escuadras de Alemania é Italia juntas, pero que tal vez dentro de algunos años no se podrá decir lo mismo. Las tripulaciones francesas son de primer orden, pero los barcos de guerra de la República no son de tanto andar como los italianos y alemanes, lo cual en una guerra podría ser causa de que éstos, rehuyendo el encuentro con los buques franceses, hicieran mucho daño bombardeando Marsella ó Argel.

Respecto al socialismo, cree indudable que hará grandes progresos, tanto en Alemania como en Inglaterra. En Francia reina sobre este punto la mayor tranquilidad. No hay pueblo más conservador que el pueblo francés. El radicalismo no existe en Francia más que contra las personas; desde el punto de vista de las ideas, no existe en absoluto.

Son de un observador y de un político sagaz, á no dudarlo, las notas que preceden. La paz armada es un gran mal, pero mucho menor siempre que la guerra. No se tiene presente que la última engendra la guerra, como se verá cuando de la de 1870 nazca la primera que surja en Europa. Los grandes armamentos, aunque ruinosos y fomentadores de los impuestos, y por consecuencia del socialismo, sirven también para garantizar la paz; pues es tan inmensa la responsabilidad de cualquier acto que conduzca á turbarla, desencadenaría sobre Europa una serie de calamidades tales, que ninguna de las guerras precedentes daría idea de ellas. Las proporciones del mal contienen á los Gobiernos y á los Monarcas, y entre tanto los pueblos intervienen cada vez más en asunto que tanto les afecta, y la opinión se pronuncia cada día más abiertamente contra la guerra.

El propio Sir Charles Dilke, mientras que admite la probabilidad de que las grandes naciones europeas vengán á las manos, juzga posible que Inglaterra conserve, en medio del conflicto, la neutralidad, cosa muy difícil, teniendo por todo el mundo esparcidos tantos intereses. Pero, en fin, si Inglaterra

fuese neutral, no estaría sola. España, Portugal, Holanda, si podía, los Estados escandinavos desde luego, se apresurarían á ligarse con ella para mantener esa actitud. Por ahora, contentémonos con afirmar que la paz armada no es un mal en absoluto, puesto que evita la guerra; y demos gracias á Dios porque á las calamidades que afligen á España no se agregue la de haber de sostener un ejército y una marina tan sin proporción con la población y la riqueza como en Italia.

La prensa francesa acoge benévola las indicaciones de Mr. Dilke, pero dice á Alemania, como los soldados franceses á los del Duque de Cumberland en Fontenoy: *¡Mrs. les allemand, à vous les premiers!*

*
* *

Una de las más graves cuestiones exteriores que hoy llaman la atención pública no corresponde á Europa, sino á la América española, donde Chile es teatro de una lucha de partidos, formalista en la apariencia, pues que se trata de interpretación constitucional, relacionada indudablemente con la elección presidencial, pero que se enlaza, á nuestro juicio, con el impulso que en toda la América meridional ha comunicado al masonismo y al radicalismo la revolución triunfante en el Brasil.

Los despachos relativos á los sucesos de Chile que hallamos en la prensa periódica, después de anunciar que el movimiento insurreccional va tomando considerables proporciones y que los buques *pronunciados* bloquean á Iquique y amenazan á Valparaíso, añaden que se cree que los insurrectos reciben *del extranjero* grandes socorros pecuniarios.

Acerca de las causas que han motivado el conflicto, pocas noticias encontramos en la prensa de Europa. *El siglo XIX*, de París, ha oído de labios de D. Carlos Antúnez, Ministro de Chile en aquella capital, lo siguiente:

«La legislatura ordinaria de las Cámaras terminó en Septiembre. El Presidente de la República, D. José Manuel Balmaseda, electo en 1886, convocó á las mismas para una legislatura extraordinaria en Octubre; pero, como existe vivo anta-

gonismo entre el primero y las últimas, éstas han puesto de su parte cuanto han podido para dificultar la marcha del Gobierno. No apeló el Presidente Balmaseda á la disolución, limitándose á usar de su derecho de no convocarlas á legislatura extraordinaria, fundándose en que, siendo la misma la situación política en Noviembre y Diciembre que en Octubre, no era preciso dar ocasión á los Diputados para hacer la oposición. Insistiendo en ésta, la Cámara popular ha rehusado votar los presupuestos; el Presidente no por eso se ha arredrado y ha resuelto atender á los gastos públicos valiéndose de los dozos provisionales.

»La oposición declara ilegal esa medida, y á principios de Diciembre dos de sus jefes han formulado una protesta declarando que el Gobierno carece de autoridad para seguir pagando sus haberes á la fuerza armada del ejército y de la escuadra, y que debía licenciarlos, puesto que el Parlamento ha rehusado votar el presupuesto. Lanzado al público este manifiesto, los disidentes (á quienes otros llaman rebeldes) se embarcaron á bordo de tres buques de la escuadra que se declararon á su favor, y salieron con ellos de la rada de Valparaíso.

»El pueblo y el ejército, á quienes presumían arrastrar, no han hecho mucho caso de un asunto de interpretación constitucional muy discutible. No ha habido más movimiento que el de los buques de guerra mencionados, que no forman toda la escuadra chilena, pues ésta se compone de tres fragatas blindadas, tres corbetas, dos cañoneros, un crucero, dos transportes y tres pontones con 82 cañones y 1.925 hombres, mas dos buques-escuelas, cinco chalupas y diez torpederos.»

Otro antiguo diplomático chileno, menos propicio que el Sr. Antúnez al Presidente Balmaseda, ha comunicado á *Le Temps*, de París, los pormenores que siguen:

«El conflicto parlamentario y la resolución tomada por los Presidentes de ambas Cámaras de embarcarse y de protestar por medio de un manifiesto, reconocen por causa las infracciones constitucionales del Presidente Balmaseda, y, en general, de los Presidentes de aquella República, que se arrojan poderes que no les corresponden. Contra este abuso hace treinta años que trabaja un partido reformista en la prensa y en la

tribuna, cuyo lema es: «elecciones sinceras para la Presidencia, lo propio que para las Cámaras.» Últimamente, este partido contaba en el Senado una mayoría de 30 votos contra 4, y en el Congreso de 79 contra 25. Mediante tal superioridad lograron que triunfase una ley de reforma electoral que atribuye á los Municipios exclusivamente la formación de las listas del censo y de la vigilancia del voto. Para acabar de asegurar su independencia respecto del poder ejecutivo, las Cámaras votaron una modificación de la Constitución que les confería el derecho de reunirse, en caso urgente, mediante convocatoria de su comisión de gobierno, en vez de hacerlo, como hasta aquí, por llamamiento del Presidente de la República. Éste rehusó ratificar las dos leyes, y de aquí el conflicto.

»Las Cámaras, á su vez, rehusaron en Julio último votar el presupuesto de ingresos; el Presidente se mantuvo firme por espacio de mes y medio; luego, habiendo acaecido algunos desórdenes en Valparaíso y en Tarapaca, cedió algo, y en 9 de Agosto despidió á su Ministerio de resistencia, llamó á uno reformista y obtuvo del Congreso la votación del presupuesto de ingresos. Una vez conseguido esto, el Sr. Balmaseda volvió á su antigua actitud y llamó á un Gabinete de combate. El Congreso entonces rehusó votar el presupuesto de gastos, y las Cámaras terminaron su sesión legal de tres meses sin que se hubiese resuelto el conflicto. En 1.º de Enero Balmaseda dirigió un manifiesto al país cargando sobre el Congreso las dificultades que ocurrían por la falta de un presupuesto de gastos legalizado, y determinando éstos por su propia autoridad, así como la fuerza permanente del ejército y la escuadra.

»Durante el interregno parlamentario, la Comisión permanente de las Cortes siguió protestando contra las medidas del Presidente de la República, y poco después los de ambas Cámaras abandonaban la capital, pasaban á bordo de la escuadra y lanzaban al público el manifiesto á que nos hemos referido.»

No son suficientes estos datos para formar cabal juicio del conflicto chileno.

De triunfar la rebelión, quedaría sentado que la suerte del

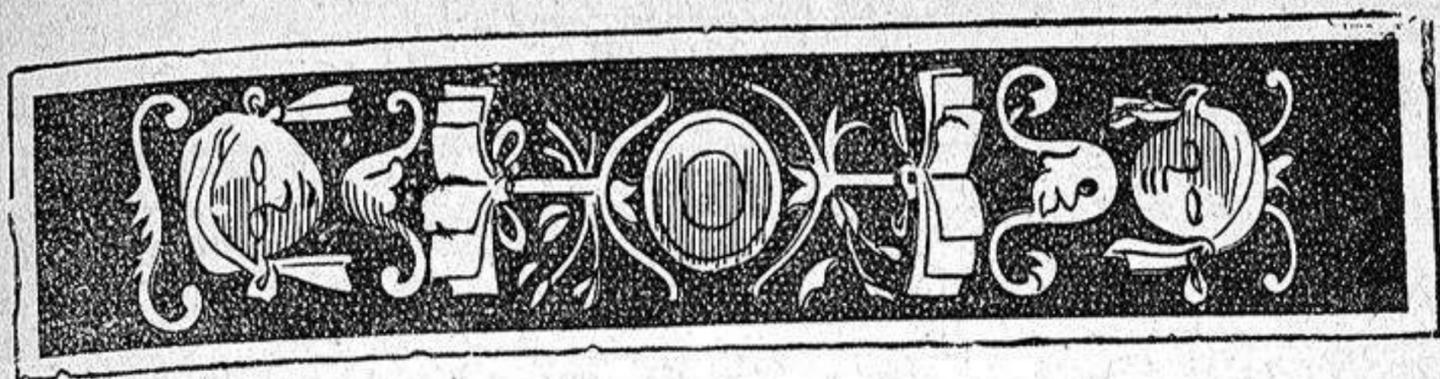
Gobierno en Chile está á merced de la escuadra; pero no es eso lo peor, sino que los adversarios de esa República en el continente americano podrían animarse á tentar fortuna de nuevo para anular tratados que mucho les perjudicaron y recuerdos todavía frescos; y la guerra exterior podría ser, como tantas veces se ha visto, consecuencia de las disensiones civiles.

Chile es nación militar y marítima de gran nervio cuando se decide á obrar, como lo acreditó en la guerra con el Perú y Bolivia; las luchas de los partidos, cuando llegan las cosas al extremo á que han llegado, pueden prolongarse y ser verdaderamente funestas. Parécenos que, abundando en este concepto, los representantes extranjeros en dicha República habrán ofrecido ya su mediación y practicado grandes esfuerzos para imponerla; á lo cual ayuda indudablemente la posibilidad de dirimir cuantos conflictos políticos haya pendientes, puesto que no han de transcurrir dos meses sin que legalmente haya de procederse á la elección presidencial, que en aquellas Repúblicas lo resume y condensa todo.

De todas maneras, no deja de sorprender lo que en toda la América meridional está pasando. No cabe dudar que desde la proclamación de la República en el Brasil anda por aquellas regiones una *mano oculta*, cuyos manejos pueden ya sospecharse y quedarán probados muy luego.

S.





BOLETÍN BIBLIOGRAFICO ⁽¹⁾

Colección de lecturas escogidas. *El Mosaico*.—Madrid, librería católica de Gregorio del Amo, 1890.—En 8.º, 361 páginas: una peseta.

Hace algún tiempo que la Asociación de Nuestra Señora de Lourdes tuvo la felicísima idea de fundar una biblioteca de propaganda. Sólo recordando esto se puede comprender la baratura de obras tan interesantes, amenas y útiles como la que motiva este suelto. Basta reproducir el índice para que á cualquiera se le alcance la importancia del volumen *El Mosaico*. Contiene éste: Biografía de María Stuard, ilustrada Reina de Escocia.—El Diamante.—Los Pactos satánicos.—Disminución de los nacimientos en Francia.—Instinto de los animales.—Una expedición al Tibet.—Civilización peruana antes de la conquista.—Un poco de historia natural.—Anécdotas de Bismarck.—Un mentís histórico.—Volney.—El domingo en los Estados Unidos.—Episodios históricos.

Buena falta hace que salgan á luz muchos libros como *El Mosaico*, que difundan la instrucción, desvanezcan errores é inculquen las sanas doctrinas.

*
* *

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al Director de esta publicación.

Las recreaciones científicas ó la enseñanza por los juegos.—*La física sin aparatos.*—*La química sin laboratorio.*—*La historia natural al aire libre.*—*Las ciencias físico-naturales aplicadas á la vida,* por GASTÓN TISSANDIER, redactor jefe del periódico científico «*La Naturaleza.*» Obra premiada por la Academia de Francia. Versión castellana de la última edición francesa por el Dr. Luis Marco.—Quinta edición española enteramente refundida, ampliada y corregida, ilustrada con 267 grabados.—Madrid, librería editorial de D. Carlos Bailly-Baillière.—En 4.º, 453 páginas.

Poco es necesario decir de un libro que tan extraordinaria aceptación ha conseguido; ninguno mejor que él cumple el precepto de *instruir deleitando*. Todos los juegos que indica el autor, todos los pasatiempos y recreaciones que expone, son rigurosamente científicos y pueden considerarse como verdaderos ejercicios de física, de química, de mecánica ó de ciencias naturales. Da primero la enseñanza de un curso completo de física sin aparato alguno y estudia los diferentes fenómenos de la pesantez, del calor, de la óptica y de la electricidad, por medio de simples copas para beber, de botellas, de una barra de lacre y de insignificantes objetos que todo el mundo tiene á mano. Completa la parte del libro relativa á las ciencias físicas una serie de experiencias químicas hechas por medio de algunas redomas y de productos baratos. En la tercera parte se describen los juegos científicos para la juventud, sin omitir los medios de estudiar las ciencias naturales en el campo.

La obra de Tissandier es, como se ve, de suma utilidad; el inteligente Dr. Marco la ha traducido con fidelidad y corrección, y el Sr. Bailly-Baillière la presenta estampada con buen gusto.

*
* *

Annuaire du Bureau des Longitudes.—París, Gauthier-Villars é hijos, editores.—En 8.º, VI-807 páginas: 1,50 pesetas.

El volumen correspondiente al año de 1891 es todavía más interesante que los anteriores, y eso que pocas publicaciones hay tan útiles y de precio tan económico. Á más de

un calendario y parte astronómica, calendarios juliano y gregoriano, eras diversas, calendario perpetuo y la concordancia de los calendarios en el año gregoriano de 1891 y de numerosas noticias referentes á los principales fenómenos astronómicos de este año, sistema solar (sol, luna, tierra, planetas y cometas), estrellas, pesos y medidas, monedas, tablas de amortización y de interés, geografía y estadística, se incluyen cuadros relativos al magnetismo terrestre, densidades, elasticidad de los sólidos, calor y dilatación, acústica, óptica, electricidad y termoquímica. Completan el libro cuatro memorias científicas de subido mérito; son á saber: *Reseña de una ascensión científica al Mont Blanc*, por J. Janssen; *La cuestión de los pequeños planetas* y una *Noticia sobre el Congreso geodésico de Friburgo*, por F. Tisserand; *El método Doppler-Fizeau*, por A. Cornu.

Tres láminas ilustran el texto, perfectamente estampado en los talleres de los Sres. Gauthier-Villars.

*
* *

Arquitectura de las lenguas, por D. EDUARDO BENOT.—
Tomo segundo. Administración: Juan Muñoz Sánchez, editor, Madrid.—En 4.º, 623 páginas.

No es posible, sin hacer antes un estudio concienzudo de ella, dar idea de una obra en la que su ilustre autor aparece con toda su poderosa originalidad; obra en la que se «camina por sendas no exploradas,» en la que «se dirige la atención principalmente hacia lo desdeñado hasta aquí, al pensamiento,» porque el Sr. Benot cree «posible un libro en que pensando se aprenda á hablar,» al paso que «juzga inasequible aprender á SABER HABLAR por medio de libros en que no se haga pensar.» Los filólogos principalmente son los llamados á examinar las doctrinas que asienta el eximio escritor, porque en ellas no cabe duda de que hay multitud de ideas profundas y de observaciones acertadísimas que importa tener muy en cuenta.

*
* *

Otras publicaciones.

Nuevos monólogos en verso, originales de José Mariano Millego. Alicante, 1890. Una peseta. —Bellas y sentidas composiciones de uno de los jóvenes más talentosos y de mayor ingenio que honran á la bella ciudad alicantina.

L'Astronomie. Revista mensual de Astronomía popular, de Meteorología y de Física del globo, publicada por Camilo Flammarion.—Los editores de París Sres. Gauthier-Villars é hijos continúan publicando esta interesantísima revista. En el número de Enero, un *Anuario astronómico para 1891*, muy completo.

César Cascabel, por Julio Verne. Edición ilustrada con grabados.—Se han repartido por los inteligentes editores Sáenz de Jubera hermanos los cuadernos tercero y cuarto, con los que termina la preciosa producción del célebre escritor francés. Los trabajos de Julio Verne instruyen, deleitan y no atacan á la moral, tan maltratada hoy por algunos; pueden estar en manos de la juventud sin viciarla. La edición castellana es muy esmerada, el papel excelente, los tipos claros y las numerosas ilustraciones artísticas.

Cada cuaderno, que consta de 64 páginas en 4.º, á dos columnas, sólo cuesta una peseta.

A.

